

AUTOBIOGRAFIA DE UN MAESTRO DE ESCUELA

Memoria y vida para contarlo, escribirlo para no morir

Preparando equipaje a los recuerdos.

Volver a la infancia para escribir y dejar constancia de mi trasegar como maestro de escuela es un ejercicio que hago con alegría, porque voy plasmando lo que fluye desde el alma transformado en recuerdos. Narrar una vida dedicada a la educación pasando por los pupitres cotidianos, enseñando desde la contextura de “maestro de escuela” me resulta una acción agradable, por cuanto es la mejor oportunidad para reivindicar la tarea del maestro, además porque esta puede llegar a ser motivación, para que otros docentes con infinidad de experiencias significativas las reconstruyan y las escriban para que un día se trascienda la simplicidad con que se ha mirado el papel que cumplen los maestros.

Este ejercicio autobiográfico sustentado desde diversos episodios, devolviendo mi pensamiento a coloridos cuadros de la infancia, lo hago desde la convicción de haber dejado mínimas huellas en niños, jóvenes, maestros y comunidades que fueron actores y artífices de mi vida en escuelas, colegios y universidades lugares en los que pude realizarme como maestro más allá de los diplomas que así me acreditaban. El estar ausente ya de las aulas cotidianas, del ruido y de aromas de la escuela, me permite sumergirme por momentos en ambientes de soledad y silencio, para alcanzar a escuchar los ecos del pasado que retumban en mi pensamiento, refrescando y haciendo visibles facetas de la infancia.

Creo que con este intento de ser escritor y de reivindicar además la vida de los maestros, es posible desde una soledad para no llegar a algo espontáneo, emotivo o anecdótico, porque no alcanzaría la integridad de mi ser de persona y de maestro. En este camino que emprendo con episodios construyendo la autobiografía, estarán los trazos fundamentales de recuerdos de la infancia y de la escuela que habité con maestros y maestras que me indicaron rutas para mi vida. En mi equipaje para este viaje estará el álbum de recuerdos de niño creciendo para ir a la escuela, el niño que va a la escuela, el joven que se hace maestro de escuela, el maestro en su vida cotidiana, el profesor de filosofía y la vida universitaria.

Desde esta autobiografía, dejo constancia escrita para los educadores que se interesan por el conocimiento de experiencias de vida que van desde el niño campesino en una escuela pública en donde están los maestros formados en las escuelas normales de los años 60, con metodologías de enseñanzas que para nuestro tiempo en gran medida se consideran superadas, pero además quedarán las notas de la manera como fui formado para ser maestro desde estas mismas estrategias y métodos para luego ir a pueblos y veredas con mi equipaje de aprendiz con mi abecedario de maestro de escuela a enseñar letras y palabras.

En cualquier lugar del mundo, en los lugares más remotos, en los países desarrollados y prósperos, incluso en los más `pobres y con mayor atraso, siempre estará presente la figura del maestro. En unos lugares son reverenciados, en otros quizá son seres humanos de la cotidianidad, pero siempre estarán presentes en la sociedad y así como el niño lo tiene presente y palpitante en su momento, el adulto y el viejo no podrán pasar como anónimo a un maestro que tuvo presencia en su vida.

Podríamos detenernos para teorizar en páginas las diversas concepciones sobre este personaje presente en cuentos, en novelas e historias, pero nunca se agotaría; siempre habrá algo más para agregar sobre el maestro y su bella tarea en la educación. No queda duda que el maestro contribuye al diseño de la vida hacia futuro y su obra se eterniza sabiamente en la preservación de la cultura y la unidad de los pueblos. El maestro es portador de saberes, pero tiene la virtud de saberlos llevar a la mente de niños y jóvenes.

La escuela será feliz en la medida en que en ella estén maestros felices. El niño será feliz si en el descubrimiento de los sonidos de las letras estuvo la sabiduría y la voz tierna de un maestro o una maestra que jugando nos dijo que las letras serían nuestras amigas de la vida. Cuando dejamos la escuela y las tareas de maestro, en muchos casos nos llegamos a sentir perdidos. Es como si el grito de los niños o la sonrisa de los jóvenes se impregnara en nuestra esencia de vida para ser parte del aire que se respira. A veces creo que muchos maestros envejecen en la escuela esperando un asomo de aliento para atreverse a la renuncia. La renuncia a las tareas de la escuela por parte del maestro es una pequeña muerte que llega.

En el mundo de la escuela muchos personajes pueden surgir con saberes y demostrar incluso alguna capacidad para transmitirlos con éxito, pero pocos tienen la virtud de ser íntegros en los saberes académicos que además los asuman como parte de la formación para la vida. Volver a imágenes de la vida pasada, para ubicar el presente he ahí un reto. Aun en medio de las complejidades que viven los maestros en nuestro medio, no queda duda que el lugar que actualmente tienen les asigna la labor definitiva de formar a las jóvenes generaciones, razón que pone al orden del día la función social de sus acciones.

Este texto que se fundamenta desde episodios de vida de alguien que egresó de una normal con el título de maestro, puede ser experiencia más que en el campo de la educación colombiana se han dado, y que han obedecido a la lógicas normativas y a los intereses ideológicos que cada gobierno impone desde las tareas que los educadores desarrollan en diferentes contextos. Sin embargo, abrigo la esperanza de que esta autobiografía motive en el lector inquieto el conocimiento y la investigación de experiencias educativas en la escuela heredera de la Constitución de 1886 para establecer analogías con la escuela de la carta de 1991, que sin lugar a dudas logró transformaciones en lo textual, pero aún sigue distante de muchas realidades.

Como maestro de escuela heredero de la Constitución de 1886 y como educador en la escuela de la carta del 91, soy testigo de las resistencias que esta adecuación ocasionó y no precisamente por parte de las comunidades educativas o de los estudiantes. Las prácticas democráticas que emanan de la nueva Constitución y que deben vincularse en los manuales y proyectos educativos escolares no se logran de un momento a otro.

Ha sido necesaria una reeducación de los maestros para romper las estructuras mentales que por más de cien años tomaron asiento en la educación, en los educadores y en la sociedad. Soy testigo y actor en las diferentes luchas que han librado los maestros para la conquista del estatuto docente, y en otras luchas que han buscado la defensa de derechos adquiridos siempre amenazados por los gobiernos de cada época. Paradójicamente, muchos docentes que reclaman con vigor sus derechos, son profundamente antidemócratas en la escuela y profundamente arbitrarios con los estudiantes. Estos comportamientos los llegué a presenciar en mi vida laboral en escuelas y colegios.

Me formé en la normal liderada por sacerdotes y comunidades religiosas, y fui heredero y participe en su momento de una formación con la única posibilidad de la religión católica. De la normal a maestro de escuela todos los simbolismos e idearios religiosos era el camino. Con seguridad la mentalidad con la que fui formado no tenía asomos democráticos, y en esos primeros pasos de maestro de los años 60 muchas prácticas antidemocráticas también tuve en mis aprendizajes de maestro.

Aun así, con las trayectorias planteadas, busco reivindicar la tarea del maestro desde estos episodios, para ello acudiré a la plena convicción de haber sido un maestro de escuela feliz que por circunstancias inesperadas de la vida aun acredita memoria y vida más que recuerdo y la tranquilidad para escribirlo con la única esperanza de no morir. Esta autobiografía es una posibilidad para dejar trazos y huellas de memoria histórica de un maestro que guarda la gratitud con la vida que le permitió sembrar algunas semillas de libertad y esperanza en niños y jóvenes; no desde la perspectiva de vencedor o vencido sino desde el testimonio de una vida que aun palpita.

Sacudir los viejos baúles de la memoria para abrirlos por un momento a la vida permitirá un escrutinio de hechos y experiencias que pueden llegar a ser una voz de aliento a los maestros que en diferentes rincones de nuestro país, sonrían ante las miradas limpias de los niños que buscan las letras. Los maestros dejan guardado en su memoria los días felices de la escuela: niños cantos, letras, o incluso días de nostalgia que hacen parte de la vida. Siempre se quedan en nuestra memoria esos dos días significativos que son: el día de la primera clase como maestro y el día de la última clase cuando nos retiramos. Entre estas fechas se guarda la historia de vida de quienes fuimos educadores.

Soy heredero de aquella época en que las normales, a los que asumíamos la tarea de llegar a ser maestros cursábamos los grados quinto y sexto en la normal hasta alcanzar el grado de normalistas superiores, para luego otorgarnos el título de: “maestros o maestras”, bajo la tutela del Decreto 080 de 1964, que extendió su vigencia hasta 1978 cuando el Decreto 1419 empieza las nuevas dinámicas que formarían al bachiller pedagógico. Esa es la paradoja que en la cúspide de mi vida aun me lleva al asombro, rememoro el instante cuando alguien me dijo: “Usted es maestro, vaya enseñe a mucha gente, forme en la fe y en el amor a Dios y sea maestro ejemplar.”

Estoy seguro que con la convicción que se me entregó el título con esa misma fui a los lugares que se me asignaron para ser maestro. Tal como se expuso anteriormente todos los Decretos que se expedían para regular la educación en la época en que me formé como maestro se subordinaban a la Constitución de 1886, aplicada a plenitud en la Normal de Granada Antioquia regentada por la Comunidad de religiosas y sacerdotes que eran custodios de la educación de aquel pueblo.

Pero no solo en Granada tenían esta prerrogativa; las comunidades religiosas en Colombia para la época en que se desarrollan los episodios de esta autobiografía, tanto de sacerdotes como de monjas eran las que regentaban y controlaban la educación tanto pública como privada. Algunas de las hermanas que eran profesoras de la normal que me formó como maestro provenían de Alemania. Recuerdo la manera como se les dificultaba la comunicación en el pueblo con las comunidades que eran sumisas, pero ante todo agradecidas por tener esta posibilidad de ser vigilados por Dios desde la educación mediante “los enviados” tanto sacerdotes y monjas, a quienes era necesario obedecer.

Elevadas montañas amparaban este pueblo de plegarias y rezos al altísimo. En estas poblaciones protegidas por los enviados de Dios la mayoría de las viviendas son humildes, a diferencia de las casonas de los adinerados ubicadas alrededor del parque municipal; las edificaciones de las comunidades religiosas y las iglesias fueron construidas con todo el garbo y la convicción de que allí es el aposento de Dios. En estas condiciones no quedaba duda que los que egresábamos de la normal ya teníamos un toque de santidad, por ello debimos además de ser maestros con alfabetos para enseñar, ser evangelizadores desde las predicas y enseñanzas religiosas aprendidas.

Fui maestro de escuela, lo cuento y lo escribo y de paso intento motivar este ejercicio escritural en maestros que con toda seguridad pueden tener mejores experiencias. Fui maestro de escuela y frente a esos recuerdos hay motivos de alegría. Tener memoria y vida es la motivación para contarlo y escribirlo porque es desde este ejercicio que se abriga la esperanza de no morir. María Zambrano ante la tenaz tarea del escribir nos dice: El secreto se revela al escritor mientras lo escribe y no si lo habla. En el escribir está el afán de desvelar y afán irreprimible de comunicar lo desvelado; doble tábano que persiguen al hombre, haciendo de él un escritor” (Zambrano, 1934)

Después de haber trasegado por senderos, caminos veredales, ríos y montañas, pueblos y ciudades, regreso un día a los recónditos lugares de los recuerdos de la infancia para volver a mi pueblo, siempre oculto entre la niebla y la lluvia o en las ruanas de lana de los campesinos que corren despavoridos detrás de las vacas para el ordeño mañanero. Los días de verano en mi pueblo de niño casi siempre tenían la música de la lluvia.

El arco iris aparecía entre el sol y las nubes y se asomaba a las fuentes de agua. Siempre sentí asombro por este fenómeno de la naturaleza que mi madre nunca supo explicarme. El maestro George Steiner así se refiere a estos días de verano y lluvia en su autobiografía “Las lluvias de verano en el Tirol son incesantes. Poseen una insistencia taciturna, flagelante, y llegan en tonos de verde oscuro cada vez más intensos.

Cuando fui a la escuela en uno de esos frecuentes días de lluvia y sol a los que los niños les decíamos “las gracias del señor” la señorita Blanca nos explicó que este era un regalo de Dios, porque al igual que el sol y la lluvia ayudaban para que los cultivos de los arados siempre dieran buenos frutos y así nuestras familias pudieran vivir mejor. También nos dijo que el arco iris salía cuando hay sol y lluvia y que el vapor del agua se levanta y refleja los colores de la naturaleza como un magico espejo que se ponía entre la tierra, el sol y la lluvia. De niño no alcancé a entender esta explicación y preferí quedarme con la primera explicación que la maestra cuando nos dijo, que el arco iris era “un regalo de Dios”

A la distancia en las faldas de las finca florecía un árbol que le llamábamos siete cueros. Es una planta que no crece derecho, ni es gigante. Cuando empieza a desarrollarse, se desparrama en brazos que muy pronto se inundan de Flores, y su corteza siempre está cambiante desprendiendo pedazos. Los abuelos le llamaban “siete cueros” quizá porque siempre estaba perdiendo la corteza y renovándola, como para estar a la par de sus abundantes y coloridos pétalos. Con éstas Flores los niños que fungíamos de ser sacerdotes jugando, dábamos la comunión a los otros niños y ellos respondían “amen”

Vuelvo con mis pequeños pies descalzos a las calles de aquel pueblo que me vio nacer. Recuerdo mis aventuras navideñas corriendo detrás de los globos navideños que las gentes del pueblo lanzaban al aire con mechones de esperma y petróleo.

Teníamos la certeza de atraerlos con espejos para que no se elevaran tras las nubes, o se fueran a muchos kilómetros antes de caer. Atrapar globos era una valiente aventura que asumíamos desde nuestra inocencia, quizá por la sorpresa que sentíamos cuando estos se elevaban impulsados por una bola de fuego que se les ponía en su boquilla

Después de una cacería de globos llegábamos al pueblo hacíamos fiesta porque habíamos recuperado un globo, y lo llevábamos al que lo había elevado para que nos diera un premio y lo volviera elevar. Muchas veces estos globos provocaron incendios de bosques y cultivos, pero nadie decía nada, porque era parte de la fiesta decembrina. En la escuela los profesores explicaban los peligros de estas diversiones navideñas, porque si caían en las casas se podían quemar. Pero en navidad la gente se olvida de todo con las luces los colores y la fiesta.

Reconstruyo con mi memoria aquellos días lunes de las ferias de ganado que se hacían en el parque principal. Olor a cagajón de caballo, a estiércol de vaca y a orines de cuadrúpedo era la mezcla junto con el olor a alcohol que bebían los negociantes de ganado. Muchas veces las vacas cornearon a personas indefensas por ello en las ferias la gente se quedaba en sus casas hasta después del mediodía cuando vacas, caballos, cerdos con nuevas marcas en la piel y sus nuevos dueños iban saliendo para las veredas

Volviendo a la escuela

Maestro, en nuestro medio, es aquella persona que se dedica a enseñar algún oficio, alguna ciencia. Existe también el artesano que de práctica en práctica logró aprender algo; el artista es el que ha escalado el reconocimiento a través de su juicioso estudio y disciplinada práctica. Existe el maestro de ceremonias que lo vemos elegantemente vestido con una voz excepcional y un lenguaje culto. De todos estos, recuerdo con particular interés el maestro de ceremonias en los grados de la normal en la que me gradué de maestro; era un profesor que enseñaba español en el bachillerato, un hombre ya pasado en años que tenía la pureza del lenguaje y la elegancia en el vestir.

Cuando expresamos o escuchamos la palabra “maestro” llega a nuestra mente la imagen y los recuerdos de la escuela: las primeras letras, los maestros y maestras, los juegos, los cantos infantiles y los pupitres cotidianos. Es en este sentido que se desarrollará esta autobiografía volviendo con la memoria a los maestro y maestras que con rimas y silabas, lentamente nos llevaron a las letras para que desde allí lográramos construir el abecedario de la vida.

En mi caso, fue una maestra la que me indicó el camino de la lectura; ella desde formas, sonidos, silabas, planas de escritura, fabulas, rimas y juegos me llevó al descubrimiento de las letras y palabras con las que logré escribir un día: mi mamá me ama, mi escuela es bonita, mi papá trabaja. Luego supe que mi maestra era además pedagoga porque tenía virtudes para dedicar su vida educando a los niños. En casa mis padres, me decían que era necesario prestar mucha atención a los maestros porque ellos además de enseñar a leer y escribir nos preparan para la vida, y así llegar a ser buenas personas para la familia y para la sociedad. A mi maestra le prestaba toda mi atención, aunque a veces por escuchar su voz y ver lo linda que era, me llegué a distraer en las tareas y tuve que ir a su escritorio para que me indicara nuevamente en mi cuaderno lo que debía realizar. Quizá lo que quería era ver de cerca mi linda maestra

Recodar la escuela es recordar los maestros; uno guarda en su memoria a los mejores primero que todo, pero también guarda a aquellos que eran rudos, ásperos y castigadores. A los rudos y castigadores, no los recuerda uno con cariño, más bien con algún susto, o se aparecen en las noches cuando desde nuestros sueños volvemos a la infancia. Hay un tercer grupo de maestros, y son aquellos que en nada lograron dejar huella. Ni para bien ni para mal, quizá estos se dedicaban a cumplir con lo que les exigían y no se detenían a pensar y a vivir con plenitud la tarea a la que se dedicaban. Pero al “maestro o maestra” que nos enseñó con cariño y que nos guio con sabiduría en las tareas escolares, a esos no los olvidamos y se quedan por siempre en nuestra mente. Mi maestra de las primeras letras era la mejor, además de bonita me enseñaba con paciencia y con amor; tenía letra linda y me regañaba porque mis primeros trazos y letras en el cuaderno eran feos y me salía de las líneas. Mis manos de niño sabían coger el azadón y debía aprender a coger con delicadeza mi lápiz para no romper el cuaderno

Mi maestra preferida era una persona reconocida en el pueblo por su palabra, su forma de vida, su presentación personal y por sus cualidades morales e intelectuales. La señorita Blanca que fue la maestra de mis días felices de la escuela era inteligente, linda y caminaba con elegancia, además se vestía refinado y por donde pasaba el aire quedaba impregnado de aroma de ángel.

Entre otras maestras de mi escuela, recuerdo a la señorita Margarita que aunque se veía mayor que todos, era linda de pelo blanco, pero cantaba bonito y era respetada por los demás maestros de la escuela, también sabía secretos para enseñar a leer; eso se murmuraba en el pueblo, pero la verdad es que ella enseñaba las letras a los niños jugando y no regañando. A mí no me tocó con ella yo estaba con la señorita Blanca, ella estaba en el salón vecino y escuchaba que los niños se reían mucho. Muchas de las maestras que recuerdo eran amables y bonitas y estaban en primero y segundo de escuela.

La señorita Blanca no se reía con exageración, pero cuando lo hacía se veía como una flor en una mañana de primavera. Nos hablaba con cariño a todos los niños. Yo quería que solo a mí me dijera “mi niño inteligente”, pero ella nos animaba a todos diciéndonos así. Yo llegué a creer que la señorita solo me quería a mí, después dijo en clase que a todos nos quería por igual. Y esto era verdad, no hacía diferencia cuando trataba a los niños hijos de ricos del pueblo, que tenían ropa bonita y zapatos y a los niños campesinos que veníamos de las veredas a estudiar descalzo y oliendo a musgo del camino o a tierra de la que se impregnaba nuestra ropa. Por eso yo creo que ella era una maestra de verdad.

A las maestras de la escuela donde aprendí a leer siempre les decíamos señorita. Señorita Blanca, señorita Aura, señorita Margarita. No dejaban de ser señoritas aunque tuvieran bebé. Esa era una forma de tratarlas con respeto. Además ellas habían estudiado en la normal para señoritas del pueblo. Después supe que cuando tenían bebé se les llamaba señoras, pero nunca fue un problema llamarlas como se acostumbraba. La señorita Blanca no tenía bebé y la saludábamos en coro: “buenos días señorita Blanca” y nos respondía: “buenos días mis amores”.

Llegar a la escuela me daba mucha alegría, aunque llegar a la casa a ver a mi mamá también me daba mucha felicidad. Esos dos puntos del camino de mi vida de niño eran mi felicidad, en el uno estaba mi escuela y la señorita Blanca y en el otro mi casa y mi mamá. Creo que la desnudez de los pies durante mi infancia transitando de la escuela a la casa y de la casa a la escuela, desde el contacto piel, tierra y camino ha permitido su permanencia en mi recuerdo.

Ella siempre será la maestra que se quedará en mi memoria, y la que muchos niños quisieran tener para ser felices en su encuentro con las letras. Mi maestra de primero, me enseñaba lecciones y saberes pero además reglas de urbanidad y de respeto para ser feliz en la vida. Aquellos días de magia, algarabía, olor a cuaderno y a desayuno, y el largo camino recorriendo veredas y caminos para llegar a la escuela se quedarán hasta el final de mi vida en los más bellos recuerdos. Quizá el camino que elegí en mi vida para ser maestro de escuela, tiene que ver con mis primeros lenguajes y sonidos de la escuela en donde tuve el encuentro con maestros y maestras que en su mayoría se veían felices en sus aulas de clase. En mi escuela habían maestros también que se veían tristes, poco sonreían y a veces se veían rabioso cunado enseñaban. Llegué a pensar que si el maestro no está feliz los niños tampoco. Algunas veces vi niños aburridos de otros grupos que los llevaba el papá porque no querían ir a las clases, en cambio con la señorita Blanca todos estábamos felices y llegábamos puntuales a sus clases.

En la escuela de mi niñez, había disciplina rigurosa, pero también cantábamos y aprendíamos muchas canciones. Asimismo había castigos con látigos y reglas para corregir a los niños rebeldes e indisciplinados; recuerdo a niños que lloraban desconsolados mientras se echaban agua en los moretones que les quedaba. En algunas oportunidades me sentaba en el recreo con ellos para consolarlos y les decía que se portaran bien para que no los volvieran a castigar. Con la señorita Blanca muy pocas veces la vi tan enojada como para castigar con látigo. Ella era feliz como maestra y los niños éramos felices estudiando y cumpliendo con las tareas; llegué a pensar que sería la escuela más linda si todos los maestros y maestras eran felices, porque así todos los niños seríamos felices.

Recuerdo en cuarto de escuela a un profesor dedicado a sus estudiantes; era un hombre sencillo que llegaba a la escuela siempre vestido con traje de paño y sus zapatos muy bien lustrados. En las lecciones diarias era pausado y su letra en el tablero era muy bonita. Todos la entendíamos. Un día hubo gran alboroto en el pueblo, el profesor se había suicidado. Luego los niños supimos que era por un asunto de tristeza amorosa. Como niño solo me pregunté ¿por qué con el amor se llega a tanta tristeza? Es posible que este maestro además, de su tristeza amorosa no era feliz con su vida en la escuela.

Allí nací, allí crecí y me hice maestro de escuela

Intentar dejar guardado como en un cofre los recuerdos de la infancia, no es algo sencillo. Uno vuelve al recuerdo que no es lo mismo que la memoria. Podemos tener recuerdos de sucesos que nos marcaron en un momento concreto. La memoria de nuestra vida es una suma de recuerdos. Algunos que lograron ocupar espacios para siempre y que se negaron al olvido. Ayer un niño pleno de sueños anhelante de las letras y de los aromas cotidianos de la Señorita Blanca, hoy con la mirada fija en un horizonte que se aproxima ante el desvanecimiento de la utopía. Creo que nuestra memoria podría colapsar si en ella se buscara conservar todas las imágenes de nuestra infancia.

Quizá por obra y gracia de la sabia naturaleza, se borran recuerdos que opacan la existencia. Ya Auge, M. (1998) en su obra *Las formas del olvido* lo advirtió: “lo que queda en nuestra memoria es el producto de una erosión provocada por el olvido. Los recuerdos son moldeados por el olvido como el mar moldea los contornos de la orilla”

Soy de origen granadino, un pueblo ubicado en el cercano o lejano oriente que tiene un santoral en su historia. Sacerdotes, obispos y otros que incluso han sido llevados a los altares de la santidad. El pueblo tiene dos templos católicos reconocidos por su garbo y belleza estructural y son muestra de orgullo de la cultura granadina. De niño en ellos escuché liturgias y predicaciones, siempre custodiado por mi padre que no prestaba atención al sermón por vigilar que no me fugara de esas retahílas pastorales que nunca entendí. Creo que una manera errada totalmente para formar hombres y mujeres de fe es imponiéndoles el dogma cuando aún son niños

Nuestros padres sabían que en bien se crece y se es mayor de edad cualquier cosa es posible, incluso hasta negarse a asistir a esos aburridos sermones que ofrecían la vida eterna y la felicidad. Desde mi escuela y aun en la normal, siempre nos guiaban por este camino, pero así como en el hogar llegaba el momento de insubordinación, también de esos aprendizajes a los que se llegaba muchas veces por obligación, por castigo o por estar legalmente sustentado en normas educativas nos liberamos.

La Institución Educativa donde cursé hasta el cuarto de bachillerato lleva el nombre del primer Alcalde Popular que fue asesinado por las guerrillas que allí habían tomado asiento. Después del fatídico día con este líder cívico el ambiente de Granada se caldeó y la violencia hizo presencia con todos los matices, paramilitares, guerrilleros y fuerzas del Estado. Para esta época me desempeñaba como educador en Medellín, y veía las noticias tenebrosas de desplazamiento y masacres que allí sucedían. Jamás llegue a imaginar que un pueblo en donde la gente asistía masivamente a misa, se confesaban y comulgaban, hubiera tanto odio escondido y tanta ferocidad a la hora de tomar partido por uno u otro bando de los enfrentados, ya fueran paramilitares o guerrilleros. Después de esta guerra atroz que se libró en las calles del pueblo y en el campo quedó un tendal de muertos y desaparecidos, y hoy todavía mucha gente llora a sus seres queridos porque nunca aparecieron así fuera para hacerles cristiana sepultura.

La casa de la memoria en Granada es un ejemplo nacional. Los visitantes que allí llegan salen asombrados, al ver la capacidad de resistencia de un pueblo que se negó a desaparecer por la violencia y que hoy llora a cientos de desaparecidos y víctimas del conflicto armado que allí se vivió con características de crueldad y sufrimiento. Si bien el objeto de este trabajo no es la narrativa de hechos violentos sino la autobiografía de un maestro de escuela, no se puede pasar por desapercibido hechos que han marcado historia en Granada y que han tenido notoria influencia en el escenario educativo. Existen pueblos en nuestro país que solo salen por las noticias cuando sucede algún hecho luctuoso. Granada era uno de estos, lugares un tanto lúgubres y quietos, que pocos le veían interés noticioso.

A las 11:20 a.m. del 6 de diciembre del año 2000 empezó la incursión guerrillera en el municipio de Granada. La toma que duró 18 horas y en la que los subversivos detonaron un carro bomba con 400 kilos de dinamita, dejó un saldo de 23 civiles y 5 policías muertos”. (Casas, 2015). Imaginar un pueblo de iglesias y de agua bendita, de sacerdotes y monjas, de gentes sumidas en la oración, de camándulas y escapularios, de un momento a otro convertido en polvorín de luchas guerrilleras era inimaginable. Medio pueblo fue arrasado por la explosión con la que los subversivos pensaban dar cacería a los policías que estaban apertrechados en todo el centro de Granada

Granada un pueblo fundado en 1790 por un señor de nombre Francisco Núñez Pedrozo y fue hacia 1903 cuando se declaró municipio; Según el último censo, cuenta con una población de 20.112 habitantes. De los cuales, hay 2.848 en edad escolar. Este pueblo Sufrió el flagelo de la violencia por parte de todos los actores armados del conflicto colombiano (Paramilitarismo, guerrillas, fuerzas armadas del estado). El fenómeno del desplazamiento forzado expulsó entre en los años de 1998 y 2006 ha 10.497 granadinos. Y en la misma fecha, han retornado al municipio 1.327 personas. Así lo informó un granadino que experto en datos nostálgicos.

En mi tiempo de formación como normalista, la única historia violenta del pueblo que llegué a escuchar era la que contaban algunos amigos mayores que eran del partido liberal, y que eran sobrevivientes de la época de la violencia de 1950 a 1960 cuando liberales y conservadores se enfrentaban como enemigos a muerte y se exterminaban. Este tiempo no lo viví, pero los libros de historia dan cuenta de la tragedia que vivieron las tierras antioqueñas por cuenta de la violencia bipartidista de los años 50, y que de igual manera se sintió en Granada. Sin embargo, en las clases de sociales que recibíamos en los tiempos de mi formación como maestro de escuela, la historia era narrada con sumo cuidado por los profesores de tal manera que de ideas políticas nada fluía, y es con el paso de los años cuando trascendemos esa minoría de edad latente frente al mundo del pensamiento y de las ideas cuando empezamos a develar esa parte de la historia y de la vida que no era asunto de interés en la educación que recibíamos.

Esta actitud en la enseñanza de los docentes de la época, nos condujo luego a lecturas por inquietud propia hasta llegar a otra versión de histórica; en este sentido, hacia los años 1950, con la llegada de Laureano Gómez al poder (1949) –después de que el liberalismo se negara a participar en la contienda electoral– el país tocó la cresta de la confrontación campesina: la policía secreta de Laureano Gómez, –la contra chusma conocida en Antioquia, la Chulavita en Boyacá, los Pájaros en el Valle del Cauca– se encargaron de identificar a los seguidores de Gaitán, a los 9 abribeños, a los liberales, a los auxiliares de las guerrillas, para ejecutarlos. Mi padre al que por mucho tiempo lo consideraron liberal contaba los hechos de Gaitán y otros caudillos a su manera (Roldán, 2003).

La tarima y el sagrado alimento.

Retorno a mi niñez, edad feliz aun en medio de las limitaciones económicas vividas, descalzo y de pantalón corto corría veloz a recibir las clases de la Señorita Blanca. Aunque muchas veces quedaron sangrantes mis pies tropezando con las piedras del camino, llegaba a mi escuela en donde un ser maravilloso me enseñaría a leer. Las enseñanzas de mi maestra han sido compañeras en la soledad y fortaleza en angustias que surgen en la vida. La escuela con maestros felices es un oasis de encuentro con el amor y el saber. En mi caso tuve una gran suerte ya que en mi primer año de vida escolar hubo una maestra que forjó mi espíritu para toda la vida.

Recuerdo con infinito amor la vieja y enorme tarima en la que 12 vástagos nos sentábamos esperando el milagro de nuestra madre multiplicando el alimento y vigilando que a todos llegara por igual. La ternura infinita de esas manos maternas formó en mi vida un ser humano sensible al dolor humano. Nuestra madre estaba siempre atenta a nuestros alimentos y nuestro rudo padre era vigilante asiduo de nuestros malos comportamientos. Guardo con alegría el recuerdo de la ternura y la gratitud maternal antes que el miedo y el látigo con el que se cuidaba nuestra disciplina.

Hoy creo que ese castigo doloroso nunca ha sido un ejemplo forjador de mejores seres humanos. Por el contrario, forma almas taciturnas y personalidades agresivas que a lo largo de la vida tienen dificultades para asumirse en un rol profesional. Sin embargo esa era la certeza que cabalgaba en la mentalidad cultural de los padres incluido el mío, que hasta el final de sus años creyeron haber hecho lo mejor en la educación de sus hijos. En pueblos como en el que me vio crecer, era una constante la salida aun si llegar a la adolescencia de los hijos en búsqueda de algún destino. Los padres a quien no estaba dispuesto a estudiar desde muy temprano le empujaban a la hégira del hogar. Hoy en todo el país muchos de estos niños que salieron sin rumbo fijo, son ya adultos, exitosos negociantes. Siempre he creído que esta antropología del negociante como resultado del desarraigo temprano del calor de sus padres ha dado como resultado personas duras de carácter, creyentes y militantes religiosos que se confiesan además devotos, pero con capacidad para trasgredir cualquier código de ética, incluso para considerar la violencia en la imposición de sus ideas.

En mi caso, mi progenitor, forjó de alguna manera en mí, el otro ser interno capaz de resistir ante angustias de la vida, incluso abrió las puertas de mi alma para enfrentarme a los lobos humanos que en la existencia aparecen y que es necesario disuadir desde el lobo que cada ser tiene en su interior. Siendo niño preguntaba a otros de mi edad si el papá les castigaba con un látigo por sus travesuras. A muchos de ellos les trataban de manera diferente con consejos y buenos tratos y fueron en su mayoría, personas exitosas en la vida.

Granada ese pueblo de montañas y ríos cristalinos, de veredas y silencios lúgubres, ese lugar que me vio crecer hoy es más conocido por el mural de la infamia en donde están los cientos de desaparecidos y asesinados que por la belleza de sus iglesias o por sus aguas cristalinas. En este pueblo, cuando niños, solo le temíamos al cuco que era el monstruo que se le aparecía a los niños desobedientes, que no acudían pronto a los llamados de la mamá. He vuelto a Granada que apenas intenta sobreponerse del dolor de la guerra, pero en sus calles aún se respira el temor y la incertidumbre. Las iglesias permanecen abiertas mientras algunos seres recién envejecidos oran de rodillas implorando perdón a Dios.

Pienso que aún nuestros padres herederos del castigo doloroso lo que hicieron fue replicarlo en sus hijos, y pensaban que esto era de gran ayuda para indicarnos el camino recto para ser personas encaminadas al bien y a Dios. Eso hacía mi padre quien después de castigarnos con rudeza, nos decía que así aprenderíamos a ser juiciosos y a estar atentos a las órdenes que recibíamos en la escuela y en la casa. Muchas veces llegué a pensar que en la escuela de mis años felices deberíamos estar más tiempo con la maestra.

Así como mi padre había otros padres aún más agresivos y castigadores con sus hijos, siempre llegaban a la escuela con muchos moretones y tristeza. Cuando ellos fueron creciendo muy pronto se rebelaron contra su padre y en el pueblo llegaron a ser jóvenes con prontuario casi delictivo. El castigo que recibieron nunca logró la rectificación de su conducta. (Foucault, 1975). Todo esto sucedía en el ambiente de nuestra niñez, porque en las familias de concepciones cristianas radicales, se tenía la tendencia a considerar el castigo como algo que redimía las faltas. Ir a la escuela con la amargura del castigo doloroso en el hogar se convertía en un obstáculo para aprender. Aun así, la alegría en una escuela feliz como la de mi niñez alcanzaba a borrar mis temores, guiado por la palabra motivadora de la maestra que consolaba muchas veces mi tristeza.

La escuela de las letras con ternura

Aquellos días cuando fuimos por primera vez a la escuela nunca se olvidan, por cuanto significan una ruptura de un ritmo de vida hogareño con los cuidados de la madre y las travesuras con los hermanos que aunque eran mayores están ahí para ser alcahuetes de picardías y mentirillas. De niño soñaba con una escuela linda con ruidos y cantos, con maestros y maestras alegres y leyendo cuentos y fabulas en donde los animales son como personas. Mi madre sabía leer y escribir y su letra era bonita cuando escribía su nombre en las notas que mandaba a la escuela a la maestra.

Recuerdo los cuentos que me leía en voz alta cuando yo no conocía las letras. En la casa en el campo, hubo una cartilla que se llamaba la alegría de leer. En ella había un cuento que mi madre leía y me daba mucha tristeza porque era la historia del “molinero su hijo y el borrico” el burrito se caía patas arriba en un torbellino de agua porque no era capaz con la carga tan pesada.

Mi madre decía que eso era un cuento para indicarles a las personas que a los animales había que tratarlos con amor. Cuando aprendí a leer ese libro siempre estaba en mis manos porque sus cuentos tenían bonitos dibujos y era feliz leyendo despacio por silabas hasta que terminaba. Alegría de leer fue mi primer libro de fabulas y encuentros con la lectura, lo recuerdo porque su pasta era dura y allí había una imagen de muchos niños con banderas de colores. Había el libro alegría de leer para primero y segundo. En el dibujo de la pasta había niñas y niños, en mi escuela éramos solo niños. En mi pueblo existía la escuela para niñas y la escuela para niños. Niños y niñas juntos estaba prohibido, porque podíamos distraernos para aprender las lecciones.

Mi escuela fue una sorpresa y un mundo de preguntas con pocas respuestas. Los niños no podíamos preguntar sino responder a lo que la maestra preguntaba. De niño quería saber muchas cosas pero no era posible. La maestra siempre nos tenía ocupados haciendo dibujos o planas escritura que normalmente eran con respecto a la escuela, a mi familia y a la naturaleza. “mi mamá me ama” mi mamá me mimaa”. Ésta última no era verdad porque mi mamá no tenía tiempo para dedicarle a un niño ya que éramos muchos en la casa y no había atenciones especiales para nadie. Aun así escribíamos la frase una y otra vez hasta llenar la plana tal como indicaba la maestra.

Cuando aprendí a escribir a escondidas escribía palabras bonitas dedicadas a mi maestra, nunca se las dejé ver porque eso era un secreto con el que dejaba constancia de mi admiración por ella. Muchos niños le escribían cartas y se las ponían en su escritorio pero ella las ponía a un lado sin prestarle mucha atención. Un amigo le dedicó un poema a una maestra que creo era igual de hermosa que la de mis letras con ternura. Ella se llamaba la señorita Gilma a la que así le escribió: Usted tenía las manos de ternura y tiza Señorita Gilma. Qué lección tan preciosa escondía bajo su falda pulcra. Usted tenía los ojos grandes como los soles que pintaba en el tablero (Rendón C, 1987)

Voy llegando a la cumbre de mi vida, y voy haciendo un sencillo inventario de las cosas que he realizado y que he dejado de hacer, acudo con alegría a los recuerdos, y con placer cuento a aquello que se ha convertido en parte de mi equipaje y que seguirá enriqueciendo mi memoria por siempre: las vivencias de la infancia con maestros y maestras felices enseñando a los niños con el alfabeto del amor a la vida.

Si mi experiencia de niño en la escuela estuviera colmada de angustias, ningún maestro habitaría en mí. El espacio especial que ocupa mi maestra de las primeras letras en mi alma es razón de alegría y gratitud

La señorita Blanca es el referente amoroso de un niño que guardó en la memoria los trazos y dibujos del amor convertido en letras de colores. Es posible que de niño nos enamoremos de la maestra que nos trata con amor, pero es ese amor limpio que fluye de los meandros más ocultos del sentimiento humano y se queda para toda la vida. Lo más lógico es que uno guarde por siempre el sentimiento del amor por aquello que le proporcionó alguna felicidad. La señorita Blanca se quedó en mi memoria con sus aromas y palabras, con sus cantos y oraciones

De niño experimenté también el trato rudo y el castigo doloroso por parte de maestros que consideraban que esa era una forma de educar y de enseñar. En mi caso, solo lo guardé para contarlo aunque aún resuena en mi oído los insultos y agresiones que recibía y que hoy creo que fueron momentos de tristeza en la escuela en donde solo debe haber espacio para la alegría, el canto y el juego con los niños. Estos castigos con dolor y gritos se escuchaban en la escuela que era de paredes de barro y retumbaban en cada salón. ¡Cuánto susto me daba al escuchar un niño llorar!

En mis tiempos de la escuela de la "letra con sangre entra", el castigo doloroso con todos los malos recuerdos que se quedan no eran entonces, aun acto salvaje de violencia, ni de venganza individual tampoco de represión institucional; el castigo escolar se encontraba ligado a la forma de mantener juiciosos y agrupados de modo a los niños fuera del hogar. Recuerdo el silencio total en el salón con la maestra que me castigaba en muchos casos sin hacer nada. Se paseaba por el salón con su látigo y cuando pasaba por mi lado sentí escalofrío y miedo. Algunas veces quise salir corriendo a buscar a mi madre, pero ella estaba muy lejos y no podía escucharme en mi desesperación. Le molestaban mis olores campesinos de animales, plantas y musgos del camino. Creo que lo que se buscaba con el miedo y el castigo era hacernos obedientes tal como lo recomendaban los sacerdotes en la misa. Sáenz, Javier. (Saldarriaga, 1997).

En la escuela de mis años infantiles se practicaba con tranquilidad la Pedagogía del dolor, era algo válido en los manuales de trabajo docente y no era mal visto ni por la familia ni por quienes regulaban la educación. Creo que la sociedad que se buscaba forjar para la época era la de la sumisión, la aceptación y el silencio.

El coscorrón, el reglazo, las cuclillas, el dejar sin el recreo eran prácticas cotidianas, pero a estas acciones tristes se calmaban con el mero recuerdo de la ternura y el amor de la maestra que me enseñó a leer y este es el que perduró en mi mente. La señorita Blanca era mi refugio cuando sentía la tristeza por los tratos agresivos de la maestra que me enseñaba a multiplicar y a dividir. Con mis ojos bañados en lágrimas me dejaba ver de la señorita Blanca para que me diera un momento de consuelo al abandono en que me sentía con la castigadora maestra que enseñaba matemáticas con una regla gruesa para quien se equivocara. En mi vida de maestro de escuela, siempre he considerado que la educación empieza con la vida y no acaba sino con la muerte. El cuerpo es siempre el mismo, y decae con la edad. La mente cambia sin cesar, y se enriquece y perfecciona con los años. De mi infancia guardé las voces y miradas sencillas de mi maestra y desde ellas en mi camino por la vida forjé mi carácter para ser maestro. (Turner, Martí, & Céspedes, 2002). Pude haberme quedado con los dolores de la infancia y el maltrato escolar y paternal, sin embargo para mi vida fueron determinantes las formas de ser y de actuar de mi maestra de las primeras letras escolares.

Ángel de mi guarda camino de mi escuela

Para acercarme a la presencia de la señorita Blanca en mi vida de niño, volveré páginas atrás hasta llegar a aquellos días en que, con mis pies descalzos, recorría caminos y senderos para llegar a la escuela, en donde debía descubrir ese mundo de magia y fantasía de las primeras letras. Ese universo que a mi temprana edad me arrancaba de los cuidados hogareños de mi madre para conocer cartillas, cuadernos, lápices, colores, palabras y cantos que hoy siguen siendo una sinfonía en mi mente de hombre que avanza en el declive inevitable de la vida. En los éxitos alcanzados en mi trasegar como maestro, estará siempre la limpia presencia de mi maestra con la que hice la primera a de alegría en mi cuaderno TITAN de cien hojas con mi lápiz redondo y blanco.

Mi padre era un hombre rudo, luchador infatigable para sacar adelante una camada de doce hijos, a los que debía brindar lo necesario para la vida. Todo era sencillo, sin ninguna ostentación. Vivíamos en una vereda distante, a una hora del pueblo. La casa era de esas construcciones antiguas, de tapias gruesas y tejas de barro. La cocina era grande, de piso de barro y la casa era vieja, construida hacía más de cien años decía mi padre, con tapias muy gruesas que habían resistido el tiempo y fuertes temblores de tierra; en el patio de la casa mi madre sembraba jardín que cuidaba con esmero y en las mañanas las podaba y les echaba agua mientras cantaba. Durante mi niñez siempre estaba mi madre embarazada, cada año y medio llegaba un nuevo hermano, y ella decía que la virgen los traía desde el cielo como un nuevo regalo para la familia.

Hoy, recordando la ternura de mi madre y la rudeza de mi padre creo que ambas acciones fueron forjando en mi la personalidad con la que he asumido la vida, tal como lo manifesté anteriormente. Recordar de la madre esa mujer maravillosa de manos tiernas que nunca se cansaban de partir pan para sus hijos atendiendo a todos por igual hace que muchos comportamientos de nuestra vida en sociedad tengan el toque del respeto hacia el otro. En la memoria se queda para siempre esos días de encuentro en donde se servía el sagrado alimento en el hogar. Mi madre con su hermosa voz nos cantaba mientras nos ofrecía el consagrado alimento, lo cual hacía más delicioso aquel instante, entre tanto nosotros, ansiosos, esperábamos la porción respectiva.

Cuando llegué de niño a la escuela, exploré un mundo marcado por la disciplina, lo que era el referente de la época; el director nos decía que todo lo que hacían en la escuela era ordenado por el gobierno, y que por ello debíamos obedecer para ser personas honradas como nuestros padres. Pero ya desde la casa venía preparado pues mi padre era riguroso con la disciplina hogareña. Desde que nacemos hasta que vamos a la escuela recibimos la información de las realidades que nos rodean mediante sus padres, sus hermanos, el resto de la familia. Pero además desde las conversaciones de los adultos amigos de la casa, los amiguitos, el barrio, el círculo o jardín de infantes, la calle, el transporte público, los parques de diversiones, la radio, la televisión, el cine, la propaganda gráfica y otros medios nos van moldeando para la vida.” (Turner, Martí, & Céspedes, 2002)

Yo tenía apenas seis o siete años, y conservo intacto en mi recuerdo cada detalle de mi vida de niño; la finca era grande, con quebradas y pantanos, árboles y flores que mi madre cultivaba con cuidado; su imagen, cuando se inclinaba para acariciarlas y hablarles sigue viva en mí. Ella era siempre como una flor que lucía primorosa en el jardín, y una flor muy especial que resaltaba en medio de las begonias y cartuchos que florecían en el patio de la casa. A veces escuchaba a mi madre hablando en el jardín, ella siempre decía que las plantas eran seres vivos que escuchaban. Después de mi madre pasar regándolas con cariño cada flor abría sus pétalos como dando las gracias. Creo que el amor por la naturaleza, los árboles, los bosques y el agua lo guardé en mi memoria con los ejemplos cotidianos de mi madre.

Estaba emocionado, muy pronto iniciaría mi camino diario a la escuela para aprender a leer y a escribir. Los días y las noches antes del inicio del acontecimiento con cuadernos letras y maestros los sueños cambian. Aparecen personajes nuevos y el ángel de la guarda que siempre me cuidaba en casa, me guiaría en mis pasos por el camino de la escuela a la casa y de la casa a la escuela decía mi progenitora. A veces lo escuchaba tras de mí y me detenía para volver la mirada con sigilo para intentarlo descubrir. Nunca lo logré, creo que mi ángel protector era siempre invisible, pero sabía que ahí estaba. En los días previos a la escuela jugaba con los vecinos a niños y maestros. Una niña vecina era mi maestra, que imaginariamente me hacía rayas en hojas de cuadernos ya usados y me calificaba siempre cinco aunque solo eran rayas que ella hacía.

De niños ese primer día es de sobresaltos. La mera idea de no estar bajo la mirada de la madre da temor. Sin embargo mis padres como todos los padres de la época nos fueron indicando el camino de lo que podamos decir y lo que no. Cuando llegué a la escuela tenía disciplinas incrustadas en mi comportamiento lo que hacía más sencillo la adaptación al ambiente. Llegué con miedos y recomendaciones para ser sociable. Se me había preparado desde el hogar de manera sutil, para una vida de niño que llegaría a ser hombre y ciudadano para la sociedad (Bachelard, 1982).

Ese mi primer día, en mi caso no fue algo pavoroso pero sí me hacía preguntas que salían de mi alma de niño. Cuando mi padre me llevó a la escuelita del pueblo para matricularme en primero elemental, yo sentía un gran vacío en el alma, y ese vacío era la ausencia de mi madre. Recuerdo que ella con sus propias manos me peinaba y me decía que la escuela era un lugar donde yo aprendería muchas cosas lindas. Mi progenitora cultivó de manera tenue el amor por la escuela y me decía al oído: “ya casi viene el día de tu escuela y allí te enseñarán muchas cosas y harás dibujos y letras con la ayuda de una maestra”. En mi caso mi madre fue mi primera maestra que me preparó desde los sagrados deberes de la casa la manera como debía comportarme en mi escuela.

Esta estrofa del poema de José Asunción Silva me acerca a esos bellos días de la Infancia, días calma y fresca bendecida, ahora que intento volver mi memoria al pasado aunque ya despojado de la inocencia y la ternura. Infancia, valle ameno, de calma y de fresca bendecida donde es suave el rayo del sol que abrasa el resto de la vida. casadepoesiasilva@casadepoesiasilva.co

Un lunes de enero, no recuerdo la fecha, mi padre nos llevó a todos a matricularnos a la escuelita, ya algunos hermanos iban adelante, el novato era yo, y me sentía emocionado ante esta aventura nueva de mi vida; observé con detalle cada espacio. La escuela era grande con muchos maestros y maestras. Para llegar allí era necesario subir muchas escalas porque quedaba -y aún queda- en la parte alta del pueblo. La brisa es fuerte y se siente mucho frío en el invierno. Los corredores de la escuela eran amplios y el patio central era de barro. Los pasillos y los salones no tenían baldosas solo pavimento. Los pupitres eran grandes y en la misma banca nos sentábamos seis niños, el escritorio era una mesa para todos pero tenía separador para que cada uno allí guardara sus cuadernos.

Hoy creo que esta era una forma de ser más cercanos a los compañeros, a diferencia de la individualidad de las escuelas de nuestro tiempo cuyos pupitres son sillas personales con la incomodidad para la comunicación con los demás. Incluso hay colegios que clavan las sillas en el piso para que no las puedan mover los estudiantes, y son estos salones de clase en donde reina el orden y el silencio pero también el aburrimiento.

Al lado de mi progenitora y con mis hermanos era feliz; pero había llegado el momento de buscar y entender otros espacios en donde la incógnita sería la búsqueda de nuevos caminos hacia la felicidad. En mi escuela podría jugar, tener trompos y bolas de cristal, jugar a escondidas y a las carreras de encostados y podría patear balones; estaría triste por la separación largo tiempo de mi protectora, pero estaría cerca de una maestra y de las letras. Aprendería a leer ese era mi logro a conquistar, ya mi madre me lo había dicho que los libros eran mis amigos y las letras las compañeras de todo día.

Mi papá me tomó de la mano y me llevó hasta donde tenían la pesa y el rayado métrico con el que nos tomaban datos para relacionar estatura, edad y nutrición; eso lo hacían con rapidez, más bien como por llenar los papeles del historial infantil, porque lo que más les importaba era la partida de bautismo en la que se verificaba que efectivamente fuéramos de familia católica, de hogar decente y de padres casados por la Iglesia. Todo eso lo cumplíamos para ser aspirantes a llegar a la escuela del pueblo. En esos tiempos a los niños mal nutridos nos daban harina y leche en polvo. Luego supe que esas cosas eran ayudas de los Estados Unidos a Colombia porque en los tarros y en los sacos de harina decía Made in USA, letras raras que los niños leíamos y no entendíamos hasta que la maestra nos explicó lo que quería decir y lo escribimos en el cuaderno; aunque yo tenía el peso adecuado por ser un niño campesino me daban de esos alimentos que los hacían con leña en ollas muy grades en el patio tarsero de la escuela que servía como fogón y cocina.

Salíamos a descanso y nos filábamos en el patio donde estaba el fuego con el que hervían las sustancias que nos daban. Bebidas y coladas calientes nos animaban para seguir estudiando. Los profesores nunca nos decían nada sobre el origen de estos alimentos, pero tampoco recuerdo que ellos consumieran a nuestro lado las leches calientes y las coladas que hacían. A lo mejor los podían sancionar si consumían lo que era solo para los niños.

Mi mamá dijo una vez en casa que, el padre en la misa había dicho que los alimentos que nos daban en la escuela tenían sustancias que esterilizaban y que por eso solo la podía consumir los niños, que los adultos que tomaran la leche y la colada se quedaban estériles y no podían tener hijos, y que ellos tenían prohibido planificar. Esto lo vine a entender cuando estaba ya en el colegio.

Recuerdo que los profesores ninguno comía de los alimentos que hacían en la escuela a lo mejor ellos si sabían lo que pasaba, pero los niños éramos felices con colada, leche en polvo batida que nos daba calor y energía. A pesar de esto siempre en Granada las familias fueron numerosas incluida la mía en donde éramos 12 hijos, con mínimas diferencias en edad.

Mientras tanto, miraba cada detalle del entorno y lo que allí sucedía, el patio de recreo y los tanques de agua en donde los niños que veníamos del campo nos debíamos lavar los pies antes de entrar a clase. ¡Cómo han cambiado los tiempos! En ese entonces muchos niños íbamos descalzos a la escuela y hoy no solamente no irían descalzos a ninguna parte, sino que exigen zapatos de los más costosos. En mi caso llegué descalzo muchos años a la escuela y allí en ese tanque dejaba el barro del camino que se enredaba en mis pequeños dedos. Estaba acostumbrado a vivir sin zapatos, mis hermanos y a mi propio padre los recuerdo descalzos al igual que yo. A pesar del sufrimiento de mis dedos y mis pies descalzos siempre fue más emocionante pensar en mis cuadernos y en mis tareas escolares por ello corría apresurado cada día a escuchar las clases de la señorita Blanca

El director de la escuela era un señor de ojos azules, que siempre estaba regañando a los papás y a los niños; cuando fuimos a la rectoría para presentarnos, me sorprendió que allí, al lado de su escritorio, tuviera un látigo colgado de un clavo. Era lo que más se notaba en su oficina, con pocos libros de lectura, pero sí estaba la Biblia y textos de urbanidad, además, el catecismo del padre Astete el cual era necesario comprar para la clase de religión. El Director era muy respetado, lo noté y lo recuerdo porque mi padre se quitaba el sombrero cuando iba a entrar a recibir algún informe a la Dirección. En esta tenebrosa oficina todos los días castigaban dolorosamente a niños que eran señalados de desobedientes. Cuando le contaba a mi padre sobre los castigos, el solo decía: para eso va uno a la escuela mijito. Allí aprenden a leer para que no sean brutos como yo y para que aprendan a ser ciudadanos. Por eso les castigan, así no vuelven a repetir las faltas.

En mi caso nunca pasé por ese patíbulo que era un lugar de castigo más que un lugar de aprendizajes. Con mucho sigilo pasaba por el corredor en donde estaba esta oficina a la que le hacían el aseo los chicos del grado quinto vigilados por los profesores. Vi llorar a muchos niños de todos los grados cuando iban a ser enviados a la Dirección.

Después de que me hice maestro al cabo de muchos años recuerdo haberlo visto en las oficinas de la secretaría de Educación. Su último cargo fue de supervisor educativo. Cuando me lo encontré lo saludé por su nombre, él no sabía el mío pero le expliqué que yo era un niño cuando él era director de escuela en Granada, y le conté además que ya era profesor. El solo me respondió parcamente, como si eso poco le importara. Creo que no se acordaba de aquel personaje cruel que había sido, quise recordárselo pero llegué a pensar que el como otra profesora castigadora que tuve no eran más que personas cumpliendo manuales que las misas leyes del Estado permitían y ordenaban

Como niño me preguntaba con frecuencia si esto que vivía en la escuela era correcto, pero solo era imaginación de niño, y preguntas extrañas que ni mi papá ni mi mamá sabían responder, y a la maestra no le preguntaba para no molestarla. La escuela era linda, pero algo la hacía triste y por ello al llegar cada día uno sentía sobresaltos. Quizá por los temores a los castigos que sucedían. Los niños eran acompañados hasta cerca a la escuela, no podían llegar con ellos. Creo que los que lloraban copiosamente, era por el temor que sentían al saber que en la escuela se castigaba con látigo. Pero los niños del pueblo hijos de señores adinerados eran siempre juiciosos y contemplados por el director y los maestros, pero les daba temor escuchar el llanto de otros niños.

Mi ángel de la guarda, maestros, maestras, los niños el director, las señoras del pueblo que hacían la colada, el fogón de leña para cocinar, el tanque del agua para lavarnos los pies y sonarnos los mocos, la asustadora oficina del director, el padre haciendo el examen de religión cada año, el tarro de avena Quáker con chocolate y arepa de mi desayuno preparado por mi madre, el recreo, la cancha de futbol y los salones de clase, las escobas grandes para barrer el patio y el salón, los sanitarios que era una cañería abierta para hacer las necesidades poniendo los pies en cada lado todo eso formaba mi escuela y está intacto en mi memoria.

Las clases se iniciarían al lunes siguiente; llegué a mi casa de campo con mi padre, quien le narró a mi madre todos los pormenores de la matrícula de tantos muchachos, y pensaba lo difícil que le esperaba para comprar los cuadernos de cada uno.

Mi padre hacía poco había pasado de ser trabajador al destajo, alquilado en fincas de la vereda, a ser trabajador del Departamento como obrero de pico y pala, trabajo que le había ayudado a conseguir un señor que después, al cabo de los años, supe que ese que ayudó a mi padre era un jefe político que tenía mucho poder y dinero y pertenecía al partido conservador. Ya mi padre no tenía que trabajar alquilado en fincas por pagos mínimos, ahora trabajaría con el gobierno arreglando puentes y carreteras con lo que nos iría mejor.

En los episodios de esta autobiografía, me pongo el ropaje del niño que fue e intento viajar a los tiempos de mi infancia, para narrar hechos pasados que son palabras que traducen imágenes que marcaron mi espíritu infantil y aun recorren mi vida. Y así mi niñez, que ya no existe, está en el tiempo pasado porque ya no existe. Ahora bien, su imagen cuando yo la revivo y la narro, la observo en tiempo presente porque todavía existe en mi memoria” (Agustín, 1974). Esto sucede en los episodios recordando mi niñez que ya no existe pero esa imagen la revivo desde el presente. ¿De qué manera nuestra mente grava los cuadros felices y nostálgicos de la infancia? Algo sucede, porque al hablar con los hermanos que fueron cómplices de travesuras de niños, ellos recuerdan otras cosas que fueron significativas en su vida. La escuela ese lugar feliz que habité de niño me dejó un abecedario de vida con el que aun escribo y pienso que la felicidad en los niños marca senderos para recorrer la vida con firmeza y alegría.

Mi padre después de llevarnos a la escuela esa noche en casa narraba que, el jefe tenía mucho poder en la Gobernación y ayudaba a colocar a los que fueran parroquianos juiciosos de la Casa Conservadora, él nos contaba eso como si ya lo entendiéramos, pero eso no nos interesaba, lo importante era que pudiera llevarnos el alimento. Mi papá, acosado por las necesidades se hizo simpatizante conservador, y aportaba a la causa con su sueldo, que era la manera de agradecer al señor político que le había ayudado con el trabajo. A veces me detenía a escuchar a mi papá cuando hablaba con mi madre, y me regañaba porque eso era conversación de adultos, entonces me iba a jugar, pero ya sabía que tenía trabajo y que por ganar más dinero habría mejor alimento.

El primer día de clases me levanté muy temprano con mis hermanos, que iban más adelante en el estudio; el hermano mayor ya era un travieso que hacía llamar con frecuencia a mi padre a citas escolares para darle quejas por su indisciplina. Él peleaba y se fugaba de clases y nosotros los hermanos jamás contábamos en casa lo que hacía, con lo que nos hacíamos sus cómplices. En la escuela era reconocido como buen peleador, como un guapo que no se dejaba joder de nadie, y además, reprochaba con rebeldía los castigos de los profesores. Desde niño fue un rebelde que nunca se dejó gobernar de nadie.

Mi primer día de clases lo recuerdo con amor e interés; mi madre se levantó muy temprano para darnos el desayuno que consistía en una taza de chocolate caliente con una arepa grande, que ella sabía hacer muy bien; a todos nos echó la bendición, y nos dijo: ¡que la virgen los acompañe, pórtense bien! Debíamos caminar una hora para llegar a la escuela, por caminos pedregosos, pantanos y llanos en los que a esa hora se sentía el olor de las flores y se escuchaban los trinos de los pájaros. Este día esplendoroso jamás se borrará de mi mente, ya que fue una apertura a un mundo pleno de colores, de música, de juegos y constantes descubrimientos.

Mi padre me había comprado un cuaderno rayado de 100 hojas de marca TITÁN (cuyo nombre, lo supe después, hace alusión a un satélite o en la mitología a una raza de poderosos dioses griegos) y un lápiz redondo, blanco, implementos que empaqué con sumo cuidado en la mochila de tela roja que mamá me había hecho. Allí guardé un tarro de avena Quáker con el algo (chocolate y arepa). Éste iba junto a mis útiles escolares. El camino se hizo muy largo, quizá por mi ansiosa expectativa.

Aunque no tenía zapatos, corría feliz para llegar a tiempo a mi escuela, que a las 8 en punto de la mañana sonaba la campana que se escuchaba en todo el pueblo y aun en veredas cercanas. Este día está lleno de luz en mi recuerdo, es como un sol que ilumina mi camino al inevitable fin. Todo mi ser se ilumina con los cristales de mi memoria, y aparecen corredores y avenidas y sonrisas. En los pequeños ocasos vuelvo a pensar mi vida y aceptaría la magia que como algo real me llevara a esos días luminosos de mi niñez “Y Sólo del otro lado del ocaso verás los Arquetipos y Esplendores”. (J. L. Borges). Volvería con mis pies descalzos a descubrir la alegría de la hierba cuando cae sobre ella la lluvia.

El primer día de clases, llegué a mi escuela con entusiasmo y con sobresaltos en el alma. Subí las escalas y las intenté contar, pero eran muchas y perdí la cuenta. Pronto sonó la campana y todos corríamos atropelladamente para llegar al patio central sin demora. El rector el señor del zurriago en la oficina fue el que tomó la vocería y nos indicó el lugar en donde estaban las maestras de primero de escuela; luego rezó con mucho fervor y mandó a los salones a los estudiantes antiguos.

El patio era grande, sin pavimento, y la escuela formaba un cuadrado con muchos salones. En primero de escuela sólo enseñaban mujeres a las que siempre les decíamos: "buenos días señoritas". Nos enseñaron a hacer la fila por orden de estatura y a tomar distancia desde el hombro de cada compañero; luego se repartieron los niños sin ningún problema, por hoja de matrícula. Quería que me tocara con una maestra bonita que vi desde el día en que me matricularon. Ella empezó a llamar por apellido y nombre, y de pronto dijo: "Alzate Salazar Efraín", yo levanté mi pequeña mano con mucha alegría como para decirle "¡maestra estoy feliz de que usted sea la que me enseñará a leer!" Hoy creo que la primera impresión del primer día que se lleva el niño de la escuela y de su maestra o maestro es fundamental para iniciar la bella tarea de aprender a vivir y a ser feliz. Uno va a la escuela primero que todo a ser feliz, lo demás se aprende con facilidad

Me saludó con ternura, y me dijo: ¡apura mi niño, éste será el lugar en la fila durante todo el año!, y yo me hice de inmediato en el lugar indicado, como un niño juicioso y feliz. Aunque no tenía zapatos, hasta mis pies se alegraron y hacía figuritas en el suelo con mi dedo gordo, mientras ella acomodaba los demás niños; luego nos dijo cómo debían ser las filas todos los días y el punto a donde debíamos acudir cuando escucháramos la campana, la cual siempre se nos decía que "era la voz de Dios", y así lo asumí, siempre atento a la campana de la escuela que era grande y se escuchaba desde muy lejos. Llegué a pensar que Dios, entonces, tenía una voz muy aguda y que a veces asustaba en la escuela a quienes nos dormíamos en clase. Había días de mucho frío y en el pupitre con los otros niños nos juntábamos para darnos calor mutuamente, pero la maestra se molestaba y cuando nos dormíamos nos despertaba con calma, nunca lo hizo con gritos y nos paraba al frente para que perdiéramos la pereza.

Llegué a pensar que la señorita Blanca era un ángel de verdad porque nos cuidaba y nos trataba con afecto. Cogidos de la mano nos llevó al salón de clases y nos asignó el respectivo puesto; eran pupitres colectivos, con espacio para los cuadernos de cada uno. Podríamos compartir sin egoísmo lo que teníamos. Por mi baja estatura, me tocó adelante con otros niños que no eran campesinos y que tenían zapatos, pero además se vestían muy bien. En mis días des escuela no se usaba uniforme, cada quien iba con la ropa que le era posible; algún día me pregunté por qué yo no podía también tener unos zapatos para proteger mis pies de las piedras en el largo camino diario de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, mi padre siempre nos decía que cuando ganara mejor salario nos regalaría zapatos; pero fue sólo una pregunta que más tarde entendí. Para mí lo más importante ahora era poder estar en un salón escuchando a una profesora linda que hablaba con delicadeza a los niños.

La señorita Blanca a veces se enojaba, pero pronto se sonreía y eso era como si una nube repentina se aleja para dándole paso al radiante sol, lo cual era un hermoso regalo para los párvulos que estábamos por aprender a leer. Mi maestra siempre se vestía muy bien; sólo usaba faldas de paño y blusas blancas; también usaba media velada y zapatos de tacón que lucían bonitos, porque eran pies pequeños, y tenía las piernas con vellos delicados que se veían atrapados en la media transparente. Los niños por lo general somos muy detallistas con la forma de ser del maestro o la maestra que tenemos y que además es un ser feliz.

Sabía que por mis largas caminatas de la casa a la escuela mi olor natural era el de las flores del campo, de los animales y plantas que al ser parte de mi vida se impregnaban en mi piel. Pero la maestra nunca me dijo que olía a feo, o que me fuera a bañar en el tanque de la escuela. A todos nos decía que el aseo era parte de la vida de los niños y de la escuela. Los episodios de esta autobiografía me proporcionan cierta alegría, incluso aquellos que fueron tristes. Todas ellas son parte de mi vida de niño y de lo que más amaba co fueron mi casa y mi escuela. La felicidad como la tristeza no son cosas palpables sino que se hacen habitantes de nuestro ser. “Recuerdo mi gozo aun estando triste, la vida feliz aun siendo infortunado, (Agustín, 1974). Algo se queda en nosotros que nos ayuda a resistir los embates de la vida cuando al cabo de los años sentimos deseos de llorar

Creo que desde el primer día sentí un encanto especial por la señorita Blanca; era tan bonita que le lucían siempre las palabras: "señorita Blanca". Ese día sólo fue de organización de filas y en el salón de clase. En el salón había carteleras con dibujos y palabras; el salón no era embaldosado, pero siempre se veía lindo con la presencia de mi maestra. Las carteleras las hacía ella y las cambiaba cada semana. Traía de la casa los dibujos con frases que nos invitaban a ser niños juiciosos, o con palabras de amor a Dios. El salón siempre estaba lindo, porque ella con mucho amor nos decía que la basura se arrojaba al tarro de la basura y que tirar las basuras al piso era parte de mala educación

Al segundo día de clase quería llegar de primero a la escuela; me levanté muy temprano, me tomé el desayuno sencillo que servía amorosamente mi madre, siempre con la presencia de arepa y chocolate; organicé mi cuaderno y mi lápiz en la mochila roja que mamá me había hecho. Jamás olvidaré la mochila porque durante mucho tiempo me acompañó, y de ella me sentía orgulloso. Los niños del pueblo tenían maletines de cuero con letras dibujadas, pero la mía era más linda porque allí estaban las manos de mi adorada progenitora. Salí corriendo de la casa feliz, a ver a la señorita Blanca y a aprender las letras. Llegué muy temprano a la escuela y me senté a esperar la llegada de mi maestra. Ella también llegó temprano y cuando la vi subiendo las escalas corrí a decirle que yo le ayudaba con sus libros para que no se fatigara.

Recuerdo que me acarició tiernamente el cabello y me entregó una parte de su equipaje para que la acompañara hasta el salón. Me sentía feliz a su lado y en todo momento en la escuela me ubicaba en donde la pudiera ver. Ese segundo día ella inició la clase enseñándonos una canción de la escuela, con la que a la vez nos enseñaba a marchar como soldaditos: "somos todos soldaditos de pequeña infantería dirigimos nuestros pasos A la escuela cada día. Cuando la campana suena se me ensalza el corazón Viva...viva nuestra escuela que nos hace trabajar." Cuando llegaba a casa me ponía a cantarle a mi mamá lo que aprendía y le enseñaba mis canciones y ella me aplaudía. Luego yo le mostraba el cuaderno, pero ella no podía atenderme con cuidado porque éramos muchos hermanos y algunos ya más grandes tenían algunas dificultades disciplinarias. En la noche con una lámpara de petróleo hacia mis tareas, había veces que me quedaba dormido sobre el cuaderno y mi madre me despertaba para que fuera a la cama.

Recuerdo que en la escuela me gustaba cantar, pero yo gritaba mucho mientras cantaba, y la señorita Blanca, me puso su oído en mi boca y me corrigió para que cantara y no gritara; aprendí una nueva canción y llegué feliz esa tarde a cantársela a mi madre, pero ya sin gritar, tal como me lo había corregido la maestra. Todo el tiempo marchaba y cantaba lo que había aprendido. Incluso soñaba vestido de soldadito marchando en la escuela. Ella se acercaba y siempre tenía aroma de ángel. Me escuchaba mientras cantaba para corregirme yo respiraba profundamente para que se quedaran en mí sus aromas de maestra linda. Todavía no habíamos escrito nada en el cuaderno y eso me preocupaba, porque yo quería estrenar mi equipo escolar marca TITÁN. Le pregunté a mi madre si yo podía rayar el cuaderno haciendo un muñeco, y ella me dijo: sólo se empieza cuando su maestra se lo indique. Y así lo hice, esperé pacientemente el maravilloso día de hacer una letra con mis propias manos. El tercer día cantamos y practicamos la canción. Lo hacíamos muy bien, pero la maestra cantaba más lindo, tenía una voz musical que nos encantaba a los niños, y la voz infantil cantando en grupo se sentía como una inocente sinfonía que le cantaba a la vida y a la alegría.

Llegó el momento en que mi linda maestra nos habló del orden en los cuadernos, del aseo en el salón y de las reglas de higiene. Luego con una voz dulce y abrazadora, nos dijo: mis amores saquen el cuaderno y el lápiz! Cuánta alegría sentí al ver mi cuaderno TITÁN abierto en mi pupitre, listo para que empezara a plasmar mis primeros intentos de letras o palabras. Pero la señorita Blanca nos dijo: miren las montañas cómo son de lindas, ellas son un milagro de Dios, por eso vamos a dibujar una montaña. Tomé mi lápiz tal como cogía el regatón en la finca, durante las tareas campesinas con mi padre. Quizá fui el único que tomé el lápiz de manera ruda. Mi maestra se acercó y me dijo en el oído: "así no mi amor, cógelo así, con delicadeza que el lápiz no es un azadón sino tu amigo de las letras." De inmediato le entendí a la bella maestra; cogí el lápiz con delicadeza, porque tal como había empezado, le había hecho un roto a la hoja, y mi cuaderno ya se veía feo. Volví a intentarlo y empecé a hacer la montaña, siguiendo sus indicaciones. Deslicé mi lápiz en la hoja y apareció una montaña, y la maestra me felicitó por haberle prestado atención a sus indicaciones. Luego pintamos la montaña con el mismo lápiz y me pareció que lo había logrado y quería correr a casa a mostrarle a mi mamá mi obra de arte.

En casa mostré a mi madre mi trabajo de la escuela. Estaba feliz por haber estrenado mi lápiz y mi cuaderno. Ella miró mi cuaderno y con su ternura maternal me dijo que había hecho una montaña tan linda como la que se veía en la parte alta de la finca de mi padre. Entonces le creí el elogio feliz que me hacía. Al lado de mi cama ponía mi cuaderno y mi lápiz, porque la maestra dijo que esos serían nuestros nuevos amigos que había que cuidar cada día.

Esa posibilidad maravillosa de los dos puntos del camino de mi vida de niño: en el uno mi escuela y en el otro mi mamá me daban la oportunidad para crecer amando y no con resentimientos por la pobreza económica de nuestra familia. Esos dos caminos siguieron marcando mucha parte de la ruta de mi vida; una madre que se maravilla con los descubrimientos artísticos de un inocente niño y que siempre lo esperaba en casa y una escuela con una maestra que enseñaba a los niños con amor. Estos fueron los primeros pasos que di para seguir en la vida la compleja ruta de escribir y de hacer de los libros mi punto de realización.

Muy pronto la maestra nos empezó a llevar con mucha paciencia al descubrimiento de las letras. Estas eran las que anhelaba, para leer así fuera muy despacio como lo hacía mi padre o bien pronunciado como lo hacía mi madre. La maestra nos empezó a contar aventuras de cada letra, empezando con las vocales. Y cantaba con su linda voz cuentos imaginarios para irnos mostrando figuras parecidas: La **a** está triste porque mamá se va; la **e** llegó y la consoló; la **i** llegó temprano y feliz; la **o** comió mucho y se engordó; la **u** lloró porque se lastimó. Con las letras cantábamos y la maestra nos inventaba historias maravillosas.

Con la paciencia, la calma, la imaginación, los cuentos y las canciones, la maestra nos fue llevando al universo mágico de las palabras y las letras que hasta entonces había estado oculto. Yo aprendía de memoria muchas cosas con gran facilidad además porque la mediadora entre el abecedario y los niños era un ser excepcional. Pocas veces castigaba, aunque en esa época las leyes escolares permitían el castigo doloroso a los niños, y los padres nunca protestaban ante tales excesos, porque se entendía el escarmiento como una manera de afianzar los principios del hogar.

Hoy los niños se quejan ante sus progenitores por algún exceso de autoridad en los colegios y de inmediato hay investigación y sanción si es necesario para los profesores implicados. En algunas oportunidades vi al señor rector con su zurriago aplicando aquel desafortunado dicho: “La letra con sangre entra”, maltratando niños, los mismos que gritaban en la rectoría o dirección como se le decía a la oficina escolar en esta época. De mis días de niño guardo con fervor la sabiduría y ternura de mi maestra de encuentro con las letras y trato de olvidar la agobiante figura del señor director, a quien pocas veces lo vi sonreír, se mantenía vigilante para tener a quien castigar. Pocas veces llamó a algún niño para felicitarlo por su aseo o su rendimiento

En cambio mi maestra tenía calma, prudencia y sabiduría y se veía linda porque sonreía con plenitud y libertad, y esto era notorio, porque en la familia de la señorita Blanca también eran felices y todos habían estudiado para ser profesores. Ella era justa y antes de regañarnos nos preguntaba sobre las razones de nuestros hechos. Mi maestra se salía de los esquemas del castigo. Con su accionar asumía serenamente la realidad de la vida y encontraba el verdadero sentido en ella de lo humano y también de lo divino; como maestra valoraba justamente las situaciones y ejercía la prudencia en la forma de actuar. (Remolina, 2003) En casa, mis padres me fortalecían en lectura, y con ellos repasaba las vocales y las consonantes cada día. Mi papá no tenía paciencia como mi maestra y casi siempre que empezaba a estudiar con él terminaba castigado, en alguna oportunidad se excedió con su castigo y de esa noche quedó el recuerdo de una gota de sangre en mi cuaderno TITÁN. Imagen muy propicia para aquel dicho: La letra con sangre entra.

Creo que mi padre quería verme leyendo rápido, pero la estrategia de la maestra era la mejor, como queriendo aplicar lo contrario: la letra con ternura entra, porque iba motivando con amor cada paso que se iba a dar. Aquella noche trágica con gotas de sangre en el cuaderno de lectura y escritura se guardó en mí por todos los tiempos. No con rencor pero sí como algo que nunca debió suceder. Creo que el recuerdo de mi padre y el de mi maestra me llevan a un adecuado equilibrio para ser maestro en una escuela y además con las hijas en el hogar. Nuestros padres eran analfabetas funcionales, a los sumo sabían leer y firmarse, porque esto era la mayor exigencia en este tiempo. Nunca guardé rencor con mi padre por ese hecho, porque sabía que él quería verme leyendo.

Después de juegos, fabulas y retahílas en la escuela, un día empezamos a juntar letras y palabras, y el salón era una fiesta; ella nos hacía aplaudir de los compañeros cuando nos sacaba al tablero y nos evaluaba. Yo levantaba mi pequeña mano para salir y leía las letras que ella mostraba. Todo era alegre en las clases de la señorita Blanca, quien con sus manos lindas y delicadas dibujaba soles y flores en el tablero. Ella al empezar las clases cerraba sus expresivos ojos y nos invitaba a ofrecer e día al señor y a la hora de terminar dábamos gracias también al señor. Confieso que desde niño era distraído con las oraciones, creo que desde la casa rezábamos mucho y eso agotó temprano mi fe.

Alguna vez, recuerdo que estaba muy triste por una enfermedad de mi madre, que durante casi veinte años siempre se mantuvo embarazada. Los sacerdotes de esta época, tal como lo dije anteriormente prohibían los anticonceptivos so pena de excomunió. Siempre se manejaba una concepción cristiana en la que se creía que cada niño que nace trae su mendrugo de pan por milagro divino, y algú milagro sucedió en nuestro hogar, el pan nunca faltó en la mesa. Ese día, la maestra se acercó y me dijo al oído: "tranquilo mi amor, que la mamá se va a recuperar", y en el salón vamos a elevar una oración por su salud. Y así fue, todos juntamos las manos para orar por la salud de mi madre, y la profesora lo hacía con fervor. La solidaridad de mi profesora se guardó en mi alma, y aprendí que uno debe ser solidario con las angustias y el sufrimiento de los demás

Esto me llenó aún más de afecto por esa maestra de corazón humilde y de presencia siempre linda como el brillante sol que regala sus rayos al huerto que amanece lúgubre y triste. Mi madre se recuperó y siguió sus rutinas de la casa y estaba pendiente de la llegada de sus hijos de la escuela con la tenue sonrisa que alegraba cada instante. Le dije que la maestra nos había hecho juntar las manos para orar por la salud de mi mamá, y ella me abrazó y me dijo que el señor había escuchado las plegarais de los niños y por eso se había recuperado. Me dijo que le diera las gracias a la señorita Blanca por las oraciones y que ella también rezaba para que todos los días fueran alegres en su tarea de maestra. Esas cosas sencillas de la señorita Blanca la hacían diferente a todos en la escuela, y era la mejor maestra la que me había tocado y por eso era un niño feliz.

La verdad es que los halagos y contemplaciones de mi madre no podían ser frecuentes. Normalmente nos despedía con una bendición general para que nos fuera bien en la escuela y no nos sucediera nada en el camino. Y esta bendición siempre dio resultado, porque llegábamos sin problema. Pero también la señorita Blanca como otro ángel de la guarda acompañaba mis pasos y mi pensamiento. Su delicadeza me había enseñado que la ternura es una habilidad pedagógica con la que el maestro llega al corazón del niño.

Cuando empecé a leer y a escribir, con mis letras deformes, me escondía y escribía palabras bonitas a la maestra. La señorita Blanca tiene ojos grandes y lindos como el sol. Mi maestra canta como un pajarito en la mañana. La señorita Blanca se viste como una princesa adorada. Cuando la señorita Blanca se enoja no la quiero. Yo lo hacía con mi inocencia de niño que era la gratitud por ella ser una linda maestra con los niños. Sé que está viva, avanzada en años y a ella la llevaré por siempre en mi corazón. Un poeta antioqueño así veía a su maestra "¿Dónde estarán esos dedos malabaristas de alfabetos? ¿Dónde el aroma de su cuerpo que sigue impregnando mis pupitres cotidianos? (Rendón C, 1987).

El año se fue a pasos agigantados y muy pronto estaba despidiéndome del grado primero para pasar a segundo. Mis sueños de niño guardaron un espacio siempre para la señorita Blanca, que seguía ahí en la escuela con todo el amor por los niños; ella se había formado en la normal de señoritas del pueblo, regentada por monjas Franciscanas, que cultivaban el espíritu de las señoritas para ser maestras y formar a los niños en el amor a Jesucristo. La escuela era como una continuación de la formación cristiana y católica y esto era una obligatoriedad para todos incluidos los colegios. Durante mucho tiempo el Rector del colegio era el cura párroco y la monja de mayor poder era la rectora de la normal. Siempre nuestra escuela estaba visitada por los sacerdotes que iban a los salones a darnos la bendición y a prepararnos para la cuaresma, o para navidad. Siempre tenían una razón para estar en la escuela y los niños nos sentíamos protegidos porque ellos eran la representación de Dios tal como lo decía la señorita Blanca. Llegué a pensar que un día podía ser sacerdote, me parecía que era algo bonito estar cuidando las almas de las personas. Aunque yo no sabía dónde estaba el alma, mi mamá decía que estaba oculta.

Aprendí a leer y todo lo que veía en papeles lo leía pausadamente; me parecía lindo entender las letras y pensaba lo grande e importante que es el maestro y más si éste trabaja con amor y cautiva a sus alumnos. La señorita Blanca me había cautivado y ya tenía un lugar para toda la vida en mi alma. Su nombre lo escribía en mi cuaderno preferido. Y diario escribía: "la señorita Blanca es bonita", a veces mi mamá me decía que dejara ya esas bobadas y me dedicara a estudiar las tablas de multiplicar.

Para segundo me tocó con una profesora no tan bonita como la señorita Blanca, pero era amable y tierna, y nos enseñaba con calma a la vez nos insistía en el orden de los cuadernos y en el ase personal; a la señorita Clarencia nunca la vi enojada y siempre estaba amable y dispuesta para escucharnos, aun en las cosas más infantiles. Ella nos infundió el amor por las letras, nos enseñó canciones y poemas que todavía recuerdo. La voz no le ayudaba mucho, sin embargo nos orientaba para que cantáramos en la iglesia los domingos, cuando nos tocaba ir a una misa que se llamaba la Cruzada Eucarística. Esto no me gustó desde niño, y empecé a ver que repetir y repetir una oración a nada conducía. Sin embargo fui siempre juicioso y aceptaba las orientaciones de los profesores, aunque me gustara.

Para la materia de religión había cantidad de material con hermosas imágenes que als traían de la parroquia para que estudiáramos sobre la virgen, los santos y sobre Dios. Los mandamientos, los sacramentos, las oraciones principales y muchas historias bonitas sobre Dios y los apóstoles. La maestra nos enseñaba matemática con las cosas que ella inventaba, no había imágenes ni figuras como las de religión. Creo que la materia más importante en mi tiempo de niño en la escuela era la de religión. A todos nos gustaba porque cantábamos a la virgen y al señor. Las de lenguaje eran clases muy ricas porque la señorita Clarencia nos contaba cuentos en los que los animales eran como humanos y hablaban y se hacían favores o se hacían trampa. Recuerdo algunos cuentos: el león y el ratón, el oso y el hombre, la tortuga y el conejo etc. eran divertidos y nos dejaban enseñanzas para la vida. La señorita Clarencia hablaba con los niños, nos preguntaba sobre la salud de papá y mamá, y siempre nos indagaba si habíamos desayunado antes de llegar a la escuela. Todos los niños desayunaban, porque lo que llevábamos era la media mañana, que era en mi caso algo sencillo compuesto por arepa y chocolate en un tarro de avena Quáker, que consumíamos en el descanso de las diez de la mañana.

Abecedario de la noche

No todo en la escuela es alegría, cada niño lleva en su aprendizaje de letras y palabras un abecedario de luz y de alegría y un abecedario con dibujos grises y letras nostálgicas como desmayadas en los renglones del cuaderno. De mi vida de niño tengo esta experiencia que aún está en la memoria de mi diario de escuela. El segundo año pasó sin mayores contratiempos ni sobresaltos y me preparaba para el tercer grado, que ya era más complejo, porque allí los maestros eran antipáticos y poco cariñosos, además nos dábamos cuenta que muchos alumnos perdían este año.

Todos en la escuela le teníamos mucho miedo a una profesora muy robusta, de senos grandes y mona, se peinaba como de afro, y usaba faldas cortas, que no se le veían bien, porque ella no era linda como la señorita Blanca. Siempre estaba brava, maldiciendo la pereza de los niños y su falta de aseo. Yo no quería que me tocara con ella el tercero elemental, porque arañaba a los niños y les estiraba las orejas. El primer día de clase con ella fue un día trágico para mí: de dos muestras amables de la escuela luminosa y feliz, había pasado a una profesora que provocaba miedo a los niños con sus gritos e insultos. Como niño llegué a pensar que ella no debía ser maestra porque los maestros deben ser amables con los niños. A veces creo que Estanislao Zuleta cuando escribió "no voy a la escuela porque allí no me dejan aprender" tenía en gran medida razón, pero sus padres eran adinerados y le podían pagar maestro personal.

La maestra de tercero, usaba un palo con el que golpeaba durísimo a los niños por cualquier cosa. El primer día de clase llegué muy asustado a la escuela, porque ella miraba a los niños del campo con antipatía, prefería a los niños limpios y muy bien vestidos del pueblo, a los cuales acariciaba con frecuencia diciéndoles: "salúdame a tu papá, mi amor", los niños le daban un beso y salían para la casa muy felices. Confieso que nunca sentí envidia, porque yo tenía mi afecto por la señorita Blanca, y cuando salía a recreo iba a visitarla a ella y me daba a veces el sobrado de su algo, y me sentía feliz con su detalle, además de tanto correr y jugar me daba fatiga. Estar en un salón de clase con miedo es algo tenebroso; en mi caso solo me gustaba la campana que daba la orden para irnos a casa.

Perdí la alegría y mi mamá muy pronto lo notó. ¿Qué te pasa hijo? Yo le respondí que no quería volver a la escuela porque la profesora no quería a los niños y porque nos castigaba con palos y pellizcos. Mi mamá solo respondió: mijo tranquilo que toda la vida no lo tocará con ella, pórtese bien para que no lo castiguen y haga las tareas juiciosamente; así lo hice, mi mamá tenía siempre la razón. Al menos mi progenitora me dio una luz de esperanza de que algún día me libraría de la maestra Aura que no quería a los niños del campo porque olíamos a animal y a tierra del campo que se pegaba en nuestros pies

Un día llegué con gripa a la escuela, y los niños solíamos, inconscientemente molestar con el moquito juguetero en la nariz; el mismo que sale, baja y llega casi hasta la boca y luego lo sorbíamos para que volviera a emprender el paseo desde la nariz hasta los labios. Ese día la señorita Aura, la profe mona y soberbia me llamó a lista: "Alzate Efraín, salga al tablero, y haga esa división por nueve", yo salí, y tenía mi lindo moquito juguetero. Ella me golpeó la espalda y me dijo: "¡Gas, retírese de mi vista, no lo quiero ver más en mi clase, gas!" Salí para el tanque de agua de la escuela y empecé a sonarme la nariz con fuerza. Vi cómo mi moquito juguetero se hundía en el agua. Me soné bien y regresé a clase; ella me llamó y me miró la nariz de nuevo.

Me dijo que otra vez que me viera sucia la nariz me echaba para la casa. A pesar de su agresividad, ella tenía razón, la nariz cubierta de mucosidad es desagradable. Pero creo que esta era un momento oportuno para educarnos y motivar nuestros cuidados personales y de salud, pero ella solo tenía el referente de los niños limpios del pueblo que vivían con todas las comodidades. Los niños del campo en su clase éramos siempre de poco agrado; error que a veces de manera sutil cometen los maestros de hoy en las escuelas y estos comportamientos erosionan la relación afectiva del niño con los saberes escolares. Yo no aprendía con ella y creo que no quería aprender nada de lo que ella enseñaba. Mis olores naturales, mi ropa sencilla y mi letra todo le molestaba. A veces salía llorando para la casa, con la alegría de saber que allí estaba mi madre con el santificado alimento para todos, con un consuelo a nuestras tristezas, y un beso por nuestros logros. Lo más triste era la hora de salir para la escuela, ya no corría por los caminos poniéndole alas a mis pies para llegar donde la señorita Blanca. Toda mi alegría se había derrumbado y me sentía perdido y un niño abandonado en un salón que solo se escuchaba el grito tenebroso de la señorita Aura.

Al día siguiente me sacó otra vez al tablero, yo era el primero de la lista, y me volvió a poner una división para practicar la tabla del nueve. Empecé a hacer mi división y contaba hasta con los dedos de los pies. Me demoraba en los cálculos matemáticos, y ella se enojaba, me golpeaba nuevamente y me decía: ¡usted es un burro y los burros no dividen jamás!, ese día fue muy triste para mí, no quería volver a la escuela, porque ya no era alegre, y porque esa profesora era mala y maltrataba a los niños. Siempre sacaba notas regulares con la señorita Aura, porque con ella no sentía motivación alguna. Me comparó con un burro y me sacudió mis orejas. Un día trágico para mí como niño que he tratado de olvidar con la presencia en mi ser de la señorita Blanca.

Cuando llegué a casa, mi mamá de nuevo descubrió mi tristeza y me dijo: manéjese bien que ya va para cuarto y en ese año le tocará con profesores hombres que son muy formales, los niños hablan muy bien de ellos. Creo que los niños cuando pierden el afecto y el reconocimiento por su profesor, bloquean también sus entendederas, nada ni nadie lo saca a uno de ese pesimismo nocivo en el que un mismo educador lo mete. Pero mi madre era mi soporte para resistir ese año que quedará marcado en mi vida como el encuentro con el abecedario e la noche

Como niño sentí la dureza de la letra con sangre aplicada por la señorita Aura, y alcanzó a hacerme daño; desde que la vi en el grupo, solo pensaba el último día que con ella me tocara. Yo me libré de ella y sentía miedo cuando me la encontraba en la calle y recordaba su sentencia, comparándome con el burro. Llegué a soñar que mis pies se habían convertido en patas de burro y mi cabeza y mis ojos eran enormes como los de los burros, en el terrible sueño iba a llorar y me salía rebuzno de burro. Mucho tiempo de niño tuve esos sobresaltos que afectaron mi vida para el acercamiento a los números y a la lógica matemática. A veces creo que cierta resistencia con que se crece hacia las matemáticas que siempre tuve en mi vida fue es el resultado de ese abecedario lúgubre de esta temporada escolar con una señorita que no quería a los niños que por alguna circunstancia de la vida teníamos olores raros a los perfumes que ella utilizaba y al jabón Palmolive con el que se bañaban los niños del pueblo hijos de los más pudientes. En el campo nos bañábamos con el mismo jabón con el que se lavaba la ropa que le decían jabón de máquina.

A los 22 años me la encontré en un barrio de la ciudad de Medellín, y volví a mi universo de la escuela con ella. Sentí un palpito de temor e hice un esfuerzo sobrehumano para decirla: “señorita Aura, yo soy el niño Efraín al que Usted le enseñó en tercero de escuela. Míreme, no fui burro y si aprendí a dividir”. Ella me respondió: yo no sé de qué me estás hablando joven, no recuerdo nada de lo que me dices. Sentí mucha tristeza al saber que ni ella se daba cuenta del daño que hacía a los niños con su lenguaje humillante. Escuché de los propios labios de la maestra que me llenó de miedo mi niñez en la escuela que ni siquiera se acordaba de lo sucedido, y poco le interesaba si yo era burro o no.

La señorita Aura en las clases con su rabia a veces nos decía que nos corregía y nos regañaba porque nos quería. Imaginaba que con lo que nos decía, que estaba haciendo lo correcto, por ello desde este día borré mis angustias infantiles y abracé con firmeza las enseñanzas de la señorita Blanca que aun hoy gravitan en mi existencia. Insisto que mucha parte de la vida se teje en las aulas escolares y los maestros son artífices de alegrías o derrotas. Por ello ser maestro es además de una profesión, es una actitud de vida.

Hoy la voz de la señorita Blanca sigue en mi memoria como un recuerdo bello y placentero de la infancia. Todavía es música y sinfonía que impregna mis tareas cotidianas. Y de la señorita Aura guardo su voz aguda que a veces se me asoma en los sueños como una pesadilla. La señorita Blanca escribió en mi cuaderno las más bellas notas con las que luego llegué a ser un maestro de escuela que intentó amar la vida de los niños y que ahora recuerdo con gratitud, cuando ya los años hacen su peso para iniciar el inevitable declive.

Señorita Aura yo sé que Usted no quería verme como un burro, me decía eso para que imaginara a un burro estudiando y tratando de hacer una división, para que me esforzara y desarrollara mi pensamiento. Pero Usted eso no lo logró sino que me hizo dar mucho miedo. Pero como niño, a pesar de esa comparación, sentía compasión por los burros, como el de la fábula de “alegría de leer: el molinero su hijo y el borrico” que se muere ahogado porque le pusieron mucha carga y se hundió en un río. Los burros no van a la escuela aunque en las fabulas leí un cuento de un burro que era flautista y sabía tocar música asnal. Cada que veo una fábula con burros, la leo atentamente, porque en mi escuela del abecedario de la noche me dijeron que era parecido a estos cuadrúpedos de orejas enormes, ojos grandes y huecos de la nariz hondos para resoplar el aire.

Y de Ud. Señorita Blanca conservo con garbo un niño en mi alma que tiene la alegría de los días cotidianos al lado de un ser maravilloso que impidió que el abecedario de la noche se impusiera en mi vida de adulto. En la adultez, sigo siendo un niño que añora su presencia para abrazar las letras que me enseñó con ternura. En el lugar donde esté sabrá que hizo de un ser humano, un niño campesino sencillo y humilde alguien que ama las letras y se siente feliz para dedicarle tiempo feliz a su recuerdo. Ud. enredó en su pelo mi primera y liviana cometa, señorita blanca." (Rendón C, 1987).

Mi niñez se va lentamente, para ser adolescente y luego mi juventud, y cuando menos lo espero está el sol a las espaldas porque la noche de la vida se aproxima. Llevo en mí a esos maestros, esos que además de ser conocedores de saberes, me dieron bases y sabiduría para la vida; ellos siguen ocupando un espacio en el alma, en esa alma de niño que marcaron y que a pesar de los años ahí sigue. La señorita Blanca, hoy con sus muchos años a cuestas quizá ni recuerda esa huella indeleble que dejó en mi vida de niño; ella, mi platónico amor, sigue en mis letras y en mis cantos. Cada uno de nosotros lleva en su memoria los detalles sencillos que marcaron la niñez y un maestro de verdad jamás abandona el alma de los pupilos a quienes logró impregnar con su sabiduría para que la vida fuera siempre una pregunta interesante. Ahora, desde el retiro de las aulas escolares, vuelvo con mi memoria a los pasillos que recorrí en mi vida de maestro.

Tantas cosas se hicieron y muchas otras quedaron por hacer, porque aquellos que caminamos con un proyecto pleno de vida, jamás lo culminamos y quizá llegando el momento de la muerte evocaremos, así sea desvariando, los momentos felices; y quizá el logro más bello es haber tenido la oportunidad de ser maestro y permear la mente de niños y jóvenes para que despertaran y fueran seres para la vida. Dos seres humanos desde la escuela me indicaron el camino para ser un mejor ser humano, la una con la ternura, la convicción y la práctica de vida de ser maestra, y la otra con una forma de ser y de actuar totalmente diferente a la señorita Blanca, pero que he perdonado con el alma porque ella me indicó que jamás podría seguir su ejemplo. Como niño soñé que iba a ser un día maestro de escuela siguiendo el ejemplo de mis mejores maestros y teniendo a la señorita Blanca como luz que guiaría la enseñanza de las letras en una escuela de luz y de alegría.

Un pergamino de ilusiones

Después del abecedario lúgubre del grado tercero con castigos dolorosos y angustias infantiles, cursé los años cuarto y quinto de primaria sin sobresaltos. Los maestros de estos grados eran hombres, que no tenían el castigo ni el insulto. Como niño siempre guardé siempre respeto y admiración por los maestros y las maestras, y aunque no fui un niño brillante llegué a ganar medalla de honor por disciplina y conducta que las calificaban con números. Aunque todos los niños éramos silenciosos y quietos los maestros elegían uno para darle un reconocimiento. De este tiempo recuerdo la muerte del maestro Patricio que se suicidó según decían en el pueblo por una decepción amorosa. En quinto de primaria en la escuela Liborio Mejía de Rionegro hice el quinto de escuela con un profesor que nos enseñaba a escribir con buena ortografía y sabía declamar. El profesor Rafael en los homenajes a la bandera siempre nos regalaba un poema que declamaba de memoria y e manera expresiva y sensible.

En primero de Bachillerato en el Liceo José María Córdoba curse la mitad del año, ya que nos regresamos a vivir a Granada en donde estaban aún las historias de mi vida escolar intactas. Lo único que me quedó del corto tiempo en liceo de Rionegro fue la señorita Virgelina que enseñaba cívica y Urbanidad y nos obligó a aprender de memoria el Himno Nacional. La primera vez que salí y no fui capaz de decir una estrofa que ella indicaba, me llamó “perico de los palotes”. No me molesté por eso, ni siquiera indagué sobre lo que esto significaba. Ya en el Idem Granada terminé el sexto año, y sin ningún problema seguí hasta el grado noveno y luego logré pasar el examen para ser normalista y maestro de escuela. Durante los cuatro años primeros de enseñanza secundaria todo fue normal, anquen siempre con algunas limitaciones económicas. Si no iba a ser un negociante consagrado debía ser maestro, esta fue la ruta marcada por mi vida, de la cual conservo los recuerdos más gratos de mi existencia. Ser normalista fue una posibilidad que durante mucho tiempo jóvenes hombres y mujeres de este pueblo elegimos para luego vernos como maestros en diferentes partes del departamento de Antioquia. Jóvenes y llenos de alegría, envueltos en un pergamino de ilusiones veía egresar maestros delante de mí, y siempre esperaba el momento que a mí me tocara para construir mi abecedario de maestro

Aunque ya no pueda contar las nubes con exactitud ni vaciar los odres del cielo estaba ante el reto más grande mi vida “intentar ser un buen maestro de escuela”. La existencia se imponía y tarareaba con obstinada diferencia como polillas en torno a la luz. ¿Quién puede contar las nubes con exactitud? ¿Quién vacía los odres de los cielos? Los pasos se iban dando pausados pero seguros, porque el sueño de ser maestro estaba cada día más fijo en mi proyecto de vida. Ya joven con claridad en lo que debía ser y hacer solo necesitaba dedicación y disciplina. (G Steiner).

Granada es un territorio cuya tierra no tiene el abono milagroso que posee el suelo de los municipios vecinos. La carrera de agricultor no es esperanzadora, a lo sumo se cultiva para autoabastecimiento con algunas posibilidades de ganadería, cerdos y gallinas. Las familias por lo común numerosas para mi época no alcanzaban a sobrevivir con lo que se producía en las fincas, razón por la cual era necesario optar por los caminos trazados para buscar horizontes que permitieran mejorar los ingresos para los hogares. Ser maestro o ser negociante, eran las alternativas planteadas. Normalmente lo que hacemos no lo vamos reflexionando día a día, sino que al paso de los años ha de asumirse algún proyecto de vida. Volver con el pensamiento a los lugares recorridos con un abecedario de esperanzas es una buena razón para seguir viviendo.

Terminada la normal y con mi título de orgulloso maestro me apresté a los procesos que debía asumir quien quería ser maestro pagado por el gobierno. El diploma recibido la noche de los grados era un lindo pergamino que incluso llevaba las firmas de señores de la Secretaría de Educación y de las hermanas franciscanas que eran las orientadoras del proceso formador de maestros. El día de la ceremonia que nos decían “maestro” era de alegría familiar y de regocijo pleno para quien se graduaba. En medio de muchas dificultades por fin mi proyecto de vida empezaba a caminar.

Ahora debía hacer fila en las oficinas de Secretaría de Educación para buscar mi empleo de maestro; sólo hasta agosto del año siguiente al año de mis grados pude conseguir trabajo; allí se atendían primero las obligaciones e indicaciones de quienes venían con recomendación de directorios políticos y luego a los que llegábamos sin un buen padrino. Para conseguir mi empleo de maestro lo hice solo, incluso sin la compañía de mi padre, que siempre tuvo la confianza en los líderes políticos para poder conseguir empleo.

Mi padre decía que eso era una costumbre sana y que los políticos eran serviciales, que él había terminado su vida de obrero en trabajos del Departamento, gracias a los directorios que distribuían los puestos que habían, pero que era necesario llevar dinero al directorio para que a uno lo tuviera en cuenta. Así los buenos puestos tenían nombre propio, y estos eran para los de cotización comprobada en directorio. Durante varios días hice fatigantes filas para poder hablar y poner a disposición mi título y mi nombre para irme a algún lugar retirado para el cual no se requería recomendación alguna. Mi padre tenía razón, los que llegaba apoyados por un jefe de directorio pasaban sin hacer fila, y eso me parecía de mal gusto, pero guardé silencio. Finalmente fui atendido en esa pesada oficina de lagartos, caimanes y armadillos; recuerdo que el señor era tan osado que primero hacía pasar a su oficina a las maestras bonitas y jóvenes.

El jefe que nombraba era un señor de avanzada edad, rechoncho y de bigote espeso, al que se le adivinaban por encima sus miradas libidinosas a las piernas y los senos de las muchachas que venían con su grado de normalista y un disimulado toque de inocencia a buscar empleo de maestras. Casi todas ellas querían el empleo cerca de sus familias para seguir bajo la tutela de sus padres. Los lugares lejanos estaban separados para los maestros normalistas y ellas casi siempre quedaban en las veredas del pueblo o en cabeceras municipales cercanas

Las compañeras maestras normalistas siempre salían felices, porque el señor que manejaba los puestos y las vacantes les había asignado escuela bien ubicada para ir a ejercer. Algunas de ellas habían sido mis compañeras de estudio, bonitas y mojigatas con ese color rosado encendido de la piel producto del clima pueblerino. Salían a ejercer como maestras, pero además como misioneras que era la insistencia de las religiosas antes de entregar el título. En mi caso, desde mi adolescencia en el colegio mantuve cierta rebeldía frente a cosas que percibía como injustas; desde el bachillerato antes de iniciar la normal participaba del Consejo estudiantil, y allí expresaba mis argumentos ante anomalías que se veían con los estudiantes por parte de docentes y directivos. Antes de culminar la normal, con amigos rebeldes distribuíamos clandestinamente caricaturas y panfletos contra esos directorios en los que a nuestros padres les hacían cotizar dinero para ser del partido. Eso me parecía injusto, tener que pagar para estar en un directorio que manejaba puestos.

Por ello no busqué carnetizarme en ningún directorio para buscar mi nombramiento como maestro. Ya sabía que para los huérfanos del poder o para aquellos que nos negábamos a ser matriculados en un directorio estaban los lugares de difícil acceso, en veredas lejanas con comunidades pobres sin ninguna comodidad. A uno de estos me enlisté para probar las virtudes de mi mayoría de edad. Recuerdo la tarde que llegué y que finalmente pude hablar con el señor rechoncho mencionado quien me atendió con rapidez y me dijo despectivamente: "no hay vacantes" pero, espere, hay una escuela que se llama Fray Martín de Porres, por Segovia, queda a tres días de Medellín, usted verá si se va para allá, es lo único que tengo. Claro, no había más porque el caballero prefería a las maestras jóvenes y bonitas, para darles los mejores lugares de trabajo. Sin embargo acepté el reto y le pedí la tarjeta de nombramiento. Mi padre me dijo que eso me sucedía por rebelde y por no haber ido donde el jefe del directorio conservador que tenía mucho poder y ayudaba a los de su partido. Solo con la bendición de mis padres me iría como maestro a lugares lejanos, y había sido consecuente con mi profesa rebeldía.

Por la tarde llegué a casa y le informé a mis padres que salía a trabajar a tierras lejanas y extrañas en donde muchos peligros me esperaban; mi padre me animó a pesar de su regaño por mi rebeldía y mi madre me consoló diciéndome: "hágase nombrar, que luego el señor me ayudará a traerlo para cerca". Las palabras sencillas de mi madre, pero pronunciadas con esa ternura y esa fe ciega de los seres creyentes y humildes, lograron darme cierta paz interior para enfrentar el nuevo destino que me esperaba. Desde el momento de nombrado todo era imaginación y alegría. En algunos momentos sentía incertidumbre por las incógnitas que me esperaban. Era asumir solo, sin la tutela de los padres la vida laboral que había elegido en la educación siendo maestro de escuela.

Esa misma tarde, ayudado por mi madre, busqué una maleta vieja de cuadros, cuyo fondo consistía en un pedazo de triple forrado que le daba forma, y empaqué tres pantalones y tres camisas de manga larga, un par de zapatos desgastados, y lo principal, por orden de mi madre: la biblia, la camándula, dos escapularios y la oración del magníficat. Usted se va para tierras de brujas y demonios y se debe cuidar mucho dijo mi madre. Aunque ya tenía muchas dudas sobre mi fe guardada por años, escuchaba con atención a mi madre con sus limpias recomendaciones para que me fuera bien en la vida de maestro.

Las indicaciones de mi madre con tales reliquias las asumí con todo respeto; en mi cuello no faltaba ni el escapulario ni el rosario. En el viaje hacia Segovia me los puse con mucho fervor y mi mamá decía que el padre Samuel, de Granada, los había bendecido y rociado con agua bendita para que fueran efectivos en la lucha contra el pecado, el demonio y la maldad. Y si esto lo decía mi madre yo le creía, no había duda alguna, por ello le prometí que siempre los llevaría en mi cuello como un recuerdo maternal y un símbolo protector contra los maleficios, además las tierras para las que iba tenían fama de ser malsanas y peligrosas.

En casa fuimos formados en la fe y desde niños cuando estábamos en el pueblo mi padre nos obligaba a levantarnos para ir a la misa de las seis de la mañana; creo que en gran medida esa insinuación hacia la fe de manera violenta fue sembrando en mi alguna desconfianza y poca voluntad por los rezos, misas y ceremonias religiosas. Sin darse cuenta nuestro padre con su exigencia casi violenta para que rezáramos fue agotando lo poco de fe que teníamos. Pero nunca me atreví a contradecirle mientras estuve bajo la tutela hogareña. La mayoría de edad decía mi padre empezaba con el bolsillo. Es decir, aquel que depende de las regalías de sus padres nunca sería mayor de edad.

Ya para irme a las lejanas tierras, esa tarde llegué hasta la flota para abordar un bus escalera y enfrentarme a un viaje largo e incómodo, empezando por el rústico medio de transporte, tan de moda en aquellas épocas lejanas, por carretera destapada que más bien parecía un camino de herradura, hasta llegar a esas apartadas y misteriosas tierras de duendes y brujas, de hierbas que emboban a los hombres y de mujeres sin ni ningún recato moral. Eso era lo que decían en Granada de las tierras de minas en donde supuestamente las mujeres eran libertinas y libidinosas. Con esa fama se conocían para la época las apartadas tierras del Nordeste, para donde la Secretaría de Educación me había encomendado como maestro. Fueron 14 horas de viaje hasta llegar al pueblo, y de allí dos horas más hacia el corregimiento Fraguas en donde estaba la escuelita rural Fray Martín de Porres para ejercer mi tarea de maestro. Nunca había montado en un bus tan largo viaje y con tantas incomodidades, porque estos buses por el camino recogían personas que llevaban gallinas, perros y hasta cerdos pequeños que esperaban venderlos en las ferias de cabeceras municipales.

En el bus escalera conocí a un jefe liberal del corregimiento. Un señor robusto, formal, que me indagó sobre el lugar de mi procedencia. Al darse cuenta que mi pueblo natal era Granada, Antioquia, soltó una carcajada, y expresó burlonamente: "otro godo pa' volvelo liberal". Yo asumí la broma sin molestia y seguí hablando con él y preguntando sobre el caserío para donde iba. Él había estado en la Secretaría de Educación pidiendo el maestro y me tocó a mí. Los liberales en Granada eran pocos y en las votaciones ganaba masivamente el conservatismo, pero en Segovia era lo contrario allí los liberales eran mayoría. Un nuevo aprendizaje en mi proceso formativo como ciudadano.

Llegamos a Segovia a las 6 A.M. y allí esperamos un rato para seguir hacia la trocha, como todos le decían a la carretera que conducía de Segovia a Machuca o Fraguas, por ser un trecho casi como un camino de herradura, al que siempre en épocas de elecciones le asignaban dineros para arreglarla, pero finalmente todo era un engaño y la plata, según los habitantes, se perdía en las manos de los corruptos y politiqueros del mismo pueblo. Sin embargo la gente se veía alegre y fiestera, con bares repletos de señores consumiendo licor y atendidos por damas a las que les llamaban coperas.

En medio de esa algarabía y rumba la gente no prestaba atención a las trampas de los políticos. Cada época electoral se inventaban nuevas artimañas para que los votantes de Fraguas siempre dieran el voto por los mimos de cada temporada electoral. Algunas preguntas que no me había hecho las fui construyendo en el camino de ida al lugar que me descubriría como maestro y ciudadano. Conocí de cerca de un jefe liberal que en nada se parecía a los jefes conservadores de Granada. Era amable, jocoso y sobre todo dispuesto a cooperar con la escuela y su maestro para que los niños tuvieran estudio y aprendieran al menos a leer.

Al llegar al pueblo, me senté en el bar el Escorial; me parecía un nombre feo que viene de escoria, y esta palabra se refiere a cosas viles, sabandijas, rufianes o malandrines. De inmediato me atendió una mujer corpulenta, morena y muy simpática, quien con alguna coquetería me abordó para preguntar lo que quería tomar. Pedí un tinto y me lo trajo con una sonrisa picarona. ¿De dónde vienes y para dónde vas mi amor?, preguntó sin ningún temor. Sentí un cosquilleo en el cuerpo al escuchar a una mujer tratándome de esa manera. Nunca había tenido esas palabras de parte de una mujer.

Ella me animó y me dijo: ¡ papi te va a ir muy bien! Cuando salgas a cobrar, vienes a buscarme al bar que yo te atenderé como te lo mereces. Su picardía me quedó sonando y luego leí la oración que mi mamá me había puesto en la billetera, para no caer en tentación ni en nada maléfico. Me pareció osada, ya que sin conocerme me trataba de una manera en la que pocas veces me habían tratado. Le respondí que era maestro y que iba a trabajar en Fraguas, en el corregimiento, muy lejos de Segovia. Ya había una historia para contarles a mis amigos de la normal cuando los viera, una mujer me había coqueteado, y de seguro que sería algo que motivaba interrogantes, pues en nuestro pueblo, la conquista amorosa era todo un ritual de miedo e insistencias.

Tomé el bus para la vereda, y me fui pensando en Doralba, así se llamaba la copera que me atendió con picardía, esperé ansioso el día para salir a cobrar, para ver a la dama corpulenta y simpática que había sacudido por un momento el hombre dormido que habitaba en mí. Llegué al caserío con mucha incertidumbre, sin embargo el jefe político que había conocido en el bus que me llevó a Segovia, me había ofrecido alojamiento y alimentación, mientras me ubicaba bien. Él era un hombre trabajador y reconocido como generoso en el caserío. Me ayudó mucho los primeros días, y me habló de hechos trágicos en su vida, como la persecución atroz que habían sufrido él y su familia por ser un hombre liberal. Había pagado muchos años de cárcel por haber defendido su vida y la de su familia, sin embargo ahí estaba luchando y con una conciencia plena de hombre liberal, de partido y de principios.

Este caserío era muy poco conocido y estaba oculto en el mapa. Allí habían fincas ganaderas y algunas minas que estaban en producción, además del río Popuné, en donde las familias provenientes del Chocó barequeaban para sustraer mínimos granos de oro con lo que lograban el sustento. Casi todas las casas eran de tabla clavada y de techo de paja o de lata, había un inspector que controlaba el orden, en mis días de maestro no había sacerdote ni médico. Había un rustico cementerio que era un solar encerrado en alambrado en donde se enterraban los muertos con el solo rezo de sus dolientes. Cuando ya estaba allí como maestro, llegué a hacer desfiles de ceremonia de entierro y con cantos de difuntos aprendidos en mi pueblo natal. La gente era muy tranquila y los entierros eran sencillos, sin misterios ni ceremoniales y al llevar el cadáver al cementerio allí estaba ya la tumba.

Siempre recuerdo con respeto y gratitud a este jefe liberal, porque con él alcancé otras lecturas de la vida, diferentes a las que nos contaban en el colegio y en Granada, un pueblo católico y conservador, radical, en el que habían perseguido a los liberales, y a muchos -incluso- habían asesinado en esa época infame de violencia política entre godos y liberales. La historia política de mi pueblo fue triste pero también era triste la del pueblo a la que llegué; como maestro detallaba los comportamientos y tanto liberales como conservadores tenían los mismos vicios en las elecciones. Siempre he tenido la fe en la educación, por eso en las reuniones con padres de familia les hablaba de la importancia de la democracia y de ser ciudadanos conscientes para que no nos engañen en las elecciones.

En la escuela rural había una directora que estaba trabajando castigada, porque había quedado embarazada sin casarse. Allí pasó el embarazo, porque en esa época antes del Estatuto Docente, que le dio dignidad al maestro, los educadores eran presa fácil de los politiqueros, y de los gamonales de turno. El maestro que contradecía al partido político fuerte del pueblo en donde ejercía su profesión, era separado del cargo, y perseguido políticamente. Las luchas del magisterio, incansables y justas nos llevaron a la conquista del elemento máspreciado para el ejercicio de la docencia: la autonomía, la dignidad, la libertad de cátedra, etc.

Un día, la directora, una morena mal humorada, además frustrada por la persecución de la que había sido víctima por el solo hecho de ser madre soltera, me invitó a salir al caserío a saludar a la comunidad. Esta era y es una comunidad en su mayoría de afrodescendientes, negros bembones que dedicaban su vida a esculcar el río Popuné, para sacar un grano de oro para el sustento. Las esposas también salían al bareque, a ayudar a sus maridos en esta tarea diaria, muchas veces el hombre se quedaba bebiendo, mientras ellas estaban trabajando en el río. Me extrañó mucho que ellas llevaran los senos descubiertos mientras barequeaban, me pareció algo obsceno y vulgar, ya que en mi casa jamás le vi los senos a mi madre ni siquiera amamantando a mis hermanos, a los que escondía debajo de una cobija con sumo cuidado; tan sólo se sentían los suspiros felices del hermanito succionando, pero no se veía nada. Es tan vivo ese recuerdo, quizá por el halo de misterio con que las mamás trataban de ocultar estos sencillos actos de erotismo manifiesto, al menos en nuestra mente que desbordaba de imaginación.

Cuando salí por el caserío me sentí extraño. Yo era un joven de apenas veinte años, vestido de camisa de manga larga, y sobresalía mi escapulario y mi camándula; parecía un seminarista en misión evangelizadora que acababa de llegar a lejanas tierras olvidadas de Dios. La gente saludaba a la maestra, y ella muy afectiva también les saludaba y les decía: "miren al nuevo maestro"; me pareció que lo hacía de manera irónica, quizá porque yo era un joven recién egresado que llegaba con mis sueños y anhelos intactos, mientras que ella por culpa de las injusticias de la vida, arrastraba un karma triste por el hecho de tener un hijo sin ser casada. En el caserío a ella la querían y todos sabían que era una maestra castigada por el Estado al no ser ejemplar cuando decidió tener hijos. En el recorrido presentándome como maestro pasaron muchas cosas que guardo en mi recuerdo.

Una señora negra muy simpática, estaba sentada en el quicio de su rancho dándole de mamar a su bolita de carbón, un niño simpático risueño que ya lucía dientes, y sin embargo escurría los senos de la madre. Ella nos saludó y nos invitó a sentarnos, como para que viéramos el festín que hacía su hijo escurriéndole lo poco que le quedaba de leche en sus tetas; la maestra vio esto muy normal, para ella que venía de una comunidad descendiente de afros, esto no tenía nada de raro. De inmediato me negué a sentarme al lado de la señora, como sí lo hizo la directora de la escuela. Les dije que me daba mucha pena pero que me retiraba a preparar las clases para el próximo día. Entendí desde ese momento, que estaba en un lugar de personas incultas, casi salvajes, que no llevaban principios morales de ninguna clase, y que debían estar siempre en pecado.

Este cuadro cotidiano del lugar a donde llegué a trabajar, me demostraba que estaba en un espacio de principios culturales totalmente diferente a los de Granada el lugar donde nací, crecí y me hice maestro. En la normal, en las clases de religión, en la escuela y en el colegio, siempre teníamos el catecismo del padre Astete y la Biblia, y se nos advertía sobre los pecados del cuerpo. Esta madre a piel limpia cumpliendo con algo tan natural, amamantar a su crío era para mí algo pecaminoso. Entonces leí un versículo de la Biblia romanos 8-15 que se nos leía con frecuencia en la normal: "Porque los que viven conforme a la carne, ponen la mente en las cosas de la carne, pero los que viven conforme al Espíritu, en las cosas del Espíritu. Romanos 8:5. Muy pronto aprendí que esto era tan natural como cualquier parte de la piel de nuestro cuerpo.

La compañera de trabajo me recriminó por mi comportamiento mal educado con la señora de abundantes cantaros de leche. Me dijo que yo venía de una tierra de hipócritas rezanderos que se asustaban con los senos de una madre que amamanta a su hijo, pero expertos en adulterio y fornicación debajo de las ruanas. Me sentí agredido en mi formación moral, pero no le refuté. De ahí en adelante el aprendizaje sería mayor cada día y debía asumir las cosas con calma. Confieso que esto marcó una ruptura en mi vida moral de premaestro, que debía enfrentar sin temor y respetando las costumbres del espacio al que había llegado. Precisamente ella estaba allí trabajando castigada por la Secretaría de Educación que había recibido la queja de las matronas del pueblo donde ella empezó a trabajar, porque iba a ser madre soltera, y eso era un mal ejemplo para la sociedad.

Por momentos, llegué a pensar que lo que mi mamá decía era verdad sobre los peligros de estas zonas en donde la vida está plagada de pecadores y de mujeres olvidadas de Dios. Acaricié mi escapulario y en la noche intenté rezar con el rosario que me había puesto mi madre en el cuello para que siempre lo llevara, algunas oraciones que recordaba parcialmente las hice hasta que me quedé dormido en la pieza de la escuela en medio de absoluta oscuridad y silencio. Nunca me había sentido tan inmensamente solo en un mundo extraño tan solo con la compañía del recuerdo de mis padres y con los símbolos protectores contra el pecado.

El primer día de clase fue genial, los niños llegaron y me saludaban con respeto, yo les sonreía, y me acercaba para indagar su nombre y el de sus padres. La directora me asignó un segundo de escuela, en el cual la mayoría eran niños negros, afro-descendientes, y los demás eran hijos de antioqueños, también luchadores del bareque, o trabajadores al destajo en fincas ganaderas de la zona. La camisa de manga larga, cuidadosamente abotonada me empezaba a molestar, pues había llegado de un clima frío de máximo veinte grados de temperatura a un caserío que en la mañana tenía temperatura de 34 grados y al medio día de 38 grados. La maestra habló largo conmigo esa tarde y decidió irse a dormir a una casa de vecinos para que yo me acomodara en la habitación de la escuela, porque así construían las escuelas rurales en esa época, que normalmente eran para un maestro, con algunas comodidades y en el caserío el agua era abundante, pero no había luz eléctrica, por ello la gente utilizaba caperuzas de gasolina o lámparas de petróleo.

Allí me quedé y me acomodé con mis pocas cosas. La soledad se siente en esas noches de ruidos nocturnos, de lechuzas y micos que normalmente alcanzaban a llegar hasta los linderos del caserío a husmear para luego retirarse en la madrugada. Siempre me costó trabajo dormirme, pensando que las brujas que estuvieran en algún secreto lugar o que les diera por llegar a darme la bienvenida, pero pudo más el cansancio y al rato me quedaba profundamente dormido, soñando quizá con el confort de la casa materna y las peleas cotidianas con mis hermanos. Aun así el trasegar de maestro tenía ya un principio. Niños y niñas llegaban descalzos a la escuela, era algo natural para ellos. La gran mayoría eran negros de comunidades Chocoanas que se asentaban cerca al río Popuné por tener oro y ellos lo sacaban utilizando la batea y luego lo vendían en el caserío a otro Chocoano que era prácticamente el jefe y guía consejero de todos.

Al día siguiente los niños madrugaron y la directora sonaba una vieja campana con una piedra para que se recogiera todo el personal en el patio a escuchar los regaños y recomendaciones para cada día. Oraba con ellos y cantaba a la virgen canciones bonitas para dar agradecimientos por los favores recibidos. No entendía cómo esta profesora que había tenido problemas con algunos curas por haber tenido un hijo soltera seguía con su fe intacta y sembrando en los niños las ideas de la fe, la iglesia y la religión. Ella misma había manifestado su molestia con curas monjas y políticos que la habían sacado por haber cometido el “pecado de tener un hijo sin estar casada”

La directora siempre fue ruda conmigo, jamás entendí su comportamiento, pues yo nada le había hecho; quizá para ella los hombres éramos culpables del mal rato que vivía. Al principio guardé silencio, pero pronto fui aprendiendo a defenderme de ataques, y a mostrar mi forma de ser, ahora ya lejos de casa. La camándula, el escapulario y la Biblia pronto pasaron al olvido. Me conformaba con la oración que mi madre había guardado en la billetera y la leía siempre antes de acostarme. Salía a recorrer el caserío con ropa cómoda después de haber estado en clases con los niños. Desde la escuela tenía habilidades para el canto y en cada clase empezaba con nuevas canciones infantiles y con rondas en el patio que los niños disfrutaban. Luego jugaba fútbol con los niños en una manga plana que había cerca a la escuela y ellos se alegraban porque el maestro estaba con ellos en cosas que les gustaban. Los niños corrían más que yo y pateaban el balón con energía y alegría.

Estando solo en la escuela, reconciliando el sueño, en varias oportunidades sentí ruidos extraños y sonidos que inmediatamente relacionaba con brujerías, tal como me lo habían advertido; sin embargo, hoy pienso que eso no fue más que mi propia imaginación por tantas advertencias y comentarios antes de salir hacia tierras desconocidas, en donde si bien existen principios religiosos, no se viven con la misma intensidad que en el lugar donde nací. Creo que la nueva cultura del lugar de mi primera experiencia de maestro me empezaba a gustar. Me preparaba para una nueva vida con buenos aires de libertad.

En mayo, en Granada, mi pueblo, los normalistas rezábamos a María, y esa costumbre traté de llevarla a esa zona; fueron los mismos padres de familia quienes en alguna reunión, me advirtieron que sus hijos habían llegado a la escuela a aprender letras y números y no a rezar. Esta fue una lección de vida que me propinó la primera comunidad educativa con una mirada religiosa diferente a la mía. Aprendí de inmediato y no volví a rezar en clase, el regaño me sirvió para mi vida, porque además todos los días hablaba con el señor Coterio, quien a diario me llevaba con sus historias a circunstancias dolorosas que me negaba a creer.

Era un liberal auténtico, sufrido por la persecución conservadora, que en épocas de dura violencia se consideraba enemigo a muerte el que no fuera del mismo partido. En esta escuelita más allá de la enseñanza y el juego con las letras y palabras me formaba como un nuevo ciudadano ya lejos de los dominios y potestades de mi padre. Los niños me llamaban “maestro” educados, respetuosos mucho de ellos descalzos me llevaron a recordar los tiempos de mi niñez. Nunca imaginé que en mi primera experiencia de maestro de escuela fuera a ser con niños y niñas de familias de afrodescendientes. De ellos aprendí incluso nuevas formas de ver la muerte cuando asistí a velorios de algún pariente de ellos. Me sorprendía a darme cuenta que mientras ellos bebían, comían y cantaban alabaos, nosotros los blancos, rezábamos día y noche. Quizá la ironía que me lanzaron el día de mi viaje a Segovia en el bus escalera, se convertía en realidad: "otro godito que hay que enseñarlo a ser liberal", y efectivamente sus enseñanzas me empezaron a mostrar la otra cara de la moneda que no había conocido.

Los godos, y los gamonales son una misma cosa. Empecé a distanciarme de cosas que eran parte de mi vida, repensé mi situación de maestro y me fui preparando para una vida de lucha y confrontación a las injusticias y a las mentiras a las que por tanto tiempo había estado sujeto. Me quedaba claro que la educación que se impartía en las normales no solo era para formar maestros sino además evangelizadores de la iglesia apostólica y romana. Ya entendía por qué todas las normales del país eran regentadas por monjas y sacerdotes; el papel ideológico de la iglesia era fundamental en la educación para los efectos de la gobernabilidad de los diferentes gobiernos de la época.

La directora era mi compañera de trabajo con algunos años ya de experiencia docente y con el lastre de haber tenido un hijo por fuera del matrimonio. A veces la miraba como mujer sin que ella se diera cuenta; era una mujer imperiosa que vivía sola con su dolor, por ello era inimaginable al menos pensar en tenerla cerca para enfrentar la soledad. Caminaba fino y se expresaba casi siempre regañando por todo lado. Ella se ponía un vestido de baño y salía a nadar con los alumnos en las aguas claras del río Popuné, en esas horas de intenso calor. Tenía un buen cuerpo y, sobre todo, un caminar elegante, propio de las mujeres de clima templado. Quizá por mi soledad llegué a incluirla en mi pensamiento, sin embargo muy pronto todo se olvidaba y las cosas seguían normal. Estos arrebatos no eran otra cosa que la presencia de mis marciales arreos en un cuerpo de un hombre casi seminarista lleno de hormonas en medio de tantos miedos, dudas y animo explorador.

La normal nos entregaba para ser maestros, pero no nos indicaba caminos para asumirnos en los avatares diarios de hombre. Casi todos los jóvenes de nuestra época llegamos a la vida sexual desde el autoalivio al autodescubrimiento. Nuestros padres no nos hablaban de ello y los profesores eran temerosos para incursionar en esos territorios de la intimidad humana. No es extraño que muchos llegáramos al lugar de trabajos cándidos y esplendidos y solo a partir de nuestro encuentro con la libertad empezáramos a mirarnos en la razón de ser los hombres y las mujeres. Quizá por nuestra envejecida inocencia de párvulos de la sexualidad cayéramos con facilidad en manos de damas sabias en asuntos libidinosos. En mi caso ya había una mujer que estaba habitando mis sueños con sus atrevidos coqueteos a un ser lleno de temores tanto por la fe como por la vida.

No todo lo que brilla es oro

A los dos años de haber estado en la zona rural, fui trasladado como maestro de escuela al casco urbano del municipio de Segovia; fui ubicado en la Escuela Santo Domingo Savio de Segovia, donde tuve experiencias asombrosas. Mientras practicaba con los estudiantes la Pedagogía escolar, veía a estos llegar a la tienda con mucho dinero; algunos chicos incluso portaban cadenas gruesas de oro que lucían en sus lampiños pechos como algo que les daba orgullo y respeto. Nuevas rutinas escolares llegaron propias de una escuela grande con muchos maestros y estudiantes. Calificaciones reuniones, cantos los inquilinatos, la vida callejera, los apogeos de oro, bares, cantinas y mujeres hermosas con vestimenta llamativa y coqueta. Una nueva cotidianidad se emprendía. Muchas respuestas se empezaban a dar a las múltiples preguntas de mi vida. Ya me veía en el contexto de un conjunto de actividades continuas en las cuales se daba mi objetivación como hombre; me adaptaba a lo ya existente y le imprimía nuevas objetivaciones a mi vida. (Heller, 1970)

Eran estos días de pleno furor del oro en Segovia, minas, mineros, guerrilla machuqueros, prostitutas de toda la geografía del país; en un ambiente de farra, rumba y libertad empezaba mi segunda etapa en la carrera docente. Muchas cosas que no conocía estaban ad portas de ponerse al frente de mi ser de maestro. Muy pronto experimentaría el trabajo artesanal del bareque, que era la forma como le sacaban a la tierra unos cuantos granos de oro. Nunca me había interesado por el oro, ni lo conocía. Pero en este pueblo todo el lenguaje giraba en torno al brillante y costoso metal precioso.

Antes de venirme de la Escuela rural del caserío donde me inicié como maestro, aprendí sacar oro con la batea al lado de una negra chocona, hermosa de piel de ébano y de sonrisa libre; con sus senos al aire me llevó al río para decirme que el movimiento de la batea debía llevar el ritmo del movimiento del culo, para que el oro no se saliera. Este aprendizaje con Mirla Rosa nunca lo olvidaré, porque su naturalidad me llevó a entender que los senos eran como la piel de cualquier parte del cuerpo, lo que en mi pueblo natal era pecaminoso. Ya en Segovia debía poner en práctica este aprendizaje en nuevos espacios con los chicos que eran mis estudiantes, muchos de ellos niños mineros que aprendían su independencia económica desde muy temprana edad.

Nunca me interesé por entrar a socavones ni a minas así fueran tecnificadas. Creo que con los anhelos de libertad con los que había salido de mi casa paterna, el mero hecho de verme limitado a un hueco en el que el minero entra arrastrándose y salía hacia atrás me parecía aterrador. En alguna oportunidad los maestros de Segovia fuimos invitados a conocer las instalaciones de la Frontino Gold Mines para llegar a las profundidades de la tierra montados en una garrucha, para ver a los mineros arañando el vientre brillante de la tierra, pero sentí pánico por el mero hecho de sentirme sin libertad, sin luz natural y sin aire. Creo que por eso asumí mis aprendizajes con la minería rudimentaria y artesanal con los mineros más pobres que relavaban tierra que la compañía había dejado arrumada cerca a los riachuelos muertos y contaminados por el cianuro.

De la batea del chiquillo a la mujer del minero

El niño Manuel calle mi nuevo maestro de bareque, ya casi era un adolescente. Había llegado de 9 años a la escuela porque sus padres vivían en la montaña en donde sacaban oro artesanal, hasta que hicieron una rustica vivienda para vivir en el pueblo de Segovia. Y salían al bareque en una quebrada que se llamaba el Aporriao. Como su nombre lo indica era una quebrada ya muerta, golpeada por el cianuro. Las multinacionales le habían sustraído el oro grueso y dejaban al lado las montañas de lodo y piedra y la gente pobre llegaba hasta allí para volver a lavar estos escombros y sacar algún grano de oro que se les quedó a los empresarios del fino metal que habían pasado por allí dejando todo un siniestro natural. Desde mi percepción de maestro aprendiz de la vida y la minería, aun no comprendía todo este proceso cruel con la naturaleza.

Manuel Calle, mi alumno de tercero de escuela, un joven campesino, terminaba las clases y luego se dedicaba al bareque por las tardes con su padre y sus hermanos. Era un joven humilde, buen estudiante y animado para el deporte; era silencioso, sin embargo tenía sus amigos porque casi siempre tenía dinero y gastaba en las tiendas sin ninguna medida y le regalaba dulces a todo el que le pidiera en la escuela. Algún día le interrogué: ¿de dónde sacas tanto dinero?, él me respondió: trabajo con mi padre y mis hermanos en el bareque en las tardes y mantengo mi plata, con la que ayudo a mi familia y compro lo que necesito para el estudio.

Le dije que me invitara a su bareque que yo también sabía y que podíamos trabajar juntos. De inmediato organizamos la salida al bareque para el sábado siguiente. Sería una experiencia nueva diferente al ejercicio del río y la batea. Acá era bareque artesanal con fibras, canoas, agua y mercurio para atrapar los mínimos granos que estaba ocultos en las montañas de lodo. En el caserío de mis primeras notas de maestro el trabajo era limpio en el río, porque al botar la arena el oro quedaba en pequeñas chispas amarillas. Me pareció la actitud de Manuel Calle y la de su familia generosa y tranquila al aceptarme en sus espacios de vida minera con toda la disponibilidad para enseñarme.

Mi sueldo en ese entonces no llegaba a los cien mil pesos, en plenos inicios de mi carrera docente con mi título de maestro, o normalista superior. Cualquier dinero que ganara para mejorar mis ingresos valdría la pena y así podía llevar una vida más disipada. No iba todos los días porque debía preparar las clases, lo que siempre tuve como disciplina; a eso nos enseñaron en la normal. Jamás llegar a clase sin preparar los temas respectivos, lo que seguía siendo un tanto esquemático como en la época de recién egresado de la normal, pero aun así creo que el orden y la ruta de una clase no se deben perder así el maestro sea de la posmodernidad.

Ya mi vida había cambiado, porque tenía mi libertad, además mi relación con la Chila, la mujer simpática del bar el Escorial, estaba en pleno furor. Debía ganar dinero para regalarle a ella, quien con su amabilidad se había ganado toda mi atención. Reconozco con tranquilidad que esta mujer encendió en mí el fuego del deseo y me enseñó cómo ser hombre. Era de esperarse, en un joven inmaculado que la vida le permitía las rutas para pensarse y objetivarse en su necesaria relación con los demás. Confieso que esta experiencia me propicio felicidad, y nunca fui atormentado por sentido o culpa alguna “El mayor privilegio, la mayor libertad, es no tener nunca miedo de equivocarse.” (*G. Steiner*)

El descubrimiento para la vida que me propició la joven mujer del bar fue una de las enseñanzas que moldearon mi vida de maestro, al permitirme saltar al vacío para enfrentar los miedos y molinos de viento que estaban intactos en mi formación de maestro y casi misionero. Desde mi integra humanidad reconozco que jamás olvidaré aquella mujer que me hizo temblar de emoción y que se atrevió a violentar las cadenas que me ataban a una vida llena de espíritu pero temerosa del cuerpo y la materia.

Al bareque iba los sábados todo el día; lavábamos montañas de tierra que la hacíamos pasar por una canoa de madera rústica forrada en fibra de costal, y en ella se quedaban enredados los granos de oro, según lo decía el ingenioso barequero alumno mío. El primer sábado de mi salida como minero, fue todo un episodio casi que de aventura. Madrugué y me encontré con el joven en pleno parque, luego tomamos un chivero que nos llevó hasta la vereda "El Aporriao", donde estaba el entable rústico de los Calle con el que sacaban el dinero para sobrevivir. Trabajé duro, sacando las piedras que estorbaban en la canoa: era algo a lo que no estaba acostumbrado, ya que mis manos hacía mucho rato no practicaban trabajo rústico. Mi padre solía decir que mis dedos parecían las de un sacerdote que se gana la vida echando bendiciones. Desde niño le tuve fobia al trabajo rudo del arado o de todo aquello que obligara a golpear la tierra para abrirle heridas así fuera para sembrar semillas.

Ese primer día de minas y ambiciones, desayuné y almorcé al lado de estos humildes buscadores de oro; los recuerdo como si fuera ahora cantando y luchando bajo un sol ardiente para sacar unos granos de oro. Yo era un invitado y esperaban que les hubiera llevado buena suerte al bareque. Los sacadores de oro suelen ser agoreros y creen en maldades o días de mala suerte, en los que el oro se esconde como por arte de magia. A las cinco de la tarde estaba de regreso en el parque de Segovia. ; estaba totalmente embarrado, con botas largas y un trapo amarrado en la cabeza como cualquier barequero del pueblo; algunos ni me reconocieron. Las chicas que trabajaban en los bares se dejaban ver de los barequeros para que una vez vendieran el oro pasaran a los bares a gastarlo. La dama de mis encantos alcanzó a verme y al rato estaba con ella.

Recuerdo que ella salió del bar y me besó sin ninguna repulsión a pesar de estar cubierto de barro y de tener sangrantes las uñas de mis dedos, ya que mi trabajo en la mina había sido la de expulsar de la canoa las piedras y la arena que iban pasando por el lavado. Lo hacía con dedos y uñas sin ninguna protección. Ella se sentía aparentemente orgullosa de estar con alguien que era maestro de escuela y minero. La mayoría de las mujeres abrigan en sus sueños de matrimonio o de uniones maritales la figura de un macho protector y buen proveedor. Esto era notorio en estas tierras que la machera de un hombre se medía por el peso de oro que soportaba en su cuello con cadenas de oro

Mientras tanto, Manuel Calle y su padre estaban quemando la bola de oro que habíamos sacado en el bahareque. Después salí, ya con mi ropa de baile y rumba, con mi buena loción y me senté a esperar en el kiosco del pueblo a que llegaran con el dinero que me correspondía por el trabajo rudo en el bareque. Al rato llegó mi alumno y me dijo: "profe, nos fue bien", vea lo suyo. Me encariñé de las minas y seguí trabajando con Manuel mucho tiempo, hasta que el bareque se acabó; el papá seguía buscando otros lugares para luego invitarme a participar de su trabajo esculcando en la tierra diminutos granos de oro, porque los enormes lingotes de oro salían para la USA y los Segovianos no eran más que los obreros en sus fincas y minas. Qué extraño ha sido nuestro país: el extranjero se lleva sus recursos y nosotros como esclavos de ellos guardamos silencio porque somos sus gregarios.

Mi vida de maestro y aprendiz de minero era la mezcla perfecta para mantener de cerca a Chila. Ese era mi inocente anhelo aunque luego me di cuenta que ella además de brindarme sus encantos, mientras yo iba a la mina, tenía otros hombres que de manera clandestina también atendía; sentí celos, porque creía que ella era solo mía. Por este hecho rompí abruptamente mi relación con ella y busqué calmar mis penas con dosis elevadas de alcohol en las cantinas del pueblo. A los pocos días de nuestra ruptura, en el pueblo cayó una epidemia extraña ocasionada por un mosquito, y la Secretaría de salud se demoró en controlar. Ella fue contagiada por este vicho y falleció. La Chila era una mujer maravillosa y siempre estará presente en las laderas de mi vida.

Los maestros en estas tierras, sobre todo los que llegamos de lugares distantes, de una cultura mojjigata, somos absorbidos de inmediato por el nuevo ambiente al que se llega a laborar. Eso me sucedió; me volví como un minero, que llegaba a los bares a beber y a buscar pelea. Algo tan absurdo pero que, en fin de cuentas, podía entenderse como una forma de asumir la libertad que allí tenía fuera del control de los padres. Nuevos ingredientes se habían sumada a mi vida: Maestro de escuela, minero y libidinoso. Creo que la inmersión en ambientes diferentes a los lugares en los que nos formamos como maestros es el mejor aprendizaje para llegar a ser educadores y maestros. En mi caso la experiencia de vida con culturas y formas de vida diferentes a la que construí en familia me llevó a la posibilidad de mirarme en otros rostros y a objetivarme de otra manera.

Podría hacer los esguinces necesarios para dejar oculta esa faceta de la vida íntima que de alguna manera se percibe en los escenarios públicos en los que se desempeña un maestro. El eros y el logos son marcas inevitables en la vida de quien se dedica al mundo de los libros y a la estupenda tarea de ser maestro. En errata, autobiografía de Steiner el eros y el logos cohabitan en una especie de contrapunteo atractivo entre decir y amar, seducción y fecundación intelectual. La experiencia intelectual es de por sí una experiencia amorosa. En mi caso con el equipaje de maestro de escuela, recorriendo valles, caminos, ciudades y pueblos tuve ese encuentro vivificador entre logos y eros, y ello no es necesariamente un acto de perversión o un atentado contra la integridad intelectual.

Con los dineros del bareque mejoré mi nivel de vida, porque el sueldo de maestro era insuficiente para los nuevos descubrimientos en que se había enfrascado mi trasegar intentando ser hombre en un ambiente absorbente. Trabajaba duro y gastaba duro, además de ayudar en algo a mis padres. Creo que en los afanes del descubrimiento que asumimos los párvulos de maestros en zonas apartadas, con el ánimo de la libertad que hasta antes había sido condicionada corremos el riesgo de perdernos en ese aprendizaje. En mi caso estuve ensimismado en las mieles del placer y de las sabanas con olor a noche.

Muy pronto fui trasladado para Medellín, y perdí el contacto con Manuel, mi alumno barequero. Al tiempo volví a Segovia y supe que lo habían asesinado en una de esas rondas macabras que hacían los paramilitares con las gentes humildes del campo. La enseñanza de mi alumno Manuel fue también para la vida, un niño quemado por el sol ardiente, un minero que mantenía más dinero en su bolsillo que su profe, sin embargo no hacía ostentación de esto. Su humildad y tranquilidad eran el resultado de una vida sencilla al lado de sus padres.

Me iba de un pueblo que me enseñó otras rutas de la vida más allá de la “jurada Fe” con que había llegado, como maestro de escuela. Me llevaba en mi memoria las horas de cuarto a tenue luz en donde dejaba mis marciales arreos en los desafiantes brazos de una mujer que aun habita en mis días cotidianos. El oscuro estremecimiento, la desolación que se apoderó de mí en aquella habitación mal iluminada de finales del verano ha orientado en buena parte mi vida (G. Steiner). Los maestros con nuestro morral repleto de esperanzas vamos de un lugar a otro, buscando caminos y construyendo abecedarios de vida.

El nuevo abecedario que se sumó a mis aprendizajes habían forjado un hombre con capacidad para interpretar el mundo que había estado oculto a mi vida; al perder los miedos, llegué a la ciudad un tanto perdido, pero de alguna manera la experiencia adquirida se ve reflejada en la forma como se asumen nuevos escenarios de trabajo y de encuentro con comunidades educativas

En este sentido, una vez en la ciudad, como maestro venido del campo y de cabecera municipal tenía prácticas que muchos docentes con quienes compartí no las tenían. Muchos de ellos no tuvieron la experiencia de ser maestro con niños campesinos. Ya empezaba a dar pasos en mi mundo de las letras, que fue algo que se empezó a forjar tan pronto inicié mi mundo universitario. En mis experiencias de vida de maestro en los nuevos colegios mis narrativas siempre tenían presente esta faceta con mujeres que se salían de los cánones de la mojigatería de Granada mi pueblo natal. Normalmente uno empieza a escribir con muchas dudas oculto en el sótano de la vida, y lo hace sin que nadie lo advierta, y más si en ello van algunos trazos de intimidad que pueden correr el riesgo de ser anécdotas flojas sin sentido. Desde ese sótano de escritor se ven apenas los pies de los transeúntes y se oye el taconeo.”. (Tokarczuk, 2019).

Muchas veces los maestros pasamos desapercibidos estos hechos en los que aprendemos; el título de maestro no es el que hace al maestro, son muchos los aprendizajes que vienen acompañados con algunas enseñanzas; no todo lo sabemos, y debemos reconocer, desde el inventario de nuestra vida, en la tarea de enseñar a niños y jóvenes, que los aprendizajes al lado de ellos son una verdadera escuela. El bareque del papá con sus hijos y la humildad compartiendo el alimento solidariamente, me enseñaron lo bello que es trabajar unidos, y además la necesidad de emprender luchas radicales para que estas humildes personas alcancen niveles de vida digna. Mi pedagogía del aula ahora tenía varios elementos nuevos, siendo el más valioso aquel que tuve desde el contacto sereno con las personas sencillas que recibían mis lecciones; ellos con su sabiduría natural me habían dado un hermoso aporte para mi experiencia de maestro que seguiría trasegando nuevos lugares.

El abecedario con lentes

Después de laborar 32 años desempeñándome como maestro, desde la soledad de la casa me acomodé mis lentes y me detuve a releer un viejo diploma juiciosamente enmarcado que pendía de la pared; era una tarde de diciembre cuando muchas familias salen a pasear y alguien se queda en casa cuidando los bienes familiares. Normalmente es el papá quien cumple esta tarea, para que los hijos disfruten de esos días de ruido y pólvora al lado de sus abuelos. Para muchas personas estos días son de gran recogimiento espiritual y para otras, como yo, son fechas de reflexión sobre los eventos más importantes de van marcando la vida.

Volví a leer el diploma en el que sobresalían las firmas del jefe de Registros y Diplomas de la Gobernación de Antioquia y de la Hermana Margarita, rectora de la Normal en donde había cursado los años para formarme como maestro; al final de mi carrera docente me sentí extrañado: alguien me había dicho "maestro", y además lo había sentenciado en un diploma con papel especial, con escudo y bandera de Colombia y en letra de molde. Quizá no solo quería reevaluar mis aciertos, sino el tiempo vencido ya para remediar errores cometidos. En un proceso de interrelación, de osmosis, el Maestro aprende de su discípulo cuando le enseña. Hay discípulos que se han sentido incapaces de sobrevivir a sus Maestros. (Steiner, 2003). Creo que algunos de mis discípulos me sobrevivieron.

Evalué en medio de mi soledad la vigencia de este título, siempre tenemos dudas sobre si hemos cumplido a cabalidad con nuestro deber, y a veces hasta pensamos que no merecemos el honor que se nos hace. Recorrí con mi mente los pasillos de la normal regentada por monjas seguidoras de Francisco de Asís, las escuelas en las que hice mi práctica para graduarme de maestro y las escuelas y colegios que había recorrido ostentando el título de maestro, o normalista superior. De repente todos los años vividos se vinieron en una oleada que me hizo sentir como un náufrago en el mar de la realidad. Era necesario pensar ya en el retiro, para nuevas búsquedas en el eterno retorno de la vida. Siempre he creído que los maestros que no se retiran a tiempo quizá están faltos de aliento para imaginarse por fuera de la carrera docente. No les alcanza la vitalidad y la imaginación para asumirse en otro rol por fuera del ruido de la escuela.

Permitir el relevo generacional es dar una oportunidad a nuevas ideas. Los maestros hoy en gran medida fuimos formados con discursos de Siglos XVII y XIX y estamos frente a chicos y Chicas del Siglo XXI. En estas condiciones, creo que son muchos los discípulos que no sobreviven a sus maestros. Cuando escucho a maestros decir que los jóvenes de hoy no quieren hacer nada, siento deseos de gritarles: “ustedes no conocen a los chicos de este siglo, ese es el problema”

La soledad a veces es buena consejera, nos permite llorar a todo ruido, o gritar para sacar de dentro dolores pegados en el alma. Era el final de mi carrera, debía salir para que otros sigan mis pasos, o los borren con iniciativas novedosas que ya estaban agotadas en mi abecedario de maestro. Se trataba de pensar que otras personas se habían formado para el ejercicio de la enseñanza, y además, los tiempos cambian, al igual que nuestro temperamento y nuestras fuerzas. No había nostalgia por derrotas en la ardua tarea de ser maestro, recorrí los más bellos recuerdos para así sentir el aliento necesario de buscar la partida. Quizá había agotamiento y nuevos horizontes en la vida desde la racionalidad del mundo universitario que era necesario asumir, tratando de poner en práctica las autocriticas que había logrado elaborar en mi ser de maestro. La soledad y el miedo al olvido me llevaron a pensarme en el abandono del retiro como maestro. La inmensa mayoría de las biografías humanas son un grisáceo relato que se desarrolla entre espasmos domésticos y el olvido. (G. Steiner)

El ser del maestro, está revestido de condición humana y esto es lo que le permite objetivarse en la cotidianidad. Podrían entenderse los anteriores planteamientos como actos vanidosos, autoelogios sin sentido o sensibilidades vacuas, sin embargo todo ser humano siendo demasiado humano tiene este riesgo. ¡Qué pobre sería el espíritu humano sin la vanidad! (F Nietzsche). Los episodios de mi vida pueden denotar cierta vanidad, de ello no podría escapar si aquello que hice está guardado en la memoria con orgullo y alegría. Creo que cada maestro debe tener cierta vanidad que puede ser la convicción de haber hecho las cosas lo mejor posible. Nada más triste que un maestro que deje entrever en sus acciones la sumisión y la derrota. Cuando esto sucede ninguna luz emana y ya no son discípulos sus estudiantes sino “a-lumnos”. Sin luz.

Desde el encierro doméstico y el silencio, desandaba los pasos de mi vida de niño, adolescente, adulto, maestro y próximamente en el retiro de las aulas en las que día a día me había dedicado a la enseñanza y mediante las cuales me había forjado como maestro. Preparar un nuevo equipaje de vida para pensarme en tareas en el mundo universitario era un camino ya emprendido y las experiencias de la escuela serían argumentos válidos para estar ahora en una Facultad de Educación que forma Licenciados. Un nuevo abecedario con lentes debía recorrer.

Llegué a pensar sobre las razones de mi agotamiento como maestro de escuela y luego como profesor de filosofía en la secundaria. Recordé ese diciembre a mis alumnos, a los que había acompañado en sus últimos años de bachillerato, y el día de grados en el que solía hacer las veces de maestro de ceremonias. Un auditorio decorado, y los jóvenes felices con sus togas, porque ese día les entregarían el diploma de bachilleres, allí todo era alegría, porque donde hay juventud y sueños todo es esperanza. No puedo olvidar el día en un auditorio enorme cuando los jóvenes sin que nadie supiera habían hecho un enorme afiche del Che Guevara. Ellos me llamaron al escenario y soltaron el afiche con un grito: “el Che vive” sentí un poco de escozor, porque los padres podrían molestarse. En alguna oportunidad en sociales lo mencionamos y ahí quedo para la vida este acto

Quizá el contacto permanente con los niños y los jóvenes desde la enseñanza y los saberes le permite al maestro resistirse a aceptar muchas veces el inevitable desgaste y la decadencia que traen los años. Creo que es suficiente determinado tiempo para ser maestro exitoso y para que la estadía en contacto con la vida de la escuela sea de plenitud y felicidad, permitir que el hastío cobije el ejercicio del maestro es la pérdida del sentido a la mayor parte de su vida. En un proceso de interrelación, de osmosis el maestro aprende de su discípulo cuando le enseña; mis aprendizajes fueron maravillosos, con ellos he intentado ser mejor persona. Los jóvenes conocen muy bien a sus maestros, creo que en algo conocí a mis discípulos y algunas enseñanzas dejé para su vida, pero de ellas me llevo un mundo de sabiduría. La intensidad del dialogo genera amistad en el sentido más elevado de la palabra. Puede incluir tanto la clarividencia como la sinrazón el Amor”. (Steiner, 2003).

Llegué a pensar que los 32 años de docente en escuelas y colegios no habían sido suficientes para ubicarme en la realidad que me circunda, y aunque tenía poses y discursos como maestro de la modernidad, o de la posmodernidad, como algunos eruditos llaman esta época de desencanto, terminé mi carrera docente en la misma escuela tradicional con pequeños toques de actualidad. Formatos, Comités, Currículos llamativos, extensos Proyectos Educativos han sido los inventos del Estado para rejuvenecer la escuela. Nada más absurdo que llegar a creer que con ropajes nuevos se rejuvenece el cuerpo envejecido de la escuela mientras su estructura ideológica siga siendo el resultado de las reflexiones de tecnócratas del Estado que no saben de educación, y que son por lo general los que llegan a esos cargos.

Pero otras circunstancias no permiten la plena oxigenación de la escuela de hoy; un alto número de docentes se quedan en ella con su notorio agotamiento y precaria salud esperando ganar unos centavos más para mejorar sus ingresos, devengando pensión y salario. Las condiciones de vida del maestro en Colombia no han estado en la agenda de los gobiernos que han mirado despectivamente la educación al considerarla como gasto y no como inversión. Basta con ver cada año a los maestros movilizándose para exigir sus derechos. Toda mi vida de maestro fue también de lucha y de compromiso social; a veces sentía impaciencia con los docentes que no participan de las luchas, pero son los primeros que se lucran de ellas

Hoy, desde la tarde de mi vida ya sin tiempo reconstruyo hechos de mi ser de maestro, y pienso. ¿Cuántas cosas me quedaron por hacer, cuántas por cambiar? Creo que muchísimas cosas se quedan por hacer en cualquier profesión y muchas más en esta delicada actividad de la enseñanza. En mi biblioteca volví a la lectura de algunos asuntos que tienen que ver con la educación, mientras miraba nuevamente mi diploma de maestro. Ha llegado el momento de abandonar los escenarios en los que algo enseñé y mucho aprendí; resulta egoísta aquel maestro que anuncia lo mucho que ha enseñado en su escuela, olvidando el aprendizaje que se obtiene de los niños y jóvenes. En mi caso fue una joven estudiante la que advirtió mi anacronismo en las clases. Ya había pensado en el retiro y esta voz disidente me indicó que mi dialéctica no tenía atractivo alguno como para dejar apagado su celular tan solo para escucharme. Fue un día desalentador, pero lo asumí.

Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que aquel que se dedica la enseñanza y no aprende constantemente de sus alumnos es un mal maestro. Son los estudiantes los que nos retan a nuevos caminos y son ellos los que empiezan a advertir nuestros errores. El Maestro aprende del discípulo y es modificado por esa interrelación en lo que se convierte, idealmente, en un proceso de intercambio. (Steiner, 2003). Por lo general los maestros creemos ser portadores de la verdad absoluta. Si bien en mi vida guardo recuerdos de enseñanza de mis discípulos, estoy seguro que ante muchos llamados que se me hicieron por errores en los que estaba, no presté atención

Mi agotamiento, en definitiva, era una posibilidad que tenía para mirarme desde mi autocrítica, para reconocer que el maestro debe dejar esos espacios escolares cuando empieza a ser anacrónico. Cuánto daño hacemos al esperar rebeldemente, por la ambición de recibir un poco más de dinero, el retiro forzoso que da el derecho de quedarse en un colegio a pesar de la distancia que surge entre el discurso del maestro, el discurso escolar, y el discurso de la vida cotidiana. De ello son conscientes los gobiernos y en gran medida los maestros, pero aquello que transcurre en la escuela silenciosamente sin ninguna contradicción palpable se presume que está bien. En la cotidianidad de las Instituciones Educativas hay conciencia de la necesidad de cambios urgentes; sin embargo su acontecer, sigue apegado a una tradición escolar que no permite verdaderos avances tendientes a transformar radicalmente la escuela para ponerla a tono con el nuevo contexto de la sociedad contemporánea. (Cajiao, 1994).

También es cierto que se dan momentos felices, días en los que uno como maestro se siente joven porque está impregnado de ese aroma, de esa fuerza gozosa y de ese ambiente de sonrisas picarescas, juveniles, al ver que los traviesos jóvenes escalan un peldaño más en el día de sus grados de bachiller; y de alguna manera ahí está el aporte del maestro que ha estado atento a esos días de travesuras de los adolescentes que culminan el bachillerato. Esta etapa segunda de mi vida con los jóvenes del bachillerato en el área de filosofía la viví con plenitud y alegría. Intenté hacer de mis clases una fiesta del conocimiento y algunos resultados se lograron ver posteriormente. Pero fue en una clase de filosofía cuando una estudiante joven pegada de su celular me dijo: no señor estoy concentrada con mi equipo ¿porque su clase no me interesa. Ese día casi muero de tristeza.

¿Maestro? Qué bello elogio me daban en ese diploma en mi normal que releía mientras me asomaba a los linderos de mi retiro definitivo; ya para hoy aislado de los pasillos y aulas del colegio, leo sobre el maestro, sobre sus virtudes y sobre el papel que ha de cumplir para -de verdad- ser maestro. No es lo mismo ser dictador de clase que ser maestro, porque el dictador de clase no se formó en los escenarios de debate didáctico y pedagógico, quizá maneja un saber específico que lo entrega desde un documento para que después sus discípulos lo repitan como loros. Creo que de este tipo de personas está copada la educación en Colombia. Es también cierto, que las medidas del Estado han dejado de lado la formación de maestros, sin embargo, la diferencia siempre estará y se notará, en aquel que estudió para ser maestro, y aquel que estudió otra profesión. Con la normatividad hoy el maestro parece ser una parte mínima de todo ese cúmulo de docentes, profesores, profesionales de la educación. En mi caso nunca sentí rivalidad por parte de los profesionales que se vincularon como docentes sin ser licenciados o normalistas. En muchos casos les llegué a ver virtudes para llegar a los jóvenes, y sobre todo la cercanía generacional.

Pero es importante recordar, tal como lo he señalado, que por el mero hecho de tener un título de maestro normalista o licenciado no se garantiza ser un buen maestro así mismo cualquier título obtenido no garantiza el éxito para dedicarse a la enseñanza. A veces ni siquiera con toda una vida dedicada a la educación garantiza que se logró ser maestro. El título no garantiza ninguna profesión, es el contacto humano, la clase cotidiana, el encuentro con otros maestros y la capacidad de apertura para escuchar a otros implicados en el acto educativo lo que da un asomo de esperanza para llegar a ser maestro.

En mi caso, un título me dijo que era maestro y aún sigo pensando si de verdad llegué a serlo. La duda está latente, y creo que si la vida me permitiera volver de nuevo a iniciar como maestro, lo haría de mejor manera. Quizá recorrería los mismos senderos pero me atrevería más para lograr ver los colores íntegros del mundo y de la vida. Una vida que crece en medio de temores difícilmente se atreve a mirar al sol con los ojos abiertos. Mucho tiempo estuve inmerso en la oscuridad de mis propias preguntas, hasta que logré salir de la caverna para ver las cosas reales y dejar de ver las sombras.

Pensé en lo que había practicado durante mis 32 años de vida docente: cuántas injusticias cometí, cuántos aciertos había logrado. Entonces tomé mi diploma y lo leía y releía, volviendo mi mente a mis tiempos de juventud y de estudiante en la normal, miré la foto que aparecía allí pegada, luego me miré al espejo y volví mi pensamiento a una escena de la película "Maestro de Ilusiones", y mis ojos se llenaron de lágrimas. Estaba conmigo mismo desandando huellas y caminos en mi agitado trasegar de la vida. Empecé a recordar los momentos palpitantes de la normal.

Recordé la educación que recibí fundada en certezas y divinidades, y la educación frente a la que había intentado practicar como profesor de filosofía la mitad de mi vida de maestro, sembrando dudas, y releí a Eduardo Galeano en patas arriba: Libres son quienes crean, no quienes copian, y libres son quienes piensan, no quienes obedecen. Enseñar, es enseñar a dudar. (G Eduardo) Creo que algo había logrado, por lo menos transformar mi vida llena de miedos a una vida de preguntas y de dudas, las mismas que busqué dejar en los jóvenes que estuvieron en mis clases, en las que por lo general encontraron sorpresas e incertidumbres

Repensando en mi retiro volví con mi memoria al día que pasé la prueba para llegar la normal, recordé los cantos a san Francisco de Asís y los frecuentes retiros espirituales a los que nos llevaban para buscar que más allá de ser maestros fuéramos franciscanos. Ello no estaba en mis planes aunque mis padres lo llegaron a imaginar. Cuando pasé la prueba pensé lo duro que sería, porque, primero debía ejercitarme en ortografía, pues allí tenía muchas debilidades, y luego en escritura, porque para ser maestro se requiere buen pulso y buena letra, decían los profesores de la normal. Hoy ya, desandando los pasos, intentando escribir mis experiencias de maestro vuelvo a Borges. Mirar el río hecho de tiempo y agua y recordar que el tiempo es otro río, saber que nos perdemos como el río Y que los rostros pasan como el agua. (J Borges, 1966)

Imaginé una escuela más allá de los cánones de mi primera formación, construí ideales alrededor de mi ser como maestro, y creo que uno deja sus huellas y la constancia del intento por hacer algo novedoso, sin embargo queda la nostalgia de haber sido testigo de una escuela que no se corresponde con el mundo actual que es diverso cambiante mientras esta, sigue siendo rutinaria estática y descontextualizada.

Miraba el diploma mientras recordaba que en la normal nos decían que, la práctica docente era un ejercicio riguroso de preparación para adquirir los conocimientos y llegar a ser un buen maestro. Por eso nos enseñaron a hacer carteleras, a mejorar la letra, la ortografía, y en esencia el arte de preparar una clase. Algo se quedó en deuda en mi vida, nunca logré una caligrafía excepcional. Pero aprendí que lo que escribiera, lo debía hacer con buena ortografía y claridad. Eso trate de dejar en los chicos que soportaron mis clases.

Es el momento que también recuerdo aquellos lunes y martes de cada semana, cuando llegábamos los normalistas a las escuelas anexas a la normal para dictar las clases, vigilado por los profesores, que en aquellos días se llamaban maestros consejeros. En planillas, sistemáticamente organizadas, preparábamos las clases, y nuestro reto mayor era sacar excelente cada clase. Recordé la escuela en la que hice la práctica pues, era la misma en la que había hecho mi primaria. Allí estaban profesores que me habían enseñado en el proceso de primaria entre ellas la señorita Blanca, y ahora me encontraba con ellos en otra dimensión; ya era aspirante a ser maestro. Los maestros consejeros durante mi práctica fueron generosos, y corregían mis errores sin soberbia. Creo que veían en mi esfuerzo un enorme deseo de superación y ánimo fervoroso por compensar a mi padre en su arrojo para sacarme adelante.

En los tiempos próximos muy cercanos a mi retiro, la vida me permitió redirle homenaje a mi maestra de mis primeras letras que aún está viva. A pesar de sus años conserva elegancia y belleza. Ya siendo maestro tuve la oportunidad de dedicárselo delante muchas personas. “señorita Blanca muchas gracias, por usted hoy soy un feliz maestro de escuela, que ya viene pensando en su retiro.” nos abrazados cantamos canciones de la escuela en la biblioteca pública Piloto, no sin antes ella decirme: Efraín, yo ya no soy tan linda como usted dice. Le respondí, señorita Blanca Usted sigue llevándose en el torbellino de la noche mi sueño. Creo que la gratitud es una virtud que se debe cultivar en cada niño, en cada joven, en cada ser humano. Mi gratitud con la señorita Blanca traté de realizarla en un sencillo homenaje, porque los homenajes han de ser para los seres vivos. A los muertos los recordamos con gratitud a los vivos que amamos los abrazamos y se lo decimos mirándolos a los ojos: “gracias, muchas gracias”

Pensamiento disperso con olor a mujer

De mi normal tenía un grato recuerdo, allí por primera vez pude compartir con mujeres en un grupo. Todas ellas muy cristianas, vestidas con decencia, quizá con comportamiento monjil, porque un colegio regentado por monjas, aunque sus estudiantes no sean principiantes de convento o seminario, siempre les infunden líneas radicales del pensamiento cristiano, apostólico y romano. Como olvidar el aroma de mujer, en mi caso que era un joven con marciales arreos pero con muchos miedos.

Ellas no usaban lociones ni perfumes, pero tenían la adorada esencia de mujer, esa que se exhala por todos los poros y cuyo nacimiento está en el misterioso corazón femenino, y de ello me daba cuenta con mucho agrado y respeto; casi siempre estaba en un grupo en donde se hablaba con más tranquilidad lo que cotidianamente se habla entre estudiantes, todos adolescentes, porque la mayoría no superábamos los diez y siete años. Ellas eran recatadas, tímidas, se sentaban con sumo cuidado, para no crear entusiasmos en los jóvenes hombres del grupo, que éramos muy pocos, además, a esa edad, y por la férrea normatividad, teníamos la gran bestia sexual durmiendo con un ojo abierto. La educación regentada por comunidades religiosas, por principio, son custodios de los cuidados del cuerpo de sus estudiantes y vigilantes para que en ellos no sucedan actos de lascivia que mengüen la buena imagen de sus proceso educativos.

Esta época juvenil de marciales arreos, de deseos sexuales y miedos, quedaba opacada por la exigencia permanente de la academia; jamás se veía una mujer embarazada sin ser casada. En el colegio las hermanas tenían discurso permanente, moralista, para atacar las bajas pasiones. "el pecado asecha, pero Dios siempre te da fuerza para derrotarlo", y entonces cuando había algún peligro en la clase, las monjas organizaban una ceremonia espiritual para orar y ayudar a un compañero que estaba en peligro de caer en las funestas garras del amor pervertido. Aunque era silencioso, siempre estuve atento a las voces de las compañeras y me gustaba estar cerca de ellas contando un chiste o al menos adivinando sus secretos escondidos. Ellas advertían mi mirada un tanto libidinosa y me decían que eso era pecado y que si le contaban a la madre Omaira, ella nos llevaba para la capilla a orar por mis malos pensamientos, entonces les decía que yo era otro ser sin pecado y que solo las miraba como preciosas compañeras de estudio.

Esta mirada sospechosa a mi naturaleza humana y miedo a mis miradas sexuadas, me hicieron un tanto temeroso y me torné más retraído cuando estaba cerca a ellas. Aun así, de todas las compañeras de la normal no me quedaba duda de que eran seres inmaculados, que se formaban como maestras y que esperaban el sagrado rito del matrimonio para poderse asumir como mujeres y traer hermosos hijos para el cielo. Algunas de ellas ya fuera de casa, también conocieron la posibilidad de la libertad y se salieron de los dogmas con los que se habían formado.

La foto del diploma me recordó la práctica docente, la que fue mi escuela para llegar a ser educador, o maestro como generosamente aparece en este. Cursando el grado once nos sentíamos maestros, y como tal debíamos comportarnos en el pueblo, porque aunque ya las costumbres no eran tan radicales en cuanto a comportamiento monjil por fuera de la normal, el prospecto de maestro debía ser ejemplo en el pueblo, y no podía emborracharse o andar por ahí dándose besos con alguien, porque esto era mal ejemplo para los niños y jóvenes que miraban nuestra conducta como ejemplar. Sin embargo, la constitución que nos guiaba, que era del 1886 tenía argumentados todos los dogmas requeridos para los procesos educativos de la época. Nada de lo que se aplicaba en los moral y religioso estaba por fuera de las leyes de la Republica.

En mi caso la experiencia de vida en la normal, con sus códigos morales incluidos fue un aporte para asomarme al mundo en mi primer momento previo a la mayoría de edad; mis nuevas búsquedas iniciaban desde el momento en que me enlistaba en las oficinas del gobierno para buscar nombramiento en alguna escuela del Departamento. En los tiempos de mi egreso como normalista había vacantes en todos los municipios; aunque las normales eran fábricas de maestros, éstas no alcanzaban a preparar todos los que se requerían para cubrir las vacantes de cada región. Mirando el presente se ve la gran diferencia, en la actualidad son muchos los maestros bien preparados que no tienen donde ejercer, o lo hacen esporádicamente y en no pocos casos, sin ninguna garantía laboral. Existen por cobertura, prestación de servicios, contratación directa y de concurso. En mi tiempo se hacían filas en los directorios políticos y se llevaba un buen padrino para lograr un buen nombramiento.

En el silencio de mi casa, ese diciembre reflexivo y autocrítico, con mi mente ya madura, recordé los espacios que recorrí desde el día en que opté al título de "maestro"; cómo olvidar es día tan maravilloso en que mi padre se puso un vestido con corbata. Por su buena estatura la ropa elegante le quedaba muy bien, y mi madre estrenó también un vestido bonito para ir a la ceremonia en la que su hijo se graduaba como normalista superior, como "maestro". Ambos sentían el orgullo y la satisfacción del deber cumplido. Mi vestido fue modesto, porque las posibilidades económicas eran muy limitadas. Como olvidar en ese día de jolgorio la presencia de los maestros artífices en nuestra formación y de nuestros padres líderes auténticos de nuestros triunfos. " Padre y madre generan el ser físico; El nacimiento natural es ingreso a la vida; la educación continua el trayecto hacia la eternidad; y el maestro, aunque desaparecido, es siempre guía del espíritu" (Borrero, 1995). Recordé del día que nos graduamos y egresamos, un acto de despedida en el que nos emborrachamos y nos declaramos los amores y desamores que habíamos guardado durante los dos años de vida educativa casi monjil. En estos momentos de celebración en que uno siente haber superado una gran dificultad, somos susceptibles a todas estas manifestaciones de sensibilidad, más aún con algunas copas que permiten que nuestras frustraciones y silencios fluyan como por arte de magia y se expresen cosas que estuvieron guardadas por años.

Llegar a ser maestro de escuela es el mayor logro que dejaré guardado en mi historia de vida. Durante mucho tiempo se lanzaron expresiones despectivas hacia los maestros que en las escuelas iniciaban a los niños en el maravilloso mundo de la lectura y la escritura. No era extraño que dijeran con algún desprecio: "ese es maestro de Escuela", porque se creía que el que estaba en el bachillerato era de rango superior. Llegó el Estatuto Docente y nos unificó, y esto fue de gran importancia, porque las luchas por las reivindicaciones se hacían de manera unificada sin importar si eras de escuela o de colegio. Además importantes teóricos de la Pedagogía empezaron a sustentar la tesis de la importancia de que en preescolar y primaria estuvieran los docentes mejor preparados. En las reuniones de educadores que se hacían en los pueblos, por lo general eran por separado los maestros de escuela y los profesores de bachillerato. Incluso en los inquilinatos que tomábamos en los pueblos se percibía esta separación.

Encuentros en la caverna de Platón

Las clases de filosofía en la normal eran extrañas: una mezcla aristotelicoplatonica-gustinana. El profesor era un buen hombre, que tenía como mayor antecedente académico haber cursado algunos años de teología y filosofía, pero con ello tenía la posibilidad de llegar a ser profesor siempre y cuando fuera apoyado por la Rectora, que era de la comunidad franciscana. No recuerdo una clase que nos hubiera llevado al menos a identificar las edades del tiempo y el pensamiento ubicado desde la antigüedad hasta la modernidad. Si la filosofía era el área para estimular el pensamiento, en la normal no lo logramos, por el contrario, en muchos casos se confundía con el área de religión.

Para romper este paradigma que habitaba en mi mente, me dispuse a hacer estudios de educación superior en filosofía e historia. Las clases de filosofía en el argot popular son aquellas “en las cuales se duerme plácidamente”, así lo había vivido en mi tiempo de estudios en el colegio y al iniciar en la universidad, para lo cual me propuse una meta, que sería: “en mis clases de filosofía nadie se duerme todos creamos, todos pensamos”. Mover el pensamiento en los jóvenes que tienen su universo ocupado en sus asuntos hormonales resulta complejo y es necesario ser creativo para motivar el interés por la disciplina que les lleva no a respuesta de la vida sino a nuevas preguntas para poder vivir.

Quizá suene como algo exagerado, sin embargo mis logros en la vida de maestro se sustentan en tres etapas básicas: primero mi vida de normalista y maestro con párvulos de escuela, y mi aventura de enseñarles a leer; segundo mi vida como licenciado en historia y filosofía y enseñando esta disciplina a jóvenes de bachillerato; tercero, mi vida en el mundo universitario, como profesor y como escritor enfrentado las lógicas del poder que allí se viven; sin lugar a dudas en estos tres campos he vivido mis mayores experiencias, pero siempre llevaré como estampa contra el olvido mi vida de maestro con los niños en la escuela. En muchos casos para ser uno maestro de escuela, casi que debe ponerse en el lugar de los niños para hacer las clases divertidas, incluso algún grado de histrionismo. Resulta muy difícil ser maestro de escuela a aquel que vive con tristezas en el alma y que ha perdido la maravillosa posibilidad de la alegría.

El ensayo logrado a partir de lecturas permanentes, y acercando las palabras a los jóvenes era un método que mis pupilos entendían; una reflexión sobre la muerte en donde se mezclan literatura, poesía y filosofía, era un excelente ejercicio de clase. Basta con recordar las clases de Filosofía cuando cursamos el bachillerato. De esto recordamos muy poco, a lo sumo era la clase en la que dormíamos plácidamente.

Tal como lo expuse anteriormenete, los profesores en mi caso, cuando me formaba como maestro, eran clericales y dedicaban mucha parte de sus clases a mostrar la relación entre filosofía y teología, y no se daban mínimos pasos hacia la bella aventura del pensamiento. Pensadores como Kant, Espinoza, Descartes jamás se mencionaron. Eran clases lúgubres y sombrías que ni a rezar motivaban. Tampoco creo que eran culpables por esa forma sesgada de abordar el pensamiento; este fue uno de los motivos por los que busque mi formación en Historia y Filosofía. No creo que los profesores de nuestro tiempo fueran culpables de la oscuridad de sus clases, porque estaban acompañados de la Biblia y los canticos ceremoniales religiosos. Quienes llegamos a la Universidad a formarnos en Filosofía, lo hacíamos porque seguía siendo esta disciplina un incógnita absoluto. Difícilmente recordábamos al profesor que nos enseñó esta materia cuando cursamos la secundaria.

Cuando empecé mis clases de filosofía en la Universidad con docentes de avanzada, libres pensadores, descubrí en la filosofía además de una disciplina de rigor académico, una forma de vida. Es una contradicción ser profesor de filosofía y ser mala persona. No importa de la tendencia filosófica que elijas y que aceptes en tu trasegar. El filósofo y teólogo, el agnóstico, el ateo, el escéptico, el materialista etc. siempre llevarán inmerso en sus discursos la mirada respetuosa a la vida y a la dignidad humana. La libertad que se gana con la presencia de maestros en nuestra vida es la parte más importante de nuestro proceso formativo, en mi caso los profesores de historia y filosofía me llevaron a una nueva mirada al universo del pensamiento. Aunque no lo percibamos de manera escueta, nuestras formas de vivir y practicar la enseñanza tienen la impronta de los maestros que tuvimos y para el caso de la Educación Superior mayor es la huella, porque además ya somos conscientes de las rutas que elegimos para asumirnos como profesionales.

Cuando estaba como docente de filosofía en algunas oportunidades los estudiantes discrepaban con la profesora de religión, ya que ella partía de certezas y de afirmaciones frente a Dios, y en mis clases se partía siempre de las preguntas y de incertidumbres frente a Dios y la eternidad. Le hacían preguntas a la profesora sobre sus certezas y ella algún día les respondió: “jóvenes las de él son clases de filosofía las mías son de religión” Muy pronto los estudiantes entendieron la importancia de esta posibilidad dialéctica en dos disciplinas no coincidentes pero sin descartar el diálogo respetuoso entre ellas. En este sentido, en el final de mi carrera como profesor de Filosofía en la ciudad de Medellín, logré que se estableciera un diálogo académico entre las disciplinas en el colegio. Sin embargo por las premuras e intereses personales de cada docente, es más fácil movilizar sus saberes desde una disciplina aislada de las demás y sin mirada contextual; establecer diálogos entre saberes obliga un ejercicio inteligente y prudente y en nuestras escuelas y colegios por lo general lo que marcha son las islas en las que cada educador es el jefe.

Desde mi trabajo y otros docentes de avanzada en el colegio, construimos caminos para llegar al diálogo de saberes. Ya no era la competencia entre el rigor matemático y la palabrería del filósofo sino de cómo hacer de las ciencias exactas un poema, un silogismo o la búsqueda de soluciones a problemas de la cotidianidad. De igual manera se buscaban proximidades entre filosofía y literatura, igual con las Ciencias Sociales, la historia, el arte y la matemática etc. Recuerdo al profesor de matemática en el colegio de mis últimos años. Su clase era desde poemas matemáticos. Los estudiantes estaban en sus clases con afecto y alegría. La ruptura con la racionalidad de las matemáticas la practicaba un docente y era exitoso. Esta experiencia pedagógica de la que fui testigo no la olvidaré, y sé que aunque el profesor no está entre los laureados de la ciudad educadora es un maestro auténtico.

Siempre hemos tenido en nuestra educación a las matemáticas como las diosas ocultas a los saberes escolares, y muchos docentes de esta área creen que esta disciplina es solo para iniciados. Lo que se ha hecho desde esta perspectiva es hacer de las matemáticas el centro del aburrimiento de niños y jóvenes y el rompe cocos de procesos universitarios. Recuerdo una profesora de matemática en los últimos años de mi vida docente, que para iniciar cada clase se demoraba 30 minutos, hasta que las sillas estuvieran en fila milimétricamente organizadas. Pues ya los chicos sabían cómo parar la clase.

Con mis estudiantes del área de filosofía, poco antes de retirarme apliqué una estrategia de talleres con prosa poética y poesía de Jorge Luis Borges. ¡Qué experiencia tan linda; llegar con la poesía y sentir un mundo novedoso en los rostros de los jóvenes cuando se inició con la clase desde la metáfora amorosa. El objetivo de esta iniciativa era intentar instaurar un lenguaje alternativo al lenguaje agresivo armado y machista que manifestaban los jóvenes en la cotidianidad escolar. Era notoria la agresividad tanto simbólica como real frente a las mujeres, actitud que no se había logrado cambiar desde las otras disciplinas del colegio.

Esta metáfora la leímos, la analizamos, la escribimos y para las clases se propuso que cada joven escribiría una metáfora plena de poesía dedicada a una compañera del aula. Luego se avanzó a escritos libres hacia los seres amados, hacia seres imaginarios que fluyen en la hormonal adolescencia, etapa de la vida que requiere de unas atenciones puntuales. Con esta metáfora se inició una ruta antes no emprendida en la que filosofía y poesía se encontraban para avanzar hacia la búsqueda del pensamiento.

Linda muchacha que vienes de la noche y el tiempo, No sé quién eres, ni qué buscan tus bellos ojos. Vienes de la noche y el tiempo y traes intacta la alegría en el maravilloso cielo de tu sonrisa". (Alzate Efraín)

La relación literatura, poesía, arte y belleza se sumergen en esta metáfora y sin partir de definiciones engorrosas, los mismos estudiantes iban construyendo relaciones e ideas con preguntas surgidas en la clase. El tiempo nos da miedo, nos arruga y hace que por momentos lo neguemos. La desesperanza nos invade al no poder detener las horas y los minutos que se hacen implacables y dejan huellas en cada parte de nuestro cuerpo; lo que es hoy no será mañana. La sonrisa que regalas, o el beso sencillo de bienvenida o despedida nunca se repetirán, porque todo es relativo, nada es absoluto. Las cosas pasan, se van y no regresan. Uno se va gastando y desgastando en sus afanes diarios, y cuando nos detenemos frente al espejo, vemos, en los surcos de nuestra frente, todos los caminos recorridos, las noches interminables, los sueños abandonados a mitad de camino y los fugitivos momentos impregnados de eso que llamamos felicidad.

Entonces, el tiempo discurre entre nuestros dedos como el agua de aquel gran río de Heráclito, y apenas sí nos damos cuenta que ha caído la noche. Con textos cortos, leídos en voz alta, mentalmente, discutiéndolo con los compañeros y luego acercándolos a ciertas teorías filosóficas siempre fueron de acogida en las clases de filosofía. Ellos deducían el tema y se disponían a su búsqueda. En una metáfora poética se encontraba una extensa lección de filosofía para hablar de: la vida, el tiempo, la muerte, la tristeza y el amor. Luego surgían los personajes del mundo filosófico actuando en nuestro tiempo en la vida de cada uno y de los seres amados. No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de los humanos en la poesía” (Zambrano, 2006).

"Si nadie me lo pregunta, lo sé: si me preguntan y quiero explicarlo, ya no lo sé". Fue la reflexión planteada por San Agustín sobre el tiempo. Éste y todos los filósofos se preocuparon por definir lo eterno, lo inmutable, lo oculto, pero nadie ha llegado a verdades definitivas, porque la verdad es tan solo una aspiración que a diario imaginamos y construimos. Aquel que sostiene tercamente ser el poseedor de la verdad, es sin lugar a dudas un iluso, un soñador o un arrogante que no tiene solución. La poemática de Borges tiene una asombrosa relación con la filosofía; cada poema es una lección de vitalismo filosófico y de búsqueda a la efímera felicidad. Leer el poema, pronunciarlo tratando de hacer en él una hermenéutica relacionándolo con la filosofía es una propuesta exitosa.

"A lo largo de sus generaciones los hombres erigieron la noche. En el principio era ceguera y sueño y espinas que laceran el pie desnudo y temor de los lobos. Nunca sabremos quién forjó la palabra para el intervalo de sombra que divide los dos crepúsculos; nunca sabremos en qué siglo fue cifra del espacio de estrellas." (Borges, 1977). Platón, filósofo de la dualidad "alma y cuerpo" en su diálogo *Tímeo*, es quizá uno de los primeros en ocuparse de aquellas realidades que cabalgan en el tiempo, empleando el mito y el diálogo, y no las frecuentes fórmulas lógicas de otros filósofos. Este explorador del alma humana llegó hasta los umbrales del sentimiento, y no se quedó en los campos minados de la exactitud, en donde el ser humano cuenta con poco espacio. Platón dice que el tiempo fue creado después del universo para perfeccionar el movimiento de los astros, en donde aparece un modelo matemático de una realidad superior que sólo habita en el mundo de las ideas.

De esta manera serían los astros en su perpetuo vaivén los que crean la imagen móvil de la eternidad. Esa eternidad que se torna en el chantaje perfecto para ser utilizada por quienes tienen intereses o feudos religiosos, porque es lo que sus feligreses temen, lo que el materialismo dialéctico llamó "el opio del pueblo" y por lo que el gran filósofo Nietzsche exclamó alguna vez: ¡Oh Dios, eterno ladrón de energías! Esa vida eterna es la esperanza para los creyentes, pero también se convierte en incertidumbre y horror frente al infierno. Las preguntas que sobre la vida, la muerte y la eternidad que agobian a los seres humanos, tienen su espacio en la filosofía que es una disciplina de nuevas preguntas permanentemente.

Luego, el discípulo de Platón, Aristóteles en su obra "La física" explica racionalmente la percepción del tiempo y la encuentra cercana a la de movimiento; basta un movimiento en la mente para darnos cuenta que el tiempo transcurre. Cree el Estagirita, que el tiempo es la medida del movimiento según el antes y el después. Su pensamiento científico abre importantes senderos a la ciencia y a la vida. Esta es la sala de la casa. Eso que gira es la tierra. Y este que ve todas las catástrofes soy yo ejecutando el papel más cómodo para reconocermelo buscando la conclusión adecuada y extraviando adrede las brújulas y los tirapiédras. Para caminar entre prohibiciones sin salirme del círculo. Anónimo Pero ¿Dónde está el ahora, dónde está el pasado antes de hacerse presente y qué ocurre con éste que se ha desvanecido al instante? Este es el problema del tiempo en Aristóteles; es difícil aceptar que participa de la realidad algo que está hecho de cosas que no existen, es decir, sería lógico pensar que, puesto que no hay presente ni pasado ni futuro, no hay tiempo.

Aquel que es verdaderamente feliz no sufre ante lo inevitable de la muerte, sin embargo nuestro pensamiento busca la razón secreta de ese destino ineludible; el individuo en su lucha por la supervivencia apenas logra entender la necesidad de su propia finitud. ¿Para qué una vida en donde el sufrimiento, el dolor y la incertidumbre son la mejor compañía? En la adolescencia surgen vacíos existenciales que el joven en muchos casos no logra enfrentar y llega a caer en la oscuridad. Lograr la lectura desde reposado silencio de la clase para mirarnos en el espejo de un poema es toda una posibilidad para llegar al mundo de la Filosofía.

Me creo indigno del infierno o de la gloria, la curiosa experiencia de la muerte, su cristalino olvido. Todas estas palabras con un camino propicio a la filosofía fueron hallando los espacios en las mentes de los jóvenes. Leer pausado con tono poético, pronunciando bien, saboreando las palabras, resultó una estrategia novedosa hacia la poesía y la filosofía. “Yo que soy el que ahora está cantando seré mañana el misterioso, el muerto, el morador de un mágico desierto Orbe sin antes ni después ni cuándo.

Así afirma la mística. Me creo Indigno del infierno o de la gloria, Pero nada predigo. Nuestra historia cambia como las formas de Proteo. ¿Qué errante laberinto, qué blancura Ciega de resplandor será mi suerte, cuando me entregue el fin de esta aventura la curiosa experiencia de la muerte? Quiero beber su cristalino Olvido, Ser para siempre; pero no haber sido. Los Enigmas (Borges, 1977).

Leonardo Da Vinci en el Renacimiento trajo una comparación tranquilizadora: "de la misma manera que un día bien empleado nos reporta un sueño feliz, una vida bien empleada nos traerá una muerte feliz". La preocupación dolorosa acerca del final que nos espera precede de la miseria humana; la cura se logra, aumentando el bienestar, ya que una persona feliz no sufre seriamente por el pensamiento de la muerte. Pero, aunque es bien lógica la afirmación de Da Vinci, no resuelve la incertidumbre del más allá; alguien que vive y muere feliz, es porque es un sabio o un tonto; mientras aquél tendría preguntas fundamentales ya resueltas, éste ni siquiera conocería esas preguntas y caería al vacío como cae el ciego que no ve el abismo.

El mismo ejercicio de la filosofía nos aproxima racionalmente a esas reflexiones, para no caer en el pánico y propugnar por buscar a una vida mejor y no a algo mejor que la vida. Las diferentes iglesias y creencias religiosas motivan en sus militantes la felicidad en la vida eterna, aunque se lleve una vida íntegra de sufrimiento. El judeo-cristianismo maneja y enseña el complejo de la culpa; desde el fondo de ti te gritan las voces que no hagas tal o cual cosa que es falta grave contra Dios y como tal recibirás un horrible castigo: el infierno que te han pintado de mil formas y colores.

Han castrado la imaginación y puesto cadenas a la libertad. Platón afirmó que la filosofía es una reflexión sobre la muerte; toda vida filosófica es un comentario hacia la muerte: lo que sucede es que el filósofo no se aterra ante aquellas realidades que son, por naturaleza, humanas, somos seres para la muerte, pero también somos seres para la felicidad.

Schopenhauer, filósofo autor de la polémica obra de su juventud: "El amor, las mujeres y la muerte", sostuvo que la muerte es la musa inspiradora de la filosofía, pero también sostiene que todas las religiones y corrientes del pensamiento son un antídoto contra ella. Desde la religiosidad el hombre ha buscado la manera de encontrarse sin temor con la muerte. El existencialismo y los existencialistas dirían que somos seres cuyo único camino seguro que debemos recorrer es el que conduce a la muerte.

"Dónde estarán los siglos, dónde el sueño De espadas que los tártaros soñaron, Dónde los fuertes muros que allanaron, Dónde el árbol de Adán y el otro leño? El presente está solo. La memoria Erige el tiempo. Sucesión y engaño Es la rutina del reloj.; El rostro que se mira en los gastados Espejos de la noche no es el mismo El hoy fugaz, es tenue y es eterno; Otro Cielo no esperes, ni otro infierno". El instante (Borges, 1977).

Miguel de Montaigne sostiene que filosofar es aprender a morir, es tener certezas de algo que un día nos sucederá pero que no debe llenarnos de pánico ni dolor. La reflexión filosófica nos acerca a la realidad y nos muestra a diario la certeza de la muerte. Difícil aceptar en nuestro mundo de la vida, recargado de imaginación judeocristiana esta sentencia del padre del ensayo: "filosofar es aprender a morir".

Albert Camus dice que "el único acto filosófico válido es el suicidio, porque se desprende de todo aquello predeterminado y pasa por una decisión individual. A mi modo de ver el suicidio sería válido siempre y cuando el suicida no haya proyectado su existencia a través de la descendencia representada en hijos. La filosofía oriental y occidental busca significados sobre la finitud del ser humano, y la ciencia busca caminos para hacer más larga la existencia; ninguna investigación ha llevado a pensar siquiera en la posibilidad de la eternidad.

Baruch Spinoza, filósofo consecuente, perseguido por el sanedrín judío, en sus obras de filosofía y ética sostuvo que: "un ser humano verdaderamente libre, no piensa más que en la muerte, y su reflexión permanente no es una reflexión sobre la muerte sino sobre la vida". Parece como si vida y muerte se confundieran en su pensamiento; aquel que habla con frecuencia sobre la muerte demuestra una gran preocupación por la efímera existencia. Vida y muerte se complementan, cada una se nutre de la otra, su dualidad es eterna, porque cohabitan en el mismo ser

He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer. No he sido Feliz. Que los glaciares del olvido me arrastren y me pierdan, despiadados. Mis padres me engendraron para el juego Arriesgado y hermoso de la vida, para la tierra, el agua, el aire, el fuego. Los defraudé. No fui feliz. Cumplida No fue su joven voluntad. Mi mente se aplicó a las simétricas porfías Del arte, que entreteje naderías. Me legaron valor. No fui valiente. No me abandona. Siempre está a mi lado La sombra de haber sido un desdichado. El Remordimiento. (Borges, 1977).

Hablar de poesía y filosofía resultaba extraño incluso para otros docentes que tenían formación en el campo y percibían cierto grado de locura o desatino del profesor de filosofía, que además motivaba la participación en encuentros de poesía y la escritura poética en los estudiantes. Muchos jóvenes tenían su cuaderno de poemas y guardaban sus escritos con sigilo, algunos terminaron con el ánimo de ser poetas. Y tengo la certeza y el gusto de encontrarme con jóvenes que fueron mis discípulos y que hoy están dedicados a la docencia en el campo de las ciencias sociales y la filosofía. En estos episodios solo como ejercicio pedagógico y didáctico dejo plasmado ejemplos que ilustran procesos vividos.

No se trataba de empezar con profundos y engorrosos sistemas filosóficos para iniciar a los jóvenes de los grados décimo y undécimo a las lógicas filosóficas. Era necesario ante todo volver la mirada a las clases en el colegio para saber que era necesario plantear estrategias que motiven el desarrollo del pensamiento del joven. En mis clases no recuerdo que algún estudiante me hubiere perdido el área, a los sumo si alguien tuvo una decaída en el rendimiento, debían existir razones más allá de la clase. Normalmente eran aquellos jóvenes que por sus problemas muy personales asistían poco a clase.

Aparte del cuadro doloroso que enuncie anteriormente, con la niña que prefería su celular a mis palabras filosóficas, mi experiencia como profesor de filosofía fue gratificante, incluso hoy al encontrar alguno de los jóvenes que recibieron mis clases suelen lanzarme elogios. Tampoco creo todo lo que me dicen porque de seguro también cometí infinidad de errores que ya no tengo tiempo de enderezar. Mis estudiantes de filosofía por lo menos lograron sobrevivir a su profesor y eso es ya una osadía.

El excelenticimo no llegó.

La Escuela Rural en la que me inicié como maestro estaba ubicada a la entrada del caserío Fraguas del municipio de Segovia. Tenía dos salones grandes y allí atendíamos a los niños de primero a quinto de escuela. Allí tuve la oportunidad de enseñar a leer por primera vez. Fue una experiencia mágica y sorprendente. Recordé la alegría de mi vida de niño cuando aprendía a leer con la calma y la ternura de la señorita Blanca, cuando estaba en el aula de clase por primera vez. Los niños eran todos con edad avanzada para estar en primero de escuela, en este lugar muchas veces estaban sin maestro y la escuela más cercana estaba a dos horas de camino. Pero luego fueron llegando docentes a este lugar y dejaron sus huellas y las letras en la memoria de muchos niños.

Tal como inicié este capítulo con la palabra Excelenticimo escrita con un terrible error de ortografía, lo hago para reconocer con humildad este aprendizaje al que me llevó un niño de escasos 9 años. El obispo de la diócesis de santa Rosa de Osos tenía programada una vista para bautismo, primera comunión, confirmación y matrimonios hice el pasacalle para expresar la bienvenida al jerarca de la Iglesia y lo pegué de dos palmas que había a la entrada del caserío. Pero un niño que ya había cursado segundo de escuela pasó y se detuvo a leer la bienvenida que le hacíamos al monseñor y se acercó y dijo: “profe, eso está mal escrito” me advertía un niño un error ortográfico, aunque me sembró dudas no lo tomé tan en serio, además el aviso ya estaba colgado. Aquí es donde uno como maestro debe aprender enseñando, enmendando con humildad los errores.

Ningún tema puede ser más adecuado como objeto de esta primera carta para quién se atreve a enseñar que el significado crítico de ese acto, así como el significado igualmente crítico de aprender. Es que había notado antes. Pero ahora, al enseñar, no como un burócrata de la mente, sino reconstruyendo los caminos de su curiosidad, razón por la que su cuerpo consciente, sensible, emocionado, se abre a las adivinaciones de los alumnos, a su ingenuidad y a su criticidad, el educador tiene un momento rico de su aprender en el acto de enseñar.”. (Freire, 1994) Era un niño curioso, que tenía una letra linda, se distinguía por su seriedad y compañerismo. Los padres eran barequeros del río y el niño también sabía barequear, pero era dedicado a sus estudios.

El niño al que llamé autodidacta, era silencioso pero inquieto, hizo de maestro y me enseñó cuando dijo: ese "Bienvenido Excelenticimo señor Obispo" tiene un error, en mi diccionario escolar vi la palabra excelenticimo escrita de otra manera. Fui y busqué en el diccionario y verifiqué lo que el pequeño nos decía. Sentí vergüenza, y le dije que me ayudara a descolgar el pasacalle para corregir la palabra Excelenticimo por **excelentísimo**. Al día siguiente reconocí ante mis alumnos el error y di las felicitaciones al niño.

Después de este aprendizaje, finalizando el año un grupo de párvulos empezó a leer en mis clases y ese día quise llorar de felicidad. Una tarea tan bella y significativa hecha por un maestro como la de llevarlos al mundo de la lectura a veces no se le da la importancia que amerita, porque ello es la entrada a la aventura de la vida, de los libros y de la educación. Aquí es donde se quedó grabado para la eternidad en mi memoria la señorita Blanca, y es posible que en laguna mente de jóvenes y adultos mi imagen también esté, cuando les aplaudía al ver a los niños desatando palabras y leyendo.

Cuando el niño junta letras y las convierte en palabras, inicia la gran aventura de la lectura y desde la lectura se asoma al mundo. Durante mucho tiempo me acompañó un bello libro de lecturas infantiles que se titulaba "La alegría de leer" de éste siempre recuerdo la triste fábula, la del molinero, su hijo y el borrico, por motivos que explique en mi vida de niño en la escuela.

Si nuestras escuelas, desde la más tierna edad de sus alumnos, se entregasen al trabajo de estimular en ellos el gusto por la lectura y la escritura, y si ese gusto continuase siendo estimulado durante todo el tiempo de su escolaridad, posiblemente habría un número bastante menor de posgraduados hablando de su inseguridad o de su incapacidad para escribir (Freire, 1994).

En la mayoría de los casos en los que los profesores estamos inmersos en errores, no aceptamos que un párvulo nos corrija. Nos quedamos con el error aun advirtiendo que lo cometimos, y esto es algo que viene con la escuela en la que nos formamos, en la que era impensable hacer alguna comentario por errores cometidos a los docentes. Recuerdo muchos de los castigos dolorosos que recibí de niño en la escuela, que fueron practicados por docentes que estaban en el error y como niños no quedaba más que guardar silencio. Pero la escuela en mi caso logró dejar para la vida los recuerdos felices y aquellos días de nostalgia y tristeza infantil son episodios superados que se recuerdan para no repetirlos.

Puedo asegurar que a partir del día que este niño campesino me hizo esa corrección, fui más precavido en evaluaciones periódicas y pensé dos veces antes de tomar decisiones radicales. Un niño campesino que era autodidacta plasma una lección en la escuela que le estaba formando, tanto él como yo lo guardamos en la memoria para siempre. Aprendí a ser maestro, ms allá del diploma en el pleno contacto con los niños y comunidades educativas en las que me desempeñé. Supe de algunos que egresaron a mi lado de la normal, pero al estar en el día del maestro, se dieron cuenta que estaban perdidos y desertaron para buscar la otra opción propia de los habitantes de Granada en el mundo de los negocios. Allí fueron exitosos.

En el abecedario de la Doctora un maestro habita

De Segovia fui trasladado al municipio de Envigado en plenos momentos de violencia política en el nordeste antioqueño, y en pleno apogeo del narcotráfico en Envigado y en Medellín. Llegué a las Escuela santo domingo Savio, una institución pequeña que laboraba dos jornadas y llegué a primero de escuela. Los niños en su mayoría eran hijos de administradores de las fincas del sector el salado, las fincas eran de personas acaudaladas vinculadas a la política y a los negocios.

En el grupo que me correspondió tenía una niña tan pequeñita que sus pies no llegaban al suelo cuando se sentaba. Siempre les decía que desde niños debíamos tener imaginación para triunfar. La niña escribió finalizando el año, en su cuaderno de tareas que cuando fuera grande sería doctora para curar a los enfermos. Ya era maestro y militante en grupos políticos que se movían en el sindicato de los maestros, y fui amenazado de muerte por mis acciones de trabajo social y político con las comunidades del sector.

Con el morral repleto de esperanzas y en la búsqueda de nuevos caminos salí de esta escuela, dejando algunos sueños inconclusos. Llegué a pensar en la renuncia a todo para poder salvar mi vida, pasar al retiro de la docencia; si en ella no podía ejercer mi derecho a la controversia y a imaginar con los niños una sociedad justa no había razón para seguir. Son momentos de contradicción interna que nos llevan a la desesperanza y en los cuales nos quedamos sin aliento y sin horizonte. Pero se hace necesario recomponer los pasos y poner de nuevo la mirada en el horizonte porque la utopía sigue ahí.

Estaba en la edad de aventuras y atrevimientos, por ello me vinculé con compromiso total a un movimiento de izquierda que lideraba el sindicato de los educadores. Me hice delegado y activista siendo Envigado mi puerta de entrada al trabajo político para apostarle a la utopía con todo el compromiso y la convicción. Entre los 20 y los 30 años uno se hace militante ya sea del amor o de grupos anarquistas, revolucionarios o de nadaistas. Elegí ser revolucionario y dediqué parte de mi vida a la lucha por una sociedad más justa. Hoy, aunque mi militancia es mi propia conciencia sigue habitando en mí la Utopía. Trabajaba con los niños con convicción y entrega, mi vida era la de ser maestro y construir sociedad.

El pensamiento de Freire nos indicaba el camino: podemos contribuir con nuestra responsabilidad, con nuestra preparación científica y nuestro gusto por la enseñanza, con nuestra sociedad y nuestro testimonio de lucha contra las injusticias, a que los educandos se vallan transformando en presencias notables en el mundo (Freire, 1994). Ana María una niña que apenas logré conocer en mis clases en la escuela se tornaba en una pequeña voz de gratitud por algo que hice. Una pequeña semilla de esperanza había plantado y germinó.

Después de salir amenazado de esa escuela, a los veinte años, en la calle me encontré con una tierna mujer que me abrazó y lloró sobre mis hombros: yo no alcanzaba a desatar palabra, por mi sorpresa. Al momento me dijo: "yo soy Ana María", fui su alumna en primero y segundo de escuela, y ahora soy médica cirujana, y usted marcó mi proyecto de vida. La abracé y lloré de alegría. Quizá los años de juventud que tenía me permitían aun ser más romántico en mi labor. Mi asombro por el reconocimiento que me hizo Ana María, y guardé este detalle para la autobiografía de mi vida. No todo se había perdido en donde por poco me asesinan por ser rebelde y por pensar el mundo desde la utopía. Esta mujer ahora me daba una razón para amar más mi carrera de maestro. Después la seguí viendo y la visité en su consultorio, me parecía increíble que en esa persona sencilla y maravillosa estuviera una partecita de mis enseñanzas de maestro. Aunque parezcan pequeños estos detalles, de alguna manera dan cuenta de las huellas que el maestro deja a las generaciones venideras.

En esa bella tarea que asume el maestro debe estar la escuela que forma para la vida; herederos fuimos de una escuela excluyente, de sabios y burros en las filas del salón, de ordenados y mugrosos, una escuela que utilizaba el castigo doloroso porque la letra con sangre entra", decían los maestros soberbios. En la escuela de las primeras letras de la hoy médica y cirujana Ana María, estuvo un educador que motivó el derecho a soñar y esto por poco le cuesta la vida. Encuentro razones para reivindicar una nueva escuela en la que el canto a la vida y a la libertad sea su esencia. La tarea que asumí por cuenta propia, desde mis reflexiones y repensando cada día mi ser de maestro para alcanzar la respuesta a la pregunta: "¿Cómo distinguir entre la disciplina que forma seres con principios y responsabilidades y la arbitrariedad que forma seres sumisos y negligentes?" (Ospina, 2008).

Desandando mis pasos de maestro, me encuentro a mí mismo y pienso lo importante que sería para la escuela el tener excelentes educadores, satisfechos y felices por su tarea; con dignidad, y orgullosos de su preciada labor. Al retirarse un maestro de las aulas en las que dejó su palabra y testimonio, llegan momentos de reflexión, a veces de tristeza, porque pasan recuerdos de situaciones en las cuales fuimos tremendamente injustos.

A continuación describo uno de los hechos que todavía me duelen en mi ser de maestro. En este caso esta autobiografía, además de cumplir con los procesos de rigor dentro de una maestría, busca dejar expuestas unas experiencias de vida que sucedan en la cotidianidad escolar y que pueden ser un aporte para debate en escenarios donde se forman nuevas generaciones de educadores. Los episodios e la vida escolar de un maestro nos siempre son de inmensa alegría o de perfección. En mi caso, tal como lo he expresado, a lo largo de mi carrera de maestro, alcancé logros que pudieron transformar la vida de niños y jóvenes. Pero además fueron muchos los errores que cometí con los que también, pude haber hecho mucho daño. El lector podría encontrar estas narrativas autobiográficas como un cumulo de anécdotas y autoelogios, con lo que se estaría ocultando la parte opaca de la vida de un maestro. De ello no se trata. Si devolviéramos nuestra vida en la escuela como devolviendo una película, con toda seguridad que cada educador debería pedir perdón por los daños causados a generaciones. Sin embargo, aunque suene a disculpa desatinada, fuimos herederos de un sistema educativo plagado de injusticias que incluso estaban argumentadas en la Constitución y las leyes.

A la derecha maestro. Parquéate bien

Recuerdo un hecho que todavía me duele en el alma, con un joven que cursaba el grado once. Era travieso pero inteligente y estaba con matrícula condicional; en una clase de filosofía expresó algunas palabras deschavetadas, y el coordinador de la Institución pasó en ese momento. De inmediato llamó al acudiente que había firmado serios compromisos y le entregó al joven. Guardé silencio por no contradecir la autoridad del coordinador y esto fue de alguna manera un acto mío de cobardía, que me lastimó en mi ser durante muchos años. Cuando guardamos silencio frente a las arbitrariedades, nos hacemos cómplices de ellas, por ello quien actúa consecuentemente las advierte, la denuncia aun a pesar de sus riesgos. El joven ofreció disculpas y me miró como para que le ayudara y no permitiera la exclusión del colegio por orden del coordinador. Mi silencio fue cobarde.

Al año siguiente lo encontré trabajando en un parqueadero, y me dijo: "profe, que embarrada con Usted, no he podido terminar mi bachillerato". Sentí impotencia conmigo mismo, y creo haber cometido una canallada con el joven, quien, sin embargo, me expresó su reclamo con gran respeto.

Cosas muy simples nos llevan a ejercer la autoridad en la escuela con excesos. A veces actuamos como jueces y condenamos sin el menor cuidado posible a jóvenes que se distancian de nuestro anacrónico discurso, y deberían ser estos casos los que de verdad nos hicieran reflexionar efectivamente sobre nuestro quehacer de maestros. La voz de Acevedo indicándome en un parqueadero para que me parqueara bien aún la recuerdo, y pienso que nuestra educación debe ser mejorada y los maestros deben atreverse a aprendizajes desde el pensamiento crítico. Porque la tradición que perpetuamos tiende a masificar, a disolver lo personal, a apagar toda voz singular, a anular toda invención que no sea reciclable en el mercado (Ospina, 2008). Acevedo, el alumno del que les hablo, no fue un triunfo mío por su expulsión del colegio; fue una estruendosa derrota a mi discurso y práctica de maestro, a mi falta de serenidad y capacidad visionaria para ver limpiamente a ese estudiante como lo que era: un muchacho en formación. Esta fue una muestra fehaciente de mi decadencia como docente de filosofía; mi vitalismo en la cátedra se contradecía con mi práctica excluyente, y aunque sólo recuerdo con tristeza ésta, cuántas cometería sin advertirlo, y de seguro que me creía un excelente maestro.

Crucifiquenlo...crucifiquenlo

La escuela guarda en sus cuatro paredes los ecos de voces, acciones y decisiones, en muchos casos para educar en saberes y formar para la vida. Sin embargo, por la misma condición humana de quienes la habitan, no es extraño que en ella se cometan acciones que afectan para la vida al joven que se está formando. Y si esto sucede en el bachillerato, en la escuela primaria con mayor razón por ser los párvulos más vulnerables a decisiones arbitrarias de los educadores. Las juntas para evaluar disciplina a los estudiantes en reunión de profesores son por lo general no un espacio de análisis, sino un ejercicio vengativo. Mientras muchos están en la reunión pasando notas, u ocupados en otros menesteres, los profes vengativos están atentos para crucificar a los estudiantes “malvados”

El mayor peligro está cuando sin advertirlo el maestro siembra rencores y silencios en los niños, cuando se cometen ligerezas e injusticias con los párvulos. Nada más educador que un maestro frente a sus niños reconcomido un error y ofreciendo disculpas.

Todos los seres humanos en los diferentes lugares en los que nos desempeñamos estamos propensos a cometer arbitrariedades, pero el maestro por su posición debe ser más cuidadoso.

La profe Gudiela era una docente con varias especializaciones y dos licenciaturas, pero siempre prefería que no le dieran las clases de su formación, sino de religión o de ética. No se sentía segura en ningún tema de los que había estudiado ni le gustaba dictar la educación Física que era una de sus licenciaturas; tenía un buen grado en el Escalafón y por ende mejor salario. Era joven, pero con muchas inseguridades en su propia formación. Creo que debe ser terrible estar en una profesión en la que uno no se siente realizado. Ese era su caso. Tenía muchos problemas con los alumnos porque estos le decían que ella no sabía enseñar. Ella era de esas profes que se ponen a estudiar todo cuanto resulta: posgrados, seminarios, cursos, cursitos etc., sin tener ninguna selectividad con los temas a estudiar, sólo por obtener un cartón y una mejora en su escalafón. Tenía la costumbre de discutir airadamente con los estudiantes, por ello iba perdiendo autoridad en sus clases. Si el estudiante no hacía nada en sus clases poco le importaba, y estos nunca le perdían. Aquellos que le reclamaban por sus clases aburridas eran recriminados y sancionados con anotaciones en libros disciplinarios.

Recordar su semblante y sus miedos permanentes en lo que expresaba, daba a entender que estaba de profesora no porque fue algo vocacionalmente elegido, sino como una opción laboral con algunos asomos de estabilidad. Su área fuerte era la Educación Física en lo que estaba formada, pero normalmente la enseñaba estando de vestido y de tacón alto. Entregaba balones para que los estudiantes hicieran lo que les viniera en gana. Siempre he creído que quienes llegan a la tarea de educar debieran ser los hombres y mujeres con la mejor formación a nivel universitario porque desde allí se cultiva el alma de la sociedad. Y en la Universidad también se refleja la crisis en sus docentes, muchos de ellos dedicados hoy a llenar formatos para argumentar la calidad de su trabajo y no en la tarea diaria del contacto con los que le escuchan su discurso. Gudiela con sus acciones demostraba la precariedad de su formación universitaria.

En cierta oportunidad el Consejo Académico se reunió para analizar un caso de un alumno que tenía problemas y se debía suspender; el asunto era específicamente con ella. El rector empezó a contar los votos que estaban de acuerdo con la suspensión del estudiante, ya existía una relativa mayoría que aceptaba la sanción. Cuando le correspondió a ella votar, dijo que se abstenía porque ya la mayoría estaba, con lo cual salvaba su pellejo, es decir, crucificadle pero no me pongáis en la lista de los que pidieron crucifixión.

Recuerdo que me indigné con la profe y le pregunté cuál era su ética profesional, si ella proponía una sanción y empujaba a los docentes a que crucificar al alumno y ella salía bien librada. Pedí que ante esta falta de personalidad de ella se declarara nulo lo que se había votado y que el rector llamara al alumno a firmar un compromiso. En este sentido, creo que el maestro debe tener en su discurso y practica la cercanía a la verdad, a la palabra y la autocrítica, para llegar a trascender al dictador de clase. Tal como lo expresé en la reunión la profesora no tenía claridad sobre las virtudes éticas del docente, además cada educador en sus decisiones debe tener la ética como motor de sus acciones. En las prácticas de vida dentro del contexto posmoderno, la ética ha contraído fuertes vínculos con la calidad de vida en todos los sentidos, que es un asunto primero de valores y luego de hechos. (Remolina, Velásquez, & Calle., 2004).

No sólo existe el acoso sexual que tanto se pregona; creo que en las escuelas y colegios existe el acoso académico, que es la forma como el profesor, ostentando su poder, se desquita de los alumnos que le son problema, o que sencillamente le caen mal. Existen las inquinas y las broncas que se arman a partir del momento que un estudiante confronta académicamente a un docente. La profe Gudiela con toda la formación académica que tenía, se veía desarmada frente a sus alumnos y por eso utilizaba con tanta frecuencia los castigos o los seguimientos para buscar la suspensión de los que le daban problema.

Cada educador desde su saber específico y desde sus clases debe al menos intentar ser voz y ejemplo de vida, esto es, si habla de las injusticias que el gobierno comete con sus derechos y que por ello sale a protestar, debe además estar atento a los excesos que puede cometer diario.

El maestro real, no tan sólo ideal, se encarga de iluminar mentes y corazones con esa verdad única que no conoce las limitaciones impuestas por el relativismo secular, que es la del aprender a ser persona. Es aquí donde radica la misión constructiva del maestro.

En este sentido, desde estos episodios de mi vida de maestro, vuelvo desde la memoria a los pasillos escolares recorridos, pienso que en la escuela de nuestro tiempo como en la escuela del Siglo pasado se practican formas de enseñanza que dejan secuelas de tristeza en niños y jóvenes. Creo que más que formación académica, esta profe tenía una total desinformación pedagógica, pues si algo tenía para enseñar no sabía cómo hacerlo. Y la pregunta se la haríamos a la Universidad, que hoy debe repensar las prácticas antes de que egresen sus profesionales, porque estos serían los espacios en donde el que se formó teóricamente como licenciado o profesional sabe si de verdad lo ha logrado a plenitud.

Para el caso de los maestros han de saber lo que está en juego con su noble tarea: “El maestro sabe que está en juego una vida, y eso entraña una gran responsabilidad ética, moral, política y humana. Con estas expresiones subrayamos que, a al hablar de vida humana, no nos limitamos exclusivamente al aspecto «biológico” (...) (Remolina, Velásquez, & Calle., 2004) Vemos, hoy en nuestra ciudad, estadísticas de los profesores de las comunas más conflictivas, que manejan un alto nivel de estrés, no sólo por la violencia de su entorno, sino también por sus malas prácticas pedagógicas.

Mi vida dedicada a las escuelas y colegios me ha enseñado que, se debe aplicar otras medidas que tiendan a mediar los conflictos escolares para que así la salud mental del maestro sea aprovechada por los educandos para alcanzar máximos aprendizajes. Un maestro que tenga la claridad sobre su papel como constructor de tejido social desde sus discursos y prácticas escolares difícilmente se verá afectado por problemas de seguridad personal desde acciones que partan del estudiantado o del grupo social. Por lo general son personas que la comunidad siente como de ellos y son sus principales defensores en dónde sea. Pero el maestro que cumple su labor sin trascender su relación horas de trabajo y salario corre el riesgo de llevar una vida escabrosa en la escuela.

Más allá del discurso que entrega desde su saber específico debe tener un espacio para establecer vínculos sociales con la escuela y su entorno. Vivir pendiente de la hora de salir y llegar al trabajo con el espíritu apagado y triste es una situación que lleva al desespero y al tedio en la tarea educativa.

El hecho mencionado anteriormente deja entrever que en los espacios educativos tenemos serios problemas, si a la enseñanza llegan personas que jamás pensaron serlo y que solo están allí por ser una opción laboral con estabilidad. ¿De qué sirve la estabilidad laboral si no se da la estabilidad emocional? No creo posible que alguien entregue saberes cuando su ser está habitado por el tedio y el fastidio. Cuando esto sucede, los niños y los jóvenes lo aprecian y lo sienten y llegan a tomar distancia y desafecto por esos saberes que llegaron a recibir en clases llenas de amargura y resentimiento con un docente equivocado de profesión.

Lo anterior no es argumento sufriente para decir que no podemos equivocarnos. No, de ninguna manera. Nuestra precaria condición humana nos lleva estar sujetos a diversas circunstancias de la vida que nos entristecen, y estamos siempre en riesgo de malos ratos y es acá donde podemos caer en errores. Cuando esto sucede, en situaciones esporádicas y coyunturales no se puede considerar como la constante de la relación en la vida escolar. Pero además estos docentes que llegan a equivocarse en este sentido, son los que tienen la mayor capacidad de autocrítica para reconocerse en el error. Y el error se reconoce en público si fue en este escenario donde se cometió o en privado, de persona a persona si fue con alguien del círculo de personas que acceden a la escuela, incluido el estudiante.

Yo el cuarto del abecedario íntimo

Todos los espacios de la escuela debieran ser lugares en los que fluyen los discursos y las prácticas pedagógicas, pero esto no es así. Desde mi experiencia percibí la frialdad y la capacidad conspirativa de algunos docentes que esperaban el momento de evaluar un período para tomar venganza con un estudiante que les hubiera ofuscado en su clase.

Se hacen gavillas para disuadir acciones punitivas y para que parezcan como una decisión en la que están de acuerdo muchos docentes. La escuela tiene espacios en los que se practican lecturas con letras de molde de diferentes abecedarios. Creo que hay abecedarios del amor, de la tristeza, del rencor etc.

En mi vida de docente en la educación media, fui reacio a permanecer en la sala de profesores, allí sucedieron tantas cosas que a veces podría decir uno: "el ambiente de las salas de profesores hace llorar". Más que el lugar de encuentro de hombres y mujeres dotados del entusiasmo didáctico y pedagógico me llegué a encontrar con la debilidad del odio humano. Las salas de profesores llegan a ser en muchos casos el confort para las maledicencias pedagógicas de docentes que encuentran estos espacios como opción para el desahogo de sus nostalgias. Pocas veces recuerdo lenguajes respetuosos de estos espacios, antes los vi enfrascados en circunstancias de intolerancia. La meta suprema del vivir ha de ser para el maestro el pleno desarrollo de sí mismo y de aquellos con quienes comparte sus saberes y experiencias, pues ha de saber que para alcanzar este logro es necesaria la disciplina, el respeto, la autocrítica y la imaginación creadora. Desarrollar la imaginación, no para escapar de las circunstancias intolerables, sino para anticipar las posibilidades reales, como medio para suprimir las circunstancias intolerables» (Vásquez R, 2000).

Recuerdo que en una oportunidad la profesora de matemática del colegio último donde laboré se refirió con asco a los muchachos del grado once. *¡Me da asco entrar al salón donde esos hijos de puta de once tres!* A lo que la interpele diciéndole que eso no se hacía, y que si estaba decepcionada de su empleo mejor renunciara, que con odio no se podía trabajar. Siempre me ha parecido tan lamentable esta actitud de algunos maestros y maestras que indudablemente se equivocaron de profesión, pues estarían mejor como camioneros o administradores de tabernas. Por supuesto, sin demeritar ninguna de estas profesiones, pero sin lugar a dudas cada quien debe estar donde le corresponde.

Ella me respondió con furia, señalándome como cómplice de los facinerosos de ese grupo, y que no me metiera en su forma de ser ni de actuar porque yo no era el rector. Algún alumno llegó en ese momento a la sala de profesores y se percató de la discusión y la profe se metió en problemas y prefirió buscar traslado.

No fue capaz, a pesar de que era una mujer un tanto joven, creía que su materia era un látigo para castigar a los estudiantes. Era una profesora fiscalmente bien parecida, pero triste con su quehacer de maestra.

Siendo esta profesora experta en algoritmos pero además joven, me parecía extraña su actitud odiosa frente a los jóvenes. A veces creo que esos comportamientos duros de muchos docentes formados en matemática llevan a que sea esta disciplina la piedra áspera de los saberes escolares. Recuerdo mi vida en el bachillerato cuando los profesores de matemática nos decían: “la matemática no es para cualquiera, esto es para los inteligentes”. Los jóvenes no le entendían y cuando además se rompe la relación con los estudiantes de manera violenta y abrupta, los aprendizajes también se cierran. No podemos cerrar la opción a que los estudiantes nos reclamen, nos exijan o nos expresen sus inconformidades. El discípulo sólo existe, pues, para el maestro, que es mediador de existencias. Pero el mismo maestro no existe más que para el discípulo. Hay una vocación del maestro al magisterio del que únicamente el testimonio del discípulo puede aportar la revelación: “Es normal que el maestro esté inquieto y que dude de su certeza. Ningún ser humano es completamente digno de soportar la aplastante carga de la verdad. Es necesario, para que salga de su reserva, que el discípulo le dirija su requerimiento (Gusdorf, 1977).

Siempre me pregunté sobre las razones de estas expresiones tan absurdas cuando todos podemos acceder al conocimiento desde metodologías adecuadas. Recuerdo un examen de química en la normal que preparé con un compañero que era del bachillerato. Estudie con sumo cuidado para ese examen final, y fui la mejor nota. No lo podía creer, pero el profesor dijo en esta oportunidad: “vean que si es posible aprender química: Alzate lo logró y todos ustedes también pueden lograrlo”. Es posible que el profesor con su expresión haya señalado mi poca competencia en las Ciencias Naturales, aun así lo logré, con lo que si existen cosas que uno puede aprender si hacia esos saberes se conduce con ternura, con afecto con convicción.

A partir de esta experiencia en las aulas de profesores en mi vida de docente en los colegios y aun en las universidades, he sido reacto a los lugares en los que no pueden llegar los estudiantes y sentarse a dialogar con sus profesores. Esas zonas lúgubres vedadas a los niños y a los jóvenes son espacios antipedagógicos que no deben existir.

Si el profesor requiere la soledad del confort del hogar no puede confundirlo con el escenario público que es la vida en la escuela. Desde mi experiencia supe que, en las aulas de profesores se conocen las penalidades de cada maestro; muchos son compulsivos contando sus sufrimientos y otros ni hablan.

Unos fuman y se inundan de café y humo. Se perciben envidias y a veces insultos. En una oportunidad les dije que sería un buen ejercicio poner una cámara indiscreta filmando los desafueros de las aulas de profesores para luego presentarlo en un evento pedagógico con un título: “ el aula de profesores: un espacio de conspiración contra la escuela”. A raíz de algunas confrontaciones que se hacían, muchos optaron por no hablar cuando yo estaba allí, porque sabían que en mi tarea de orientación juvenil también tenía la de sensibilizar a los profes para entender a los jóvenes.

Quizá en como maestro haya sido un romántico y hoy en el eclipse de mi vida, vuelva a los recuerdos de experiencias en las que pude haber cumplido un papel diferente, en cuanto a esperar el paso de los años para contarlos. Aun así y desde las limitaciones que puede tener una autobiografía para no afectar a otros que de alguna manera fueron participes de acciones que valoro en gran medida en unos casos y que manifiesto con severidad en otros, dejo claro que la única opción para ser maestro exitoso es asumiéndose en esta tarea desde una acción plena de amor y de alegría.

El maestro debe trascender de su vida el enseñar una materia o unos contenidos; debe además, enseñar un amor: su amor por la disciplina en la que se formó y que al mismo tiempo que enseña encarna. La enseñanza del maestro es la historia de amor que tiene con lo que enseña; son sus horas de lectura, su preparador de clases, sus experiencias enriquecedoras y miles de detalles que están conectados con su vida. Es necesario develar esos abecedarios íntimos simbólicos que hacen de la escuela un espacio para descubrir acciones punitivas, o para establecer una lucha diaria con los estudiantes, para llegar a las prácticas educativas amables en donde la alegría sea elemento primordial

En palabras de Alfonso Borrero sacerdote Jesuita: La obra del maestro persiste más allá de los linderos del tiempo y del espacio. Muerto, el maestro influye aun en quienes nunca lo conocieron. Con el hombre, cuando muere, se enmudece su cultura personal. La del maestro desaparecido persevera, maestra, como recuerdo eficaz. (Borrero, 1995). A mis años, en el eclipse de mi vida sigo viendo mis pupitres cotidianos y escribo para no olvidar los mágicos recuerdos de la infancia. El niño que aun adultos se columpia en nuestra alma fluye por momentos, y en mi caso está ahí latente en los recuerdos

Ocultos en su currículo

Cuando hablamos de currículo oculto, lo pensamos en las formas de trabajo que el docente realiza sin las particularidades de los manuales que lleva. En esencia esta es una forma de aprendizaje que incluye las relaciones sociales. El dialogo con una joven egresada, exalumna de mis clases de filosofía me llevó a recomponer este concepto que lo tenía dentro de mis prácticas cotidianas de maestro.

Luisa era una joven estudiante de porte agresivo, con unos ojos misteriosamente bellos. Ella se ubicaba siempre adelante en mis clases, y reclamaba a diario el acto poético antes de iniciar. Era una estudiante de rendimiento regular, y con algunos problemas en el hogar. Maldecía porque en su casa había dieciséis hermanos y que su padre no tenía empleo digno. En alguna oportunidad intervino para decir: "ser mujer, qué bobada"; en el descanso la abordé y ella me reafirmó lo sostenido en clase.

La razón era que la mamá maldecía el haber tenido tantas hijas mujeres y este complejo lo trasmitía a Luisa. Ella egresó del colegio como una alumna regular y luego se dedicó a entrenar atletismo. Le perdí el rastro, hasta un día que de sorpresa nos encontramos en una cafetería; ella se alegró y me saludó con simpatía y la invité a dialogar y a tomar un jugo mientras hablamos del colegio y de mis clases. Los estudiantes también mantienen un currículo oculto que el maestro solo devela fuera del aula pero que pocas veces le da importancia.

Me sorprendió cuando me dijo: "profe, ¿todavía en la filosofía llama a los alumnos y alumnas a llevar un vida decente y con sueños? Yo le manifesté que sí. Luego me interrumpió para explicar su punto de vista. Mire profe, dijo: en mi salón, cuando usted llegaba a clase con sus poemas y sus filósofos, más de la mitad del grupo nos trabábamos con ruedas. Esto era un verdadero viaje a Grecia lo que hacíamos, por eso éramos tan juiciosos escuchando sus enseñanzas.

Yo le reproché lo que me estaba diciendo, me parecía una falta de respeto. Ella sustentó: profe, sin sus palabras no sólo hubiéramos probado esa droga, sino que también ahí nos hubiéramos perdido. No sabía todo lo que sucedía con mis estudiantes. Y directivas y profesores pasamos por inocentes mientras había grupos carcomidos por el consumo de alucinógenos. Este fue un gran aprendizaje por parte de la joven que confesó su admiración por mis clases y además de hacerlo en medio de anfetaminas.

Siempre he hablado de la importancia del currículo oculto por parte de los educadores cuando se trata de hacer cosas innovadoras en el ámbito escolar, pero que no son incluidas dentro de los currículos clásicos que en ella se practican. Ciertas actividades que los maestros hacen en los colegios desde encuentros hasta meriendas bailables y rumbas de integración. En mis clases practicaba el currículo oculto, en clases de filosofía y Ciencia Política al incluir en los ejes temáticos aspectos que eran de formación para los jóvenes, que sabían que no eran de interés para mostrar en el currículo oficial escolar.

Las prácticas sociales y de vida que no son controlables a la luz de las disciplinas escolares, tanto de profesores como de estudiantes las llamo: "currículo oculto". Esas prácticas sociales y de vida nos llevan a aprendizajes. Luisa con sus compañeros tenían unas prácticas que reñían con la vida escolar, pero era parte de su vida. El currículo oculto son todos aquellos conocimientos, destrezas, actitudes y valores que se adquieren mediante la participación en procesos de enseñanza y aprendizaje y, en general, en todas las interacciones que se suceden día a día en las aulas y que nunca llegan a explicitarse como metas educativas a lograr de manera intencional" (Torres S, 1995). Esta experiencia que tomé a partir de la conversación con Luisa, fue una vivencia que logré más allá del currículo escolar y que vino a enriquecer mi currículo oculto en la relación con los estudiantes.

La filosofía y la ética deben enseñarse todos los días a pesar de que se perciba como tiempo perdido. Los discursos morales y éticos algo dejan y algo tomamos. No se preocupe profe, usted sí logró al menos motivar en nosotros un proyecto de vida desde la filosofía. Es más, me dijo: varias niñas del grupo llevaban ropa de civil para irse con los novios, incluso las que usted veía con cara de angelitas, eran las más comprometidas y se iban supuestamente para la biblioteca; no, ellas se iban con sus amigos a dar rienda suelta a sus deseos sexuales en moteles baratos de la ciudad.

Sin embargo, usted las tenía en el mejor concepto y ellas cumplían con todas las exigencias de la clase de filosofía. Creo que ese día supe que era necesario ser más cartesiano en filosofía. Confieso que tuve cierta desesperanza, porque me sentía engañado por los alumnos. La verdad, uno cree conocerlos, pero más allá del ser que tienes en frente hay un universo oculto que tan solo se puede imaginar. Aunque, de todas formas, sentí cierto alivio cuando ella reconoció que de no ser por las clases de filosofía y las lecturas de poesía, muchos de ellos se hubieran quedado anclados en las malas costumbres y los vicios, y de seguro hubieran sido un perjuicio para la sociedad

Después de esta experiencia en la conversación con Luisa, viví uno de los momentos más complejos ya casi al final de mi carrera docente. Todos los días llegaba con mi entusiasmo a las clases de filosofía y de esa manera esperaba la respuesta de mis jóvenes pupilos. Empecé a desubicarme en un grupo cuando percibía que un buen número de hombres y mujeres en mi curso se dormían y estábamos a las seis y treinta de la mañana, cuando uno llega de la plenitud del reposo del suelo y de la noche. Era director de este grupo y estaba muy fastidiado al punto que expresé que me iría y ya no sería más su Director de grupo. Salí un momento del salón a dar un respiro y cuando regresé encontré una boleta anónima sobre mi escritorio que decía: “requisé a Quintero para que se dé cuenta de las razones del sueño que padece este grupo. Llamé al joven aparte y le dije que sacara lo que tenía en sus bolsillos. Tremenda sorpresa me llevé cuando le encontré varios frascos de Poper, que era un frasco pequeño con una sustancia con olor a pegante, que para ese año estaba siendo consumida por los jóvenes en las discotecas de la ciudad.

Confesó quien era y lo llamamos a rectoría y requisamos su maletín escolar y allí tenía cantidad de este estupefaciente que estaba vendiendo en el colegio. El joven había llegado de otro colegio que lo había excluido por lo mismo, pero en su hoja de vida omitieron esto para que lo recibieran en otro colegio. El pertenecía a un grupo que estaba haciendo dinero en la ciudad con esta sustancia. Por este hecho llamamos al padre y le dijimos que debía someterlo a tratamiento médico por adicción a estupefacientes, y que debía responder por ser distribuidor de estos en el colegio. El papá lo retiro. Un aprendizaje que no termino adecuadamente.

Puede ser arbitrario dentro de los léxicos pedagógicos dar la connotación de currículo oculto esto comportamientos de los estudiantes. Creo que de estos aprende el maestro y advierte que no solo tiene vigencia en la vida escolar el currículo que él lleva juiciosamente, porque los estudiantes construyen saberes para su propia vida desde sus acciones juveniles. Maestro y discípulo buscan la convergencia en la verdad. Entre el maestro y sus discípulos existe una dosis sutil de intimidad y distancia: distancia dentro de la intimidad, e intimidad a pesar de la distancia. (Borrero, 1995). En aquellos asuntos en los que veía vinculación de grupos por fuera del colegio, siempre asumí una actitud vertical, y más cuando los jóvenes estaban siendo afectados por el consumo de alucinógenos. La escuela no solo es texto en las cuatro paredes, es además contexto social, y por ello debe tener aproximación con grupos que la permean desde afuera.

Abecedario para leer la dignidad humana

Recordar el lenguaje de la profesora de tercero de escuela con su trato inhumano, insultante y despectivo. Pero además, el haber tenido maestras que labraron mi espíritu amoroso a la escuela impidió que ese año tenebroso no hubiere destruido mi amor por la vida escolar. Las relaciones de poder que ostenta el maestro, con frecuencia le llevan a cometer excesos que afectan la vida de la persona y con mayor razón cuando se trata de un niño por su condición de indefensión en que se encuentra en la relación con el maestro. Tal como lo vengo sosteniendo ahí está la razón por la cual en los primeros grados de la escuela deben estar los mejores maestros.

Esta relación de poder se empieza a superar con el paso de los años cuando joven se atreve a reclamar sus derechos. En este sentido Freire nos ilustra: “ Sólo en la medida en que (el dominado) alcance a comprender, a sentir y a conocer su mundo particular, a través de una experiencia práctica de transformación colectiva del mismo, su pensamiento y su lenguaje ganarán un significado más allá de aquel mundo que lo dominaba (Freire, 1975).

Las labores del maestro en su cotidianidad escolar han de ser una coyuntura de aprendizaje mutuo, en donde ambos sujetos tengan encuentros con la palabra, la acción y la dignidad humana. El discurso y la expresión del rostro demuestran el grado de alegría que el maestro siente al ejercer su labor. No fui el mejor maestro, pero sí puedo decir con tranquilidad que amé esa oportunidad que me dio la vida de tener espacios con niños y jóvenes. Quizá esa relación de cercanía y alegría ha permitido que a mis años, ya en el retiro y dedicado a otras actividades, todo lo haga con inmensa alegría. La señorita Blanca sembró en lo más profundo de mí ser esa posibilidad soñada de un día ser maestro y tratar con afecto a esos seres que el sistema escolar ponía en mis manos.

Cuando uno visita un colegio, lo primero que ve en los patios es el cementerio de los pupitres, en los que se percibe la maldad de los alumnos que creen que destruyendo los enseres le cobran al colegio sus inconformidades. La mentalidad subdesarrollada lleva a este tipo de acciones y la escuela no ha alcanzado a convencer sobre la importancia de habitar en ella con dignidad; incluso las escuela de calidad en poco tiempo sufrieron deterioro, porque hasta para vivir dignamente se requiere ser formado y educado.

En mi concepto, en esta actitud tiene mucho que ver el maestro, quien ha de tener la imaginación y la creación para que los pupilos vean su colegio como algo propio. Nadie ama lo que no siente como propio y esa debilidad la viven alumnos y profesores. Muchos alumnos prefieren que les hablen o les digan cuándo no hay clase para alegrarse, pero en este sentimiento también caen los docentes que tan solo están por su salario y que han perdido la alegría para asumir su rol. Quizá hoy, desde afuera, en mi nueva vida percibo acciones equivocadas que yo mismo cometí y que las comento para dar una voz de aliento a los maestros que están en las aulas intentando construir sociedad. No es tarea fácil, pero quien tiene una chispa de alegría y de entrega es mucho lo que puede hacer. Ante todo un maestro no puede ser indiferente, porque con esta actitud contagia la indiferencia colectiva.

Cómo no recordar aquellos días de dialéctica en las aulas del colegio en donde tanto aprendí y algo enseñé. Recuerdo que en la cotidianidad del aula era riguroso en la forma como los alumnos mantenían su salón. Y al ingresar a clase, preguntaba: ¿cómo está ese espacio que ocupas en el aula? De inmediato cada estudiante se percataba que su lugar estuviera limpio para iniciar la clase con un elemento: el salón limpio para recibir alguna enseñanza. Con frecuencia les decía a mis alumnos, ustedes tienen derecho a ser felices y a vivir dignamente y el aula que es un espacio sagrado debe siempre estar dispuesta a albergar seres humanos con dignidad.

Los alumnos acogían esta iniciativa que puede parecer simple o quizá pueril, pero cada momento en el aula es una oportunidad de formar para la vida. No todos los maestros lo hacen; muchos llegan a clase y no se percatan ni siquiera de las posturas acogedoras o de rechazo que los alumnos manejan. Llegar al salón y apreciar a los alumnos dispuestos, acogiendo algunas enseñanzas como la dignidad para habitar la escuela y el aula de clase, es una buena oportunidad para sentirse maestro.

Y qué mejor para leer un poema o un cuento en la clase que un salón limpio; es posible que no tengan las comodidades y lujos que en otros espacios educativos se dan, pero la escuela ha de cultivar el principio de la dignidad humana, indicando a los jóvenes pequeñas ideas para vivir felices y amar el escenario en donde cultivamos el saber. Hay profes que no advierten esos simbolismos de los alumnos cuyas formas de rechazar las lecciones en una clase pueden ser el buscar que el salón se vea desagradable.

Normalmente los maestros terminamos en el olvido y somos memoria en la medida en que nuestros actos fructifiquen en las nuevas generaciones. Sabemos que en el Ministerio de Educación Nacional siempre aparece un tecnócrata que considera que los maestros son los culpables de todos los males del país, y ni siquiera se percatan de que ellos mismos pasaron por la escuela y las enseñanzas de un pedagogo. Como maestro de escuela, me llegué a sentar frente a un alcalde, estuve sentado al lado de un gobernador de Antioquia, cuando he intervenido en un auditorio, expreso con orgullo lo que soy, mi esencia. “maestro de escuela” Con seguridad en el gremio de los docentes pueden existir personas oscuras, marchitas, que demeritan la labor. Pero son individuos, no son todos.

La racionalidad del Estado ha hecho de los maestros robots que aplican decretos como autómatas, y en la celebración de su día ubican a algún maestro para regalarle una medalla y entonces los medios salen a decir que se homenajeó a los mejores maestros de Colombia. El día que los maestros conquisten la dignidad que representan, no serán necesarios los homenajes, porque la mejor gratificación para ellos será el día que florezca la esperanza en la conciencia individual y colectiva, y ese día no habrá medallas sino júbilo. La dignidad humana no es una lección que se aprende desde una cartilla, sino una práctica de vida que se construye desde la escuela. La dignidad humana no está representada en los enormes colegios bien pintados con laboratorios de alta calidad. La dignidad humana son las formas de vida que se sustentan en el diario acontecer de la escuela.

La escuela y la vida hoy

Quizá parezca un poco engreído este escrito, en el cual intento rescatar algunas escenas de mi vida de maestro; pero esto que cuento a los maestros de Colombia, lo hago con inmensa alegría, tal como lo he sostenido, para que este sea un acto motivador en aquellos educadores que con experiencias mejores y más significativas lo cuenten también, porque lo escrito prevalece y si lo plasmado en letras ha fluido desde la transparencia, desde el alma sencilla y humana de un maestro, servirá de ejemplo y de reclamo para que la profesión se dignifique de verdad. Las alegrías, los triunfos y los miedos son facetas de la vida de un maestro porque él es sencillamente un ser humano. Los colores de la escuela de hoy y sus abecedarios muchas veces se creen modernos, porque hay nuevos formatos curriculares. Esto no es así. La escuela de hoy puede estar envejecida y no lo advertimos.

Quienes llegamos a la educación muy jóvenes, llenos de hormonas y de alienaciones, devolvemos el pensamiento a esos pueblos y caminos que recorrimos para ir a sembrar semillas de cultura en la mente de los niños y jóvenes. Muchos de los que salieron de sus casas a lugares retirados nunca regresaron a compartir sus experiencias con compañeros y familia, porque la violencia se los llevó. Algunos no lograron trascender el cascarón del miedo que los incubó para ser maestros.

A veces, considero, que mientras el maestro siga siendo repetidor de discursos contradictorios con lo real y lejos del contexto social nuestra sociedad no tiene esperanza de cambio. Los maestros cuando no piensan la escuela más allá de su abecedario anacrónico de las cuatro paredes no logran formar ciudadanos con pensamiento crítico y consciente de su realidad

En los barrios de nuestra ciudad, en los campos de Colombia y en los grandes centros urbanos fue creciendo un monstruo aterrador que desprecia la cultura, la educación y la vida; el maestro sólo armado de una tiza ve cómo sus jóvenes estudiantes son cooptados por los grupos armados, quienes enseñan a matar sin escrúpulo. En los colegios de Medellín han caído asesinados jóvenes llenos de sueños, que apenas están empezando a vivir, y de ese dantesco cuadro de un joven en el piso, con su uniforme sobre un charco de sangre, a los maestros no nos queda sino la indignación y la incertidumbre.

El mismo Estado con su racionalidad perversa los convoca para reclutarlos en la guerra como informantes, porque los hijos de quien está custodiado o habitando la casa presidencial, sólo requieren que la guerra les asegure mejores condiciones económicas. El sufrimiento no toca a sus puertas como sí toca a la puerta de los humildes que alcanzan a involucrarse en grupos armados promovidos por el Estado. El actual gobierno, busca reinventar grupos privados de informantes para apoyar el Estado en su cacería de brujas. Involucrar a los jóvenes en las lógicas de guerra estatal, antes que estimular la educación, con inversión a la universidad Pública es una acción errada que nos pone a todos contra todos, y una sociedad sumida en el miedo no piensa en su devenir. La mayor esperanza para los pueblos que quieren abandonar los linderos de la premodernidad es la escuela.

Nuestro trabajo como maestros en la escuela es forjar mentes críticas para que logren develar la trama oscura que está detrás de los discursos de los políticos que hace 200 años gobiernan a Colombia. La muerte asedia la escuela, a ésta que debe ser respetada como espacio sagrado en donde el único lenguaje debe ser el del aprendizaje, y el amor por la vida. Podríamos escribir una historia de la educación en los últimos 20 años, y allí quedaría clara la manera como la escuela fue incluida como espacio para afianzar los caminos de la guerra. Durante mucho tiempo hemos visto cómo los barrios crecen hacia las partes altas con la llegada de nuevos habitantes desplazados por la violencia.

Los maestros hemos visto cómo las aulas de clase se tornan multiculturales por la presencia de niños y niñas de regiones apartadas de la ciudad. Negros, mestizos blancos, mulatos, forman una nueva armonía cultural en la escuela, y el maestro debe ser el artífice que interprete esta nueva realidad. El vallenato, el merengue, el reggaetón se apropian de los actos cívicos y culturales, y en los barrios los jóvenes protestan al ritmo del rap, y otros prefieren apoyarse en un arma para hacerse sentir ante la sociedad que los ha dejado solos.

Una luz de esperanza se dibujó en mi vida de maestro en los últimos 17 años de mi carrera como maestro. El Colegio en donde me estrené como docente de filosofía contaba con la humanidad de los dos últimos rectores con quienes laboré y eran un ejemplo de respeto por la vida, por el arte, la cultura y por los maestros. La parte lúgubre de mis otros escenarios de vida en las escuelas se torna luminosa con ellos que además fueron artífices de mi trabajo exitoso como maestro de filosofía y de mis currículos ocultos formando jóvenes para la libertad.

No todo está perdido la escuela sigue siendo la esperanza; como maestro de escuela allí viví las experiencias más maravillosas con mi abecedario de esperanza intentando construir caminos para avanzar hacia una sociedad feliz. He vivido para contarlo y lo escribo con la mayor esperanza de no morir, o al menos seguir desde esta autobiografía presente como maestro aunque ya no existan ni mis cenizas.

La acera del frente a la Universidad.

Las lecturas que a continuación se exponen, son las percepciones y prácticas de vida en la Universidad de hoy, en la que soy habitante, un ser viviente a veces otras anónimo y oculto en el ejercicio de escribir como el campo de batalla que me queda para develar lo que ella se practica. Es parte de mi autobiografía se acompañara de los escritos que develan las luchas que he librado día a día. Tal como escribo, así actúo; durante 27 años dedicado al mundo universitario, 7 de ellos a mi procesos de formación de pregrado y posgrado. Los demás transitando en contravía y enfrentando los simbolismos que la aculillan y la postran a los formatos y los llamados estándares de calidad, que a mi modo de ver son una forma de frenar el pensamiento y la controversia.

La universidad cambio su rumbo al convertirse en capacitadora, abandonando la educación en la que se formaban hombres y mujeres con criterio para la sociedad. El fin específico de la universidad no es capacitar, es educar. La capacitación no educa, instruye, enseña a operar, se ordena a la acción, al cómo hacer, es decir, a los resultados y la efectividad, y por lo tanto, a las técnicas y procedimientos que los alcanzan y aseguran. “La sustitución sofista “moderna” de la educación por la capacitación, de la teoría por el adiestramiento, está masivamente conduciendo a la “muerte” del pensamiento y a la disolución de la universidad” (Rivero, 2011).

La universidad como tal tiene su origen en Europa occidental, en las comunidades medievales a donde estudiantes y profesores llegaban para ahondar en el campo del conocimiento y de la erudición en temas tocantes con la época. La primera universidad se creó en Boloña a finales del siglo XI y a partir de ésta se fundaron y se multiplicaron otras, hasta llegar a lo que hoy somos: complejas organizaciones públicas o privadas cuyo papel esencial es profundizar de manera honrada y sistemática en los campos del conocimiento científico y de las artes. Esa tarea se ha ido destiñendo con el paso del tiempo, como resultado de la crisis que en todas las esferas de la sociedad se vive.

Soy testigo de la manera como se han trastocado los valores y el fin de la universidad a tal punto que en ella se han instrumentalizado los debates políticos, tornándolos como mecanismos de castigo o de estímulo, logrando con ello arrinconar la esencia académica de la universidad. Las universidades se han convertido en eslabones del engranaje político del Estado; son auditorios para construir tramas burocráticas, y para ello se agravia y se excluye a quien no sigue el ritmo en la sinfonía partidista. Y peor todavía: se han vuelto maquinaria que arroja año tras año una horda de tecnócratas sonámbulos, elaborados a imagen y semejanza de las necesidades del Estado, donde juega un papel fundamental la capacidad de sumisión.

Esta etapa de la vida con mis ojos ya cansados, con algunos asomos de capacidad para decir, escribir, protestar va llegando a su fin, al ser mi voz una y solitaria advirtiendo el debacle de la Universidad. Los estudiantes se movilizan para intentar hacer presencia como ciudadanos pensantes y el Estado les pone el cliché de terrorista y pone en marcha el plan de criminalizar la protesta popular.

En el espacio que me desempeñé como burócrata unas veces, como escritor profano en otras, al no ser un sujeto de sumisiones y arrodillamientos, siempre estoy en interinidad y mi cargo próximo a ser vacante. Pensar que las primeras universidades con maestros y estudiantes trasegando en aires de la libertad que luego pasaron al clero y al estado y fueron cooptadas, hoy van caminando en la misma dirección.

En los países que no han sucedido los linderos de *la premodernidad* la Universidad es un eslabón de control de las ideas y del pensamiento. Hoy, es impensable una nación moderna sin un conjunto de universidades, pues es ahí, donde se desarrollan todas las disciplinas científicas y una parte de las artes y donde, además, se prepara a las élites que servirán para administrar al Estado y a buena parte de las empresas privadas e instituciones culturales” (Rivero, 2011). La Comunidad Académica en las universidades ha perdido su norte; un extraño malestar las ha alejado de su objetivo central: la búsqueda sistemática del conocimiento mediante los instrumentos que tiene a su disposición cada disciplina para avanzar en las investigaciones propuestas y sus resultados para favor comunitario y, obviamente, conduciéndose con imparcialidad frente a su comunidad. Es verdad que la objetividad tiene sus problemas, y es casi imposible su logro, pero esto no puede ser razón que nos niegue al menos el intento por alcanzarla. Es en el intento en donde fluye la esencia del compromiso académico.

Huellas digitales. Vivir y existir

Nací en 1957 en Granada, Antioquia. Pueblo de negociantes, maestros y labriegos. Vereda el Chuscal. Tal como se lo decía el sacerdote a mi mamá, la riqueza de los pobres son los hijos, por ello soy hijo de Clemente Alzate y Ana Francisca. Soy el sexto de una camada de 12 hijos. Estudie en la Escuela del pueblo Jesús María Yepes de Granada, allí aprendí a leer con la ternura de la señorita blanca y a sumar y a multiplicar desde los fuertes golpes de la señorita Aura que castigaba mucho.

Estudie hasta Cuarto de bachillerato en el IDEM Granada, hoy Institución Educativa Jorge Alberto Gómez primer alcalde cívico que tuvimos, asesinado víctima del conflicto armado que allí se vivió. Curse los grados decimo y once en la normal de Granada regentada por las hermanas franciscanas en los años 1975 y 1976. En donde éramos juiciosos y piadosos a Francisco de Asís.

Me gradué como Normalista Superior con el título de maestro en el año de 1976, día feliz, porque muy pronto sería maestro de escuela y enseñaría a leer a muchos niños. Ese era mi anhelo. 1977 empecé como maestro de escuela en la Escuela Rural Fray Martin de Porres del municipio de Segovia. Allí di mis primeras clases como maestro y enseñé las primeras letras a niños del campo y baharequeros que trabajaban con el papá sacando oro de manera artesanal del rio. 1979 fui trasladado al casco urbano de Segovia a la Escuela Domingo Savio. Allí aprendí con los estudiantes a ir a las minas a buscar oro para mejorar mis ingresos como maestro. 1982 fui trasladado al municipio de Envigado a la vereda el salado como maestro de escuela de todas las áreas en grado quinto elemental.

1983 trasladado al barrio popular 2 de Medellín trabajé con comunidades pobres en barrio con serios problemas sociales. 1984 Inicie estudios universitarios Para ser Licenciado en Historia y Filosofía. 1988 me graduó como licenciado en historia y filosofía 1989 inicio como profesor universitario en la cátedra de filosofía de la historia en la Universidad Autónoma en el programa del cual había egresado. 14 años como docente universitario 1990: curso el posgrado de Cultura política y Derechos Humanos 1989. Paso a ser Director de Extensión Pedagógica en la Universidad Autónoma.

De la escuela a la Universidad la escritura como resistencia

Llegué a la Universidad en 1984 pleno momento de violencia en el país. Agobiado por la persecución que había contra las organizaciones sindicales y populares; antes de terminar mi licenciatura fueron asesinados Luis Felipe Vélez Herrera, Héctor Abad Gómez y otros líderes defensores de Derechos Humanos con quienes compartí de cerca. Mi época de militancia política estaba en todo su furor y era necesario abrir nuevos frentes de lucha o reanimar algunos que estaban apagados o acorralados por el miedo.

Durante la carrera para ser licenciado fui activo en las luchas internas de la universidad y llegué a ser miembro como estudiante y como profesor de los dos órganos de cogobierno: consejo de facultad y Consejo Superior. Participé en la creación del primer posgrado en derechos humanos que se creó en Colombia con estructura académica formativa en el campo de la cultura política y la pedagogía de los Derechos Humanos. A la par que participaba en las fiestas de la legalidad institucional, trabajaba con docentes y estudiantes en la creación de una revista que diera cuenta de las otras miradas de los procesos académicos y a la vez propuestas para lograr la formación de profesionales con contextura crítica social, capaces de entender las realidades en el medio donde se fueran a desempeñar.

A los seres humanos que nos asumimos en el mundo de las preguntas y que ubicamos las laderas del pensamiento para darle sentido a la vida, pero además parado en la utopía en cuanto a imaginar cada espacio como opción de búsqueda de una sociedad con niveles de justicia social, se nos percibe como solitarios transeúntes en contravía. No queda duda que la Universidad de nuestro tiempo, lo que hace es institucionalizar el conocimiento y ser apéndice del capitalismo garantizando profesionales idóneos, responsables, y dóciles. Para llegar a obtén este profesional, competente, adaptado y domado es el de una modalidad de educación que en sus formas, diseños y metodologías desconoce al sujeto en las dos dimensiones más propias de sí: el deseo que lo habita y el pensar como rasgo propio (González, 2019).

Al ocupar espacios universitarios hay tres opciones posibles: desde la capacidad de controversia y asumiendo posturas críticas con argumento; asumiendo estrictamente el manual de las funciones que se le asignan; siendo funcional sumiso y silencioso. Quienes optan por la primera opción, nunca serán los elegidos y su permanencia está sometida a la capacidad de tolerancia de quien tiene el poder. En esencia la tolerancia no es de los súbditos sino de los poderosos. En mi caso he sido tolerado, pero a la vez sancionado, pues siempre se me redujo a lugares secundarios de decisiones institucionales.

Ello lo entiendo perfectamente. Ese camino lo elegí y así terminó mi trasegar por los pasillos universitarios. Los textos publicados y los escritos frecuentes dan cuenta de ello y algunos serán guía en esta autobiografía. Tal como escribo, así actúo; durante 27 años dedicado al mundo universitario, 7 de ellos a mi procesos de formación de pregrado y posgrado. Los demás desde la controversia enfrentando los simbolismos que la aculillan y la postran a los formatos y los llamados estándares de calidad, que a mi modo de ver son una forma de frenar el pensamiento y la controversia.

En mi concepto, la universidad cambió su rumbo al convertirse en capacitadora, abandonado la educación en la que se formaban hombres y mujeres con criterio para la sociedad. El fin específico de la universidad no es capacitar, es educar. La capacitación no educa, instruye, enseña a operar, se ordena a la acción, al cómo hacer, es decir, a los resultados y la efectividad, y por lo tanto, a las técnicas y procedimientos que los alcanzan y aseguran. La sustitución sofista “moderna” de la educación por la capacitación, de la teoría por el adiestramiento, está masivamente conduciendo a la “muerte” del pensamiento y a la disolución de la universidad” (Rivero, 2011). La educación es el territorio de la universidad, al abandonarlo se convierte en el lugar que salen hombres y mujeres capacitados con un título, pero no educados para entender las complejidades de la sociedad en la que están inmersos. Las medidas del Estado al poner a la Universidad en cumplidora de formatos la llevaron a la postración. Ya no se habla de comunidad académica universitaria, sino de estudiantes capacitados en temas puntuales.

Cada Universidad ha de adecuarse a estándares que exige el Estado, por ello ni siquiera ha de buscarse culpables más allá de las oficinas en donde los tecnócratas construyen el modelo de Universidad que se impone obedeciendo a lineamientos de orden internacional desconociendo la realidad del país. En mis escritos he dedicado dos libros a estos análisis de la Universidad:” La Universidad sumisión y silencio” “la Universidad condicionada y plana”. El primer libro lo construí como respuesta al acorralamiento a que fui sometido en la Universidad al tratar de ser una voz disidente que exponía preguntas sobre rutas emprendidas por los directivos, así mismo por atreverme a cuestionar las practicas no éticas en el nombramiento de docentes.

Soy testigo de la manera como se han trastocado los valores y el fin de la universidad a tal punto que en ella se han instrumentalizado los debates políticos, tornándolos como mecanismos de castigo o de estímulo, logrando con ello arrinconar la esencia académica de la universidad. Las universidades se han convertido en eslabones del engranaje político del Estado; son auditorios para construir tramas burocráticas, y para ello se agravia y se excluye a quien no sigue el ritmo en la sinfonía partidista.

Y peor todavía: se han vuelto maquinaria que arroja año tras año una horda de tecnócratas sonámbulos, elaborados a imagen y semejanza de las necesidades del Estado, donde juega un papel fundamental la capacidad de sumisión. Quizá mi llegada tardía a la Universidad, después de haber cruzado los umbrales del miedo en la barricada y la protesta popular derivó algunos atisbos de romanticismo que debe cimentar y cultivar quien pasa por un claustro universitario.

Creo que la experiencia de mi vida al lado de docentes parados en un horizonte crítico en el pensamiento universitario cuando me formé como licenciado en Historia y Filosofía fue la razón que llenó de argumentos académicos mi primera opción de vida forjada al fragor de las luchas populares y el ejercicio contestatario. Mi primera intención al llegar a la Universidad era reactivar las luchas estudiantiles, que habían empezado en declive quizá por los temores que suscitaban las medidas de los gobiernos penalizando los líderes populares, incluso muchos de ellos fueron asesinados.

Confieso que mi intento fue fallido, visitaba los salones de clase para convocarlos a marchas, y en algunos casos se me daba la espalda, como acción simbólica con la que me decían: “no nos interesa”. Ante esta indiferencia, pensé cuál podría ser la estrategia para sacar del marasmo a los estudiantes y profesores de la Universidad que había elegido por su trayectoria histórica fundacional con hombres y mujeres que a pesar de los ataques del clero y la política tradicional la habían logrado.

Asumí mi tarea como estudiante juicioso pero sin dejar de lado mis aires de libertad y lucha por una sociedad más justa. Entregaba mis trabajos a tiempo, y me interesé por la lectura y la escritura. Era necesario ponerle orden a tanto caos que habitaba en mi mente y empecé a diferenciar: “el ser del deber ser”.

Una cosa eran mis insistencias por la lucha en la que estudiantes, obrero y maestros reclamaran sus derechos, y otra era mi reto frente a mi formación como licenciado. Las aulas de clase estaban infiltradas por gendarmes de la policía que buscaba capturar a líderes subversivos para eliminarlos o llevarlos a prisión. Se notaban muy pronto aunque intentaran camuflar su vocabulario de guerra. En mi caso recuerdo que en el semestre que cursaba hubo uno de ellos vigilando mis acciones e intervenciones.

Para sorpresa, él había manifestado a otros compañeros que yo era considerado como un sospechoso líder subversivo hasta que lo desenmascaramos en una clase de Psicología, para lo cual el profesor estaba también interesado, al considerar el espionaje académico un acto de irrespeto con la universidad y el pensamiento. Así lo hicimos, y él mismo se desenmascaró al decir que estaba por orden de la brigada detectando líderes estudiantiles que podía ser amigos de la subversión. En ese lo increpé duramente delante del grupo. Él se ausentó y no regresó a clase, pero a los quince días en las afueras de la universidad fui abordado por civiles que intentaron subirme a un vehículo, a lo cual me resistí. Me patearon en el rostro y perdí dos dientes pero quedé vivo para contarlo. Creo que de esto me quedó una enseñanza, en cuanto a la prudencia y el sigilo para asumirme en mi vida de estudiante y luchador popular. Cambié mis rutinas y me dediqué con mayor entusiasmo a las clases, y al debate académico y formativo el cual con mínimas excepciones fue de absoluta libertad; los profesores animaron siempre la controversia y esto posibilitó un respiro a las ideas de avanzada que habían entrado en retirada.

Si había que incluir en mi alfabeto anarquista, una nueva mirada pensando en los órganos de gobierno de la institución con campaña política y con propuestas que eran estrictamente legales y los que manejaban el poder, incluido el nombramiento de rector, hacia estos espacios me enlisté con mis ideales puestos en la legalidad. Como estudiante estuve dos periodos en el Consejo de Facultad y uno ya como representante docente, y en el Consejo Superior estuve uno como estudiante y uno como profesor.

Siempre manejé criterios de autonomía a pesar de los intentos de cooptación que cada rector tenía para hacer aprobar sus propuestas. En cada órgano de gobierno defendí a los estudiantes cuando fui su representante y a los profesores cuando fui elegido por ellos.

Creo que en muchos casos el Rector de la época, llegó mantener posiciones de más avanzada que los mismos miembros del cogobierno. Era extraño ver a un rector pidiendo que no se aumentaran tanto las matriculas para que en nuestra Universidad pudieran estudiar aquellos de pocas posibilidades económicas.

Esta etapa de la vida con mis ojos ya cansados, con algunos asomos de capacidad para decir, escribir, protestar va llegando a su fin, al ser mi voz solitaria advirtiéndome el debacle de la Universidad. Los estudiantes se movilizan tal como lo he venido sosteniendo para intentar hacer presencia como ciudadanos pensantes y el Estado les pone el cliché de terroristas y pone en marcha el plan de criminalizar la protesta popular. Pero hasta el último momento de mi vida sustentaré mis argumentos intelectuales y académicos por una Universidad de cara a la sociedad.

El análisis académico de los problemas sociales y, en particular del poder, en la medida en que es fiel a su esencia, tiene que ser insubordinado y chocar con el interés del político. (Rivero, 2011). En el espacio que me desempeño como burócrata unas veces, como escritor profano en otras, al no ser un sujeto de sumisiones y arrodillamientos, siempre estoy en interinidad y mi cargo próximo a ser vacante.

Las primeras universidades con maestros y estudiantes trasegando en aires de la libertad es cosa del pasado, la mayoría de ellas pasaron al clero y al Estado y fueron cooptadas, y las normas que se expiden para regularlas lo que hacen es quitarle los asomos de autonomía que en un momento tuvieron. Incluso las Universidades que se gestaron como conquistas populares han sido sometidas a exigencias de calidad, so pena de perder el derecho a existir.

En los países que no han superado los linderos de la premodernidad la Universidad es un eslabón de control de las ideas y del pensamiento. La Universidad siempre será el lugar, donde se desarrollan todas las disciplinas científicas y una parte de las artes y donde, además, se prepara a las élites que servirán para administrar al Estado” (Rivero, 2011).

He hecho aportes desde la investigación con análisis importantes sobre la Comunidad Académica, pero esto es otro esfuerzo inútil. Las Universidades solo tienen estudiantes y egresados desde esta lógica ligera logran la aceptación, siempre y cuando tengan en los espacios de poder Burócratas o congresistas que son los intermediarios para alcanzar las acreditaciones en alta calidad. Pero el poder político está en las universidades y es a ellos a quienes molestan los estudios que develan la postración: “Todo análisis académico de lo social, sea radical, conservador o se encuentre en el medio, resulta incómodo para el poder político.” (Rivero, 2011).

He librado desiguales batallas al enfrentar el determinismo político que está por encima de la razón intelectual y académica de la universidad. Con contadas excepciones esto sucede en el país. Y se ve como algo natural, o sea que un intelectual con producción académica y con propuestas novedosas si no tiene la carta del político que le apoya difícilmente llega a un cargo de importancia o ser contratado como docente de tiempo completo con todos los derechos. Soy testigo de excepciones por el respeto a la producción intelectual, como es el caso de la Universidad en la cual culmino una maestría en Educación, que no es propiamente en la que me he formado en pregrado y posgrado, además donde he sido docente y Director de unidad Académica.

Mi propia Alma Mater de la que soy egresado ni siquiera respondió una carta en la que planteaba mis estudios de posgrado en Educación y Derechos Humanos para que se reconocieran algunas áreas ya cursadas y la pertinencia de los libros publicados con la impronta de la defensa de los Derechos Humanos. No insistí y me remití a otra universidad que tenía esta línea de formación, además clerical y fui de inmediato aceptado con algunas homologaciones que por ley puede reconocer desde su autonomía la Universidad. He cursado los semestres y áreas faltantes y además he sido tratado como ser humano y como profesor con aportes intelectuales, además de sentirme reconocido por mis logros académicos.

En mi proceso formativo y de aportes a la Universidad, he advertido cierto desgano por lo intelectual lo que llega tornarse como algo “cultural “ incluso los gobernantes estigmatizan y relacionan al intelectual con el enemigo del Estado; muchos escritores y artistas son mirados con desconfianza, y en no pocos casos han sido perseguidos.

Muchos de los rectores que hoy llegan a las universidades no son el resultado de un concurso serio y transparente, ni mucho menos el resultado de una hoja de vida académica intachable, sino la imposición mediante la maquinación de los partidos políticos y su pago de favores.

He sido insistente en cuanto a demostrar que los intereses de la política y la academia no compaginan, porque quienes ejercen o buscan el poder, parten de un diagnóstico de la realidad que le sea útil como instrumento para legitimar su posición y deslegitimar a sus contradictores.. Lo que cuenta es de qué manera perjudican su interés político, y si son o no útiles en la lucha por el poder. El político por lo general, tiene plasmado en su esencia de vida lo baladí del principio de la verdad. Todo análisis académico de lo social, sea radical, conservador o se encuentre en el medio, resulta incómodo para el poder político (Rivero, 2011).

Sobrevivir a la Universidad de nuestro tiempo habitando en ella defendiendo las razones de su existencia en cuanto a su necesario vínculo con la sociedad no es algo sencillo. La pérdida de horizontes de la Universidad lleva a que sean estorbosos los intentos que se hacen por rescatarla de su anacronismo y sometimiento a los dictámenes del capitalismo internacional. Las marchas estudiantiles en Colombia cada año son la muestra de inconformidades que el Estado despacha como “manifestaciones con infiltrados”

La escritura: un brebaje contra el tedio

Al llegar a la Universidad agotado y con las cicatrices de la lucha callejera acompañado a obreros y a estudiantes, y con el cliché de militante político de la organización sindical de los maestros, con tareas pendientes para reanimar movimientos de lucha desde la academia como espacio de combate; intenté dar pasos y construir un nuevo escenario de lucha. Tal como lo he sostenido, para la época fue un acto fallido, puesto que las acciones del ejército, policía y fuerzas secretas habían diezimado al movimiento social en Colombia tal como sigue sucediendo, de tal manera que no era posible la lucha legal. Basta con ir a la prensa de la década del 80 al 90 para darnos cuenta del oscuro panorama que se vivió.

Con juicio y controlando mis aires de rebeldía me asumí en el mundo académico universitario acogiendo a plenitud las orientaciones de los profesores, una pléyade de docentes librepensadores, que no vacilaron en estimular mis iniciativas por lograr órganos de divulgación del pensamiento universitario. El Círculo de Humanidades surgió al fragor de los debates de clase con estudiantes inquietos y algunos profesores que veían con entusiasmo las iniciativas de párvulos del conocimiento. Creo que los profesores que tuve el privilegio de escucharles en mi formación universitaria sabían que: mientras más se busque la posibilidad de una realización humana de las gentes que se quiere educar más se estorba al sistema. (E Zuleta, 1995).

Paradójicamente, el estudiantado antes que ver de interés la convocatoria a marchas o a protestas, se animaban al ver una publicación, así fuera en un plegable, incluso en textos que se trabajaban todavía en estencil, que al día de hoy esta era una forma de publicar rudimentariamente en serie comunicados y trabajos académicos. Con un grupo de estudiantes y algunos docentes logramos sacar la primera revista del “Círculo de humanidades”, todo financiado por el grupo. Y así llegamos hasta la Revista Número 38 con temas fundamentalmente de Filosofía. Luego fue institucionalizada, la asumió la Universidad como una publicación propia. Hoy va en la Numero 38, asumiendo los formatos de la indexación y el grupo Círculo de Humanidades está inscrito en Colciencias, aunque siempre ha estado bajo sospecha y se opaca su existencia.

Solo para aves de igual plumaje.

Nos soy optimista frente a la Universidad de nuestro tiempo que hizo de los intelectuales seres amorfos sin horizonte, al someterlos estrictamente a los formatos. Un docente estructurado, con argumentos y posturas dignas si no se asume en los formatos, no existe. Creo que eso ha sucedido con mi proceso en la Universidad. Asumo con total tranquilidad las exclusiones, si ello ha sido el resultado de mis posturas con criterio; otra forma de actuar sería impensable porque burocratizado y silenciado no podría pensar con libertad.

Aunque la Universidad habla de intelectuales y académicos, en esencia son los personajes que más pueden estorbar a sus maniobras burocráticas. Los serviles son los que acarician el éxito. La educación mientras más tenga una mentalidad "técnicamente lacayuna" más éxito tendrá. (Zuleta, 1995).

El intelectual con su famoso tábano socrático que hace preguntas para las que casi nunca tiene respuestas, o que dice siempre lo que los otros no quisieran oír es impensable imaginarlo en la Universidad de nuestro tiempo. Es paradójico estar inmerso en procesos educativos en la Educación Superior y tener una mirada tan pesimista, pero no se puede ser romántico ante directrices demoledoras de orden Universal que se tomaron por asalto la universidad en todo lugar.

Ya no es la Universidad la tea que ilumina el pensamiento sino las multinacionales que dicen qué es lo pensable y qué no. Los procesos que hoy exige el Ministerio a las Universidades no son fruto de su creación y su autonomía académica sino copias de modelos extranjeros que se aplican en nuestro país al pie de la letra.

Desandando los pasos en la Universidad, he logrado el ejercicio de mirarme a mí mismo en mi proceder. No queda duda que mis actuaciones son por lo general de rebeldía y de no sumisión. Cruzo semáforos en rojo con mi pensamiento que siempre crea incomodidades. Creo que escribir para dejar las cosas tal cual pone en riesgo al escritor en quedar en la categoría de un "cagatinta".

De eso estoy seguro me distancio, porque mi pluma no es pregón de zalamerías ni de elogios a nadie. Escribo para no dejar las cosas tal cual. En otros tiempos la Universidad y la vida intelectual tenían coincidencia. En nuestro tiempo: por el contrario, ha sido solo un componente parcial de ella, y lo más vivo y creador ha transcurrido al margen de esta." (Marías, 1953)

La franqueza para caer en el vacío

Puedo decirlo con franqueza, que mucha parte de mi modelo de trabajo en la Universidad se inspiró en la mayoría de profesores que tuve en mi formación en Filosofía e Historia. Menciono este nombre con el respeto y la admiración que le profesó, y un ejemplo luminoso para quienes nos formábamos como Licenciados. El maestro Felix de Bedout Gaviria, humanista e intelectual consagrado. Sus clases eran un monumento a la sabiduría, pero además a la humildad y a la sencillez.

Pienso que de él y otros brillantes profesores, obtuve una herencia valiosa que he intentado retomar para mi vida académica; su forma sencilla y diáfana de compartir los saberes me da aliento y argumentos para ser insistente en cuanto a las imposturas académicas de la universidad de hoy. El maestro Félix de Bedout Gaviria como maestro con sus silencios, sus pausas, sus expresiones puntuales, su letra impecable y manejo ordenado del tablero, además de la invitación a la lectura más que a hacer tareas siempre estará presente en mis pasos por el mundo intelectual.

Ningún saber es comunicable desde la arrogancia, nada más reprochable que alguien con poses de académico pero lleno de vacíos. De esos era cuidadoso el maestro de Bedout. Si renunciamos a esta perspectiva, por descuido o por ensimismamiento, nuestro mensaje no será atractivo, ni tampoco aceptado (Perrujo, 2009).

He sido insistente en cuanto a que los títulos cartones y pergaminos no hacen al profesional, a lo sumo lo avalan legalmente para ocupar un espacio en el mundo de la academia. En nuestro medio es común ver a los acartonados en una trinchera, con tapabocas y desinfectantes para no contagiarse del común de la sociedad. Tremendo absurdo la contradicción que se instaura entre humildad, sencillez y el mundo de los investigadores, académicos e intelectuales. Estas posturas a veces irónicas fueron creando humedales de rencor en los espacios en donde me he proyectado intelectualmente, y casualmente he sido reemplazado en unidades académicas exactamente por figuras acartonadas pero sin asomos de formación como docentes, que en mis palabras los he llamado impostores. La docencia como impostura es un acto de naturaleza fraudulenta basada en la mentira, como tal, negadora de la esencia de la educación. (Rivas).

He sido consecuente en lo que digo, lo que escribo y hago sobre la defensa al maestro, el ejemplo dado por mis maestros fue el desprendimiento con los saberes, a diferencia de los acartonados, que van dando porciones de sus saberes con alto grado de mezquindad. Un docente integro ni siquiera guarda en su haber la satisfacción justa de ser reconocido, porque conoce las medidas de la sencillez y la humildad. No se molesta porque se le diga maestro, omitiendo otros honorables títulos que puede tener: Magister PhD etc., porque el derecho de llamarlo así pertenece a otros. Por lo general los grandes intelectuales y humanistas no hablan desde sus cartones, porque su palabra es el argumento y es suficiente para que quienes estén cerca se enteren que están frente a un ser humano que se maravilla de compartir los saberes con serenidad y sencillez.

Hoy tenemos en el mundo académico: maestros, dictadores de clase, catedráticos y entre ellos impostores. La enseñanza que me queda es: de los maestros y de ello intento tomar sus enseñanzas, las escribo con fecha y hora y las leo con frecuencia. Con los impostores, ya no me detengo a discutir; normalmente son narcisos e iracundos que se asumen como portadores de la verdad.

No se replica de ellos un buen aprendizaje. Por ello, el impostor de la docencia al deshumanizar al estudiante le sustrae la esencia de la educación que es la búsqueda de perfectibilidad humana en el acto de trascender en el saber y en el poder ser. (Rivas).

Ser humilde incluso luego de recibir singulares elogios, constituye un signo de madurez y profesionalidad. A esa prudencia valdría añadir que ser humilde, no significa menospreciarse, sino aceptar que se es bueno (a) para ciertas cosas y recibir cortésmente un cumplido. En cualquier contexto, el reconocimiento espontáneo, reconforta. El mismo Sócrates admitió que no puede haber sabiduría sin humildad. En este sentido la humildad consiste en callar las virtudes propias y permitir a los demás descubrirlas. A una persona que habla demasiado, interrumpe a todos y presume de lo que tiene, puede aplicársele el viejo proverbio: "Cuanto más vacía viene la carreta, mayor es el ruido que hace". Nadie está más vacío que aquel que se encuentra lleno del "yo mismo". En los auditorios como conferenciantes se identifican los impostores con sus lenguajes cargados de sentimientos pero en las prácticas de su vida son seres llenos de su propio egoísmo.

En los últimos procesos de formación que he asumido, he tenido la oportunidad de oxigenarme en otros espacios conociendo nuevos discursos y prácticas profesoras. Desde mis altibajos para adecuarme a los rigores de escucha en cátedras y exigencias de forma y fondo en mis escritos he tenido la oportunidad de escuchar a docentes jóvenes con discursos de texto y de contexto en el ámbito educativo. Con cada uno de ellos he tenido la cercanía de la palabra y la orientación puntual. Creo que es más difícil en mi caso desaprender cosas que he construido que para ellos decirme que debo asomarme a nuevas miradas del mundo académico. Lo he asumido con todo respeto, y todo lo hago para no dejar tareas iniciadas en la tarde de mi vida.

En el nuevo espacio académico de formación que me acogió he tenido la oportunidad de sentarme a la mesa con varios de los dignatarios de los procesos académicos y he visto la manera como comparten con sencillez con estudiantes y empleados de la Institución, a veces percibo cierto grado de familiaridad. Estoy seguro que muchos de ellos tienen condecoraciones y distinciones en su devenir intelectual pero guardan una postura tranquila y afable. Ellos entienden que, todo premio humano resulta mezquino, cuando se da a partir del exceso de halagos.

Los laureles y logros personales deben ser presentados en el instante adecuado y de manera muy breve, pero solo cuando la situación se preste para ello. Las deformaciones y egoísmos de los docentes se transfieren a los estudiantes cuando se deja entrever la mentira. Se aprende a falsear y a hacerse deshonesto por conveniencia frente a la autoridad fingida. El engaño descubierto de un falso profesor produce aprendizajes modelísticos que se reproducen metastásicamente en sus discípulos. (Rivas).

He vivido una época de retroceso en el ámbito universitario, porque ya no es la Universidad que mayor presencia social tiene la que logra los estándares de calidad y reconocimiento ministerial, sino aquella que tiene en sus filas a docentes expertos adiestradores y un número importante de empleados que atienden a la clientela desde formatos. Los nuevos profesionales y académicos en su mayoría egresan ignorantes de la realidad social que les circunda, ya que el país social en el que vive ni el contexto del lugar en que se forma es asunto de interés. Solo teorías para asomarse al mundo.

Las narrativas autobiográficas de este trabajo se enfocaron en gran medida a la vida de un maestro escuela, sin embargo, al ser el mundo universitario otro escenario transitado, es importante dejar constancia de experiencias vividas, que a la vez sean propias para mirar la Universidad desde lo que es más allá de las cercas que la separan del ruidoso tumulto social. Con asombro he visto situaciones que van en contradicción con la esencia misma de la Universidad, sin embargo son vistas como algo normal y cotidiano, dado que es la lógica que aplica a mentalidades extraviadas que la rigen.

En el lugar que dedique parte de mi vida a la Educación superior, he asumido de principio a fin una postura con criterio y así mismo lo escribo, lo argumento y lo sustento sin temor; pero una de las sanciones por mis posturas ha sido la exclusión voluntaria del contacto con estudiantes y cierto veto a mis cátedras de Historia y filosofía, pero igual sucedió con otros docentes que se salieron de los linderos del control ideológico institucional.

Creo desastroso cuando una Universidad hace de la docencia a una práctica que en la que se despliegan asuntos por conveniencia individual para vegetar en la realización de un trabajo que le depara una forma de vida para sobrevivir laboralmente. Este caso expresa un desempeño de lo académico como un negocio de vida sin medir las consecuencias de un ejercicio enseñante que no enseñará nada porque solo se aprende desde el cultivo y amor por el saber y la internalización de significados contextualizados y aplicables (Rivas).

Mis contradicciones en la esfera universitaria se han dado porque, considero la investigación, la docencia y el mundo académico en general como espacios para ser habitados con modestia, dignidad y criterio. He sido incisivo al advertir que cuando esto no se logra, la formación de mejores seres humanos fracasa y la Universidad se convierte en una fábrica de expertos en temas puntuales y no de profesionales para una sociedad que los requiere. Las exclusiones que he vivido en el ámbito universitario las he asumido con toda tranquilidad, y entiendo que aquel que no se oculta en imposturas para prevalecer corre el mismo riesgo.

En mi caso nunca pondré mi integridad intelectual al servicio de imposturas, y creo que ya en mi vida no hay nuevas alboradas como para pensar que sería posible rehacer mis posturas frente a lo que pienso del mundo universitario; tal como lo he vivido así lo expongo, y es la realidad de la Universidad en la que me formé, pero esa realidad se vive en la mayoría de universidades colombianas.

Desde el momento en que una Universidad forja su cuerpo docente con seres autómatas sin criterio y dignidad, sin ningún respeto a su integridad intelectual y solo con capacitadores no como educadores, el profesional que egresa es un ser sin principios y sin criterios. La dignidad humana es un asunto de la vida pero también se aprende y como estudiante el ejemplo del profesor tiene mucho que ver con el proyecto de vida de los que son o fueron sus discípulos. Si alguien como docente soporta en su vida reglamentos o cánones que denigran su dignidad humana jamás podrá reflejar desde sus discursos alientos por una vida digna en quienes le escuchan. La única alternativa que a mi modo de ver permite el surgimiento de comunidad académica es desde el respeto a la libertad de cátedra y la organización del profesorado como cuerpo intelectual que defiende sus derechos.

Desde mi vida universitaria he sido un acérrimo crítico de aquellos docentes que andan con su paquete de diplomas, títulos para impresionar auditorios y aculillar a los estudiantes. Los que más se auto-elogian son los más propensos al fracaso. He visto salir de la Universidad a muchos profesionales doctos de universidades nacionales y extranjeras, porque fracasaron en sus cátedras o trabajos de investigación que se les asignó. Los cartones a los que tanto el Ministerio de Educación Nacional como las Universidades con los que su cuerpo académico acredita la formación no son la garantía del éxito de sus programas. A veces he pensado que a los párvulos de doctorado hay que ponerlos en una temporada de aterrizaje de sus saberes en la Universidad en la que son aceptados. Ese fingimiento por lo general lo pagan caro cuando salen de los cargos sin pena ni gloria. Un docente investigador y académico consagrado, poco esfuerzo hace por auto-plantarse laureles en su figura, o lo hace cuando requiere plantear algún experiencia; en este sentido no malgasta el tiempo contando lo que es, y más bien aprovecha para enunciar con tranquilidad los alcances de su saber.

La modestia es el lenguaje del maestro, la soberbia es el lenguaje de quien poco sabe para impresionar más. En mi caso he sido juicioso lector de la obra de Paul Taborí: “historia de la estupidez humana” y con disimulado silencio leo los cuadros de estupidez de los discursos y prácticas en la vida universitaria, y con más cuidado aquellos en los que a pesar de mis cuidados sigo cayendo.

Cuando asistimos a un auditorio con renombrados conferencistas, se detecta de inmediato, aquel que viene por ostentación y aquel portador de saberes; la verdad es que en los auditorios están presentes personas que buscan solución a inquietudes y no solucionarles problemas a nadie. La sencillez y la humildad han de ser ese puente que une a un auténtico investigador con la gente. La sabiduría campesina nos dice: “La espiga vacía se mantiene recta, pero la llena de frutos se inclina humildemente”.

También se percibe falsa modestia en los investigadores y académicos que se pasean hoy por la academia, y esto, no es más, que una forma disfrazada de excesivo orgullo. Es necesario desconfiar de todo aquel que en los auditorios se esfuerza por dejar notar modestia en lo que dice, porque sin lugar a dudas su soberbia está oculta cual veneno letal en el alma. Pero hay algo más grave, cierto grupo de soberbios doctos recorren los auditorios con pequeñas porciones de saberes que tiene en sus testas para recorrer muchos lugares con algo diferente. Cierta grado de mezquindad con del saber es también temor a nuevas búsquedas. La manera más primitiva de acaparar el conocimiento es negarse a compartirlo, tapiar las puertas y ventanas por donde la gente común puede asomarse a los hallazgos de la secta privilegiada (Serna, 2000)

Esa excesiva confianza de los presumidos académicos y docentes investigadores, les lleva con frecuencia a sentirse superiores cuando empiezan a pontificar sobre un tema en una conferencia porque tienen la plena seguridad de ser los que más saben de determinado asunto, y esto muchas veces lleva al fracaso, porque en el auditorio pueden existir personas que pueden saber también sobre lo expuesto. Algunos intelectuales creen que la cultura, por su propia naturaleza, siempre será un círculo de acceso muy restringido y en consecuencia, no vale la pena empeñarse en divulgar lo que la masa jamás comprenderá.

Saben, sin embargo, que algunos intrusos pueden meter las narices en las disciplinas bajo su custodia, y para mantenerlos a prudente distancia, procuran oscurecer más aún su lenguaje cifrado, con el secreto afán de que ningún lego ose profanarlo. (Serna, 2000). Hablar de manera rebuscada y escribir de manera oscura es un ejercicio propio de la mezquindad intelectual. A veces asistimos a una conferencia de un tema específico para aclarar algunas dudas y nos quedamos en las mismas. Algo sucede en los discursos.

La docencia Universitaria sin maestros.

No motiva esta autobiografía dejar constancia de un cumulo de anécdotas vanidosas sobre pasos dados en la vida, o de un trasegar en espacios laborales, cumpliendo horarios y en disputas con autoridades legales. Este ha de ser ante todo un ejercicio que permita algunos hallazgos propios para el debate en el complejo mundo de la enseñanza ya sea en las tareas de un maestro de escuela, en las enseñanzas en los colegios en áreas específicas, en el mundo universitario ya sea desde la condición de profesional, magister o Doctor. Pero además las pero además para dejar constancia de las percepciones del mundo burocrático que se campea por la Universidad de nuestro tiempo y que la tiene silenciada y plana.

Desde las páginas anteriores he sustentado una postura como maestro, más que como docente o catedrático, mucho menos como dictador de clase. Sin embargo, la Universidad de hoy con los modelos de calidad, procesos de acreditación y registros calificados han abandonado en gran medida el carácter de la docencia como un ejercicio de maestros. Nos copamos de expertos y funcionales para llenar cuadros, porque eso es lo que cuentan y suman las lógicas del Estado. Por lo general los estudiantes son los que hacen desde sus juicios de valor los señalamientos sobre los buenos y malos profesores. Con mis escritos en mano y argumentado mi postura crítica sobre los que se creen los mejores docentes por tener el mayor número de estudiantes rajados en su cátedra he recorrido espacios académicos. En algunos casos he percibido la molestia, en otros han sido bien recibidos. Siempre he considerado que es muy pobre la creatividad del docente que solo tiene la nota numérica para calificar a sus discípulos. El verdadero discípulo no es el que toma de su maestro las cosas, sino los modos. Y, a su vez, y esto es lo característico, deja en el espíritu del maestro modos y cosas suyas esenciales. (Marañón G. 1930)

Por lo que el gran profesor no solo lo es por su aptitud de crear discípulos verdaderos sino por otra cosa más importante, dejarse renovar por ellos. La llegada a la Educación Superior de Párvulos Doctos, muy jóvenes que por sus posibilidades y espacios se hicieron rápido a títulos de maestría y doctorado ha creado una base docente fría sin horizonte más allá que el de capacitar y evaluar para ganar o perder. A mi modo de ver esto ha venido silenciando la Universidad y dejándola como productora de profesionales en serie

He sido testigo en la Universidad de los anhelos de los principiantes universitarios cuando llegan los estudiantes a la Universidad, un tanto hastiados del conductismo y la medianía que en gran medida vivieron en las escuelas y colegios, tienen la esperanza de que encontrarán un paradigma motivante que les estimule su proyecto de vida a partir de la carrera que eligieron. Pronto se dan cuenta que el modelo paradigmático de la educación y de los docentes son muy similares en ambos escenarios, algunos motivadores y acogedores, otros indiferentes y fríos sin un aliciente que contagie alegría para sentir que se eligió la carrera y la Universidad acertadamente.

En otras palabras el joven se da cuenta que el problema nadie se lo va a solucionar y que por el contrario le resultarán nuevos líos que debe saber sortear para mantenerse. Los tiempos postmodernos parecen menos propicios a la construcción de figuras de docentes ejemplares y tan atractivas. La gestión predomina sobre la sabiduría y la rapidez sobre el sosiego. No es buen tiempo para los maestros, se piden especialistas. Mi experiencia en la formación como licenciado fue formidable y afianzó mis idearios de maestro. Tratado de hacer las cosas un tanto diferente a como las padecí o viví en mi formación. Tenemos por maestro a quien ha remediado nuestra ignorancia con su saber, a quien ha formado nuestro gusto o despertado nuestro juicio, a quien nos ha introducido en nuestra propia vida intelectual, a quien – en suma– debemos todo, parte o algo de nuestra formación y de nuestra información; (Ridruejo, 1955).

No es fácil ser profesor universitario en la actualidad, si hablamos desde un somero intento por ser además maestro; es difícil combinar tradición y postmodernidad en nuestro ejercicio profesional. Estamos, definitivamente, en otra universidad. Todas las Universidades transitan en este dilema, y algunas ni siquiera ven como algo significativo la formación de sus docentes. Incluso a veces creen que es suficiente con que un párvulo egresado de carrera puede pasar de inmediato a ocupar el cargo de docente, sin tener en cuenta que un profesores enseña tanto por lo que sabe cómo por lo que es. Buena parte de nuestra capacidad de influencia y reconocimiento ante los estudiantes se deriva precisamente de lo que somos como personas; de nuestra forma de presentarnos, de nuestras modalidades de relación con ellos, y algo más contundente: la capacidad magistral y discursiva, fruto del dominio del conocimiento que se está entregando.

La enseñanza tiene mucho de arte pero su estudio y mejora tiene que hacerse a la par de los criterios científicos de regularidad y previsión. No es lo mismo elucubrar, opinar o impartir doctrina que presentar hechos contrastados o hacer propuestas apoyadas en investigaciones previas. Los dictadores de clase, que los hay por montones en las universidades con cátedras de mucha importancia subestiman la formación pedagógica y didáctica del docente, actitud que los hace pedantes y escurridizos a la hora de asumir las críticas. Este aspecto se debe trascender en la universidad para que el ejercicio de enseñanza aprendizaje sea efectivamente un goce y no un espacio en donde se padecen discursos vacíos, o sobrecarga de videos con los que se intenta llenar falencias intelectuales. No es lo mismo llegar cada día al aula y soltar tu rollo y marcharse, que organizar un proceso complejo de oportunidades diferenciadas de aprendizaje profundo y supervisar el itinerario personal que va siguiendo cada uno de los estudiantes en ese proceso.

Necesitamos avanzar más, sobre todo en conocimientos más específicos sobre los procesos de enseñar y aprender en campos científicos concretos, pero esos avances son poco previsibles si sigue prevaleciendo la idea de que enseñar es un arte y, por tanto, nadie tiene nada que decir al respecto pues cada artista desarrolla su actividad como mejor le parece.

Mi insistencia en cuanto a que, educar no es lo mismo que enseñar a veces es mal interpretada por las personas que no ven otro horizonte en sus calase que el de predicar algo de un libro para después evaluar y que respondan lo que se les dijo.

Tanto estudiantes como profesores se ven perdidos en la maraña de una vida de búsqueda en la Universidad. Produce una cierta angustia solidaria el ver a las nuevas generaciones de estudiantes y profesorado novel viviendo un sin vivir con la necesidad perentoria de acumular méritos a cualquier precio. (Zabala). Las mismas prácticas universitarias han llevado al docente a convertirse en un instrumento de apoyo de procesos, a los que debe asistir y cumplir y de esta manera aun con sus buenas intenciones de intentar ser mejor persona y mejor profesor.

Al estar inmersos simultáneamente en infinidad de tareas: volcados en su tesis, asistiendo a cuanto curso se ofrece, corriendo de congreso en congreso para obtener un papel con el que engrosar su currículum vitae, marchando al extranjero por exigencias de las becas, etcétera. Y, a la vez, debiendo encargarse de las clases que nadie quiere con horarios imposibles. Creo que la docencia universitaria resulta una tarea distinta a otras y con complejidad notable. Especialmente cuando se nos dice que hemos de pasar de una docencia centrada en la enseñanza a otra que esté centrada en el aprendizaje de nuestros estudiantes.

Al dar clase o impartir conferencias el protagonista es el profesor. Sus principales virtudes han de estar referidas al dominio que posea del contenido a explicar. Cuando estamos frente a un docente de esta categoría decimos: “magistral” y a su competencia comunicativa, es decir, que la explicación esté bien organizada, que sea clara, amena, con buenos ejemplos, etcétera.

Si el eje de la docencia pasa a ser el aprendizaje las cosas cambian por completo. Quien aprende no es un grupo sino cada sujeto y cada uno de ellos a su manera. Una docencia basada en el aprendizaje de nuestros estudiantes nos obliga a estar pendientes de cada uno de ellos, a supervisar el proceso que va siguiendo, a facilitar su progreso a través de los dispositivos didácticos cuyo dominio se nos supone como profesionales de la enseñanza. El objetivo de la docencia es conseguir buenos aprendizajes.

La misión de un profesor universitario está en lograr que todos los alumnos lleguen a conseguir, con su ayuda, los aprendizajes óptimos que los buenos estudiantes son capaces de conseguir por sí mismos. Esa visión de la docencia pasa por asumir que cuando hablamos de proceso de enseñanza aprendizaje estamos, en realidad, hablando de un mismo proceso. No se trata de dos componentes que funcionen independientemente sino de dos momentos de un mismo proceso que interactúan entre sí, siendo que el primero condiciona el segundo. El profesor pedagógicamente competente comunica los objetivos de su curso a sus estudiantes, es conocedor de la existencia de métodos y estrategias alternativas y selecciona aquel método de instrucción que, de acuerdo con las evidencias de la investigación, resulta más efectivo para ayudar a sus estudiantes a alcanzar los objetivos del curso (Zabala).

La mejor prueba de que algo que uno creía saber no lo sabe en realidad, es que fracasa al enseñarlo; resulta deplorable tener que reconocer la incapacidad de hacer que los estudiantes aprendieran lo que uno intentó enseñar. Pero normalmente el profesor, aquel que llegó a la docencia por carambola, no está dispuesto a aceptar esa derrota. Incluso muchos catedráticos ni siquiera advierten el poco dominio de su área y el poco avance de sus estudiantes con sus discursos. Desde mi experiencia considero necesario dirigir la mirada a la docencia, para que los profesionales que llegan a las aulas universitarias tengan dentro de su quehacer la utopía de ser maestros. Y la utopía sirve para eso: para saber que estamos vivos y caminando. El mayor logro de estos docentes estaría en reconocer que se requiere un poco de formación en docencia; aunque esto no hace milagros sí podría llevar a mejores logros.

Bibliografía

Achili, E. L. (2008). Investigación y formación docente. Argentina: Laborde Editor.

Agustín, S. (1974). Las confesiones. Madrid: Editorial católica.

Alzate, E. (2017). Poemas infantiles. Medellín: Ediciones Unaula.

Anijovich, R. (2009). *Transitar la formación pedagógica. Dispositivos y estrategias*. Buenos Aires: Paidós.

Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.

Bachelard, G. L. (1982). *La poética de la ensoñación*. DF Ciudad de Mexico: Fondo de cultura económica.

Bergson, H.-L. (1977). *Memoria y vida, textos escogidos por Gilles Deleuze*. Madrid: Alianza.

Borges, J. L. (1977). *Historia de la noche*. Emecé.

Borges, J. L. (1996). *Obra Poética Completa*. Barcelona: Codex Aureux Ediciones.

Borrero, A. 1995. *El maestro universitario*. Universidad Javeriana

BUELA, A. (2011). Falso y auténtico disenso. revista del centro de estudios internacionales para el desarrollo, 45.

Cajiao, F. (1994). *Poder y justicia en la escuela colombiana. Vida escolar en Colombia*. Bogotá: Fundación Fes.

Calvelo, G. (21 de enero de 2009). <http://escritosprofugos.blogspot.com/2009/08/vale-ser-siempre-disidente.html>. Recuperado el Lunes de enero de 2010

CALVELO, G. (24 de 01 de 2009). <http://escritosprofugos.blogspot.com/2009/08/vale-ser-siempre-disidente.html>. Recuperado el Lunes de Agosto de 2010

Carpizo, J. (s.f.). *Revista Jurídica, boletín mexicano de derecho comparado*, No. 19.

Casas, V. (24 de Marzo de 2015). *Archivo El Tiempo*.

Constitución política, d. C. (1954). *Constitución Política de Colombia, Concordato celebrado entre la Santa Sede y la República de Colombia*. Bogotá: Voluntad Ltda.

Diario oficial, n. 3. (25 de Septiembre de 1963). *Ministerio de Educación Nacional de Colombia*. Obtenido de mineducacion.gov.co/1621/article-103721.html

Foucault, M. (1975). Vigilar y castigar, Nacimiento de la prisión. París: Siglo XXI Editores.

Freddy Castaño Aristizábal, a. d.-2. (08 de mayo de 2012). Alcaldía de Granada. Obtenido de https://youtu.be/r_XODIAaSYg<http://www.Granada-antioquia.gov.co/40>

Freire, P. (1975). Acción cultural para la libertad. Buenos Aires: Tierra Nueva.

Freire, P. (1994). Cartas a quién pretende enseñar. Siglo XXI Editores.

Giroux, H. (20 de Mayo de 2019). La crisis de la escuela es la crisis de la democracia. (A. T. Menarguez, Entrevistador) España.

González, C.M. (2019).

Gusdorf, G. (1977). ¿Para qué los profesores? Madrid: Edicusa.

Heller, A. (1970). Sociología de la vida cotidiana. Barcelona: EDiciones península.

Larrosa, J. (2005). Notas tomadas de las disertaciones del autor en un seminario. Saber de experiencia, lenguajes de la experiencia y educación. Mérida, Venezuela: Universidad de los Andes.

LICHMAJER, J. p. (2011). la tolerancia. La Gaceta Argentina, 65.

López, J. C. (2014). La educación religiosa escolar en Colombia: Su enseñanza en un contexto pluralista y humanizante. Medellín: UdeA.

Manifiesto, C. (1918). Manifiesto de Córdoba. Córdoba, Argentina.

Marías, J. (1953). La universidad, realidad problemática. Santiago: Cruz del sur Santiago.

Murillo, G. y. (2016). El giro biográfico-narrativo en la educación en Colombia. En La investigación biográfico-narrativa en la educación en Colombia siglo XXI. Medellín: U de A.

O'Donnell, G. (1995). Las incertidumbres de la democracia. Bogotá: Ediciones foro nacional por Colombia.

- Ospina, W. (2008). La escuela de la noche. Bogotá: Norma.
- Perrujo, S. F. (2009). El investigador en su laberinto. Comunicación social y publicaciones.
- Remolina, G. (2003). Sabiduría, autoridad y libertad del maestro. En orientaciones universitarias. NO.18. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Remolina, Velásquez, & Calle. (2004). Tabula rasa. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.
- Rendón C, E. (1987). La ciudad sonámbula. Medellín: Lealon.
- Restrepo, J. C. (2002). La docencia como práctica. El concepto, un modelo. Bogotá: Universidad Pontificia Javeriana, facultad de educación.
- Ricoeur, P. (1999). Historia y narratividad. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Ridruejo, D. (1955). Hablando de Ortega.
- Rivas, P. (s.f.). La docencia desde la investidura y la impostura académica. Mérida, Venezuela: Universidad de los Andes, Escuela de Educación.
- Rivero, F. (2011). Universidad y poder. Carabobo: Universidad de Carabobo, Perú.
- Roldán, M. (2003). A sangre y fuego, violencia en Antioquia. Bogotá: Instituto colombiano de antropología e historia.
- Rosenmann, M. (2007). Democracia sin demócratas y otras invenciones. Madrid: Ediciones Sequitur.
- Saldarriaga, O. y. (1997). Mirar la infancia. Pedagogía, moral y modernidad en Colombia 1903-1946. Bogotá: Ediciones Foro.
- Sartori, G. (2003). Qué es la democracia. Ciudad de México: Taurus.
- Serna, E. (2000). Genealogía de la soberbia intelectual. Taurus.
- Steiner, G. (2003). Lecciones de los maestros. Ediciones Siruela.
- Torres S, J. (1995). El currículo oculto. Madrid: Morata.

Tokarczuk, O. (2019). Los errantes. Anagrama ediciones. Babelia

Turner, I., Martí, B., & Céspedes, P. (2002). Pedagogía de la ternura. La Habana: Pueblo y educación.

Vásquez R, F. (2000). Oficio de maestro. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, facultad de educación.

Vega Cantor, R. (9 de 05 de 2012). En defensa del pensamiento crítico. En defensa del pensamiento crítico. Bogotá, Colombia: Universidad pedagógica nacional.

Zabala, M. (s.f.). Ser profesor universitario hoy. Santiago de Compostela: Universidad Santiago de Compostela.

Zambrano, M. (1934). Por qué se escribe. Revista de Occidente TomoXLIV, 318.

Zambrano, M. (2006). Filosofía y poesía. Fondo de Cultura Económica.

Zuleta, E. (1995).

Zuluaga Garcés, O. (1987). Pedagogía e historia. Bogotá: Ediciones Foro Nacional por Colombia.